

León Trotsky

MI VIDA

4.º TOMO

Ediciones **MASAS**

La Paz-Bolivia

Septiembre 2022

En el cuarto tomo se presencia el transcurso de los primeros años de la U.R.S.S. En medio del torbellino de los acontecimientos que por aquellos días hubo de vivir la antigua Rusia zarista, rodeada de enemigos en el exterior, sorprendida a cada instante por la erupción de nuevos de nuevos enemigos en el interior, puesta en la necesidad de sofocar este levantamiento, de primer orden, de atender la alimentación en todas partes, hay dos figuras que se levantan por encima de la batalla y el caos:

Lenin, puño férreo que dirige el timón, y Trotsky, que, al organizar el ejército rojo y dirigir las acciones de la guerra civil, salva a la revolución y se revela uno de los espíritus más potentes y vigorosos con que cuenta la tierra de los bolcheviques.

Hay mucho de épico en las páginas que van a leer. En verdad no merece otro calificativo la actitud heroica de aquellos hombres que, sobreponiéndose a la anarquía y disolución del ambiente, se unen apresuradamente para batirse contra medio mundo.

Indice

<i>Negociaciones en Brest-Litovsk</i>	<i>4</i>
<i>La paz</i>	<i>29</i>
<i>Un mes en Sviask</i>	<i>51</i>
<i>El tren</i>	<i>73</i>
<i>Defensa de Petrogrado</i>	<i>91</i>
<i>Oposición militar</i>	<i>109</i>
<i>Divergencias de criterio en punto a estrategia guerrera</i>	<i>130</i>
<i>Transición a la nueva política económica y mis relaciones con Lenin</i>	<i>144</i>

NEGOCIACIONES EN BREST-LITOVSK

El decreto sobre la paz había sido aprobado por el Congreso el día 26 de octubre, cuando sólo teníamos en nuestro poder a Petrogrado. El día 7 de noviembre me dirigí radiotelegráficamente a los países de la Entente y a los Imperios centrales, proponiéndoles concluir una paz general. Los Gobiernos de los aliados hicieron saber al Comandante en jefe, General Duchonin, por medio de sus agentes, que cualesquiera otros pasos que emprendiésemos encaminados a concertar negociaciones de paz por separado, podrían acarrear "gravísimas consecuencias". A esta amenaza contesté con una proclama dirigida a los obreros, soldados y campesinos. El sentido del llamamiento, categóricamente expresado, era el siguiente: No hemos derrocado a la burguesía de nuestro país, para que nuestras tropas vayan ahora a derramar su sangre bajo el látigo de la burguesía extranjera. El 22 de noviembre suscribíamos el pacto de suspensión de hostilidades en todo el frente, desde el Báltico hasta el Mar Negro. Volvimos a dirigirnos a los aliados, invitándoles a que entrasen con nosotros en las negociaciones de paz. No se dignaron darnos respuesta, aunque esta vez tampoco fulminaron ninguna amenaza. Por lo visto, habían acabado por darse cuenta de la verdadera situación. Las negociaciones de paz dieron comienzo el día 9 de diciembre, mes y medio después de haberse promulgado el decreto sobre la paz, plazo más que suficiente para que los aliados hubiesen tenido tiempo a precisar su actitud ante este asunto. Nuestra delegación presentó, inmediatamente de abrirse las sesiones, una declaración esbozando las bases para una paz democrática. La parte contraria pidió que se suspendiesen las sesiones por algunos días. La reanudación de los trabajos iba dilatándose cada vez más. Las delegaciones de la Cuádruple tuvieron que superar todo género de dificultades internas

para contestar a nuestra declaración. El día 25 nos fue comunicada la respuesta: los Gobiernos centrales se "adherían" a la fórmula de una paz democrática, sin anexiones ni contribuciones y a base del derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. El día 28 de diciembre se celebraba en Petrogrado una manifestación gigantesca de homenaje a la paz democrática. Aunque sin confiar en la respuesta alemana, las masas la habían acogido y la celebraban como un triunfo moral inmenso de la revolución. A la mañana siguiente, volvía nuestra delegación de Brest-Litovsk, con aquellas monstruosas exigencias que Kühlmann formulara en nombre de los Imperios centrales.

-Hace falta la persona que sepa dar largas a esas negociaciones-dijo Lenin.

Y acuciado por él no tuve más remedio que dirigirme a Brest-Litovsk. Confieso que iba como si fuese a un suplicio. El ambiente de gentes extrañas siempre me ha hecho temblar, y éste con especial razón. La verdad es que no acierto a comprender que haya revolucionarios a quienes tanto gusta ser embajadores y que nadan en el nuevo ambiente social en que viven como el pez en el agua. La primera delegación de los Soviets, presidida por Joffe, fue festejada en Brest-Litovsk por todo el mundo. El príncipe Leopoldo de Baviera recibió a los delegados como "huéspedes" suyos. A medio día y por la noche, las delegaciones se reunían en el comedor y hacían mesa común. El General Hoffmann podía fijarse a satisfacción como lo hacía, seguramente que no sin cierto interés, en nuestra camarada Bizenko, la que asesinara en tiempos al General Sazarof. Los alemanes se entremezclaban con los nuestros, aspirando, sin duda, a pasear "amistosamente" lo que deseaban sacar de nosotros. De la primera delegación rusa formaba parte un obrero, un campesino y un soldado. Pero estas eran figuras secundarias que no estaban a la

altura de tales intrigas. Al campesino, que era un hombre viejo, solían alegrarle un poco con alcohol a la hora de la comida.

El estado mayor del general Hoffmann editaba en ruso un periódico destinados a los prisioneros, con el título del *Russki Westnik* (El Mensajero ruso), que en la primera época sólo sabía hablar de los bolcheviques con una simpatía enternecedora. "Nuestros lectores-les contaba el General Hoffmann a los prisioneros rusos-nos preguntan: ¿Quién es Trotsky?" Y se ponía a relatarles entusiasmado mis campañas contra el zarismo y mi libro *Rusia en la revolución*, publicado en alemán. "Todos los revolucionarios del mundo se entusiasmaron al saber que había conseguido huir." Y más adelante: "Cuando ya habían derribado al zarismo, los amigos secretos del régimen zarista volvieron a meter a Trotsky en la cárcel, a poco de regresar de su largo destierro." Como se ve, no había en el mundo revolucionarios más ardorosos que el príncipe Leopoldo de Baviera y el General Hoffmann de Prusia. Pero este, idilio había de durar poco. En la sesión del día 7 de febrero, que no presentaba ni el más remoto parecido con ningún idilio, yo hube de observar, tendiendo un poco la mirada al pasado: "Estamos dispuestos a lamentar las amabilidades prematuras que tanto la Prensa oficial alemana como la austro-húngara, han tenido para con nosotros y que no eran absolutamente necesarias para asegurar la buena marcha de las negociaciones de paz."

Tampoco en este punto la socialdemocracia era más que una sombra de los Gobiernos de los Hohenzollers y los Habsburgos. Al principio, Scheidemann, Ebert y consortes, intentaron ponernos la mano en el hombro con gesto de protección. La Gaceta obrera de Viena escribía, muy patéticamente, el día 15 de febrero, que el "duelo" librado entre Trotsky y Buchanan era un símbolo de la gran

batalla de nuestros tiempos: "La batalla del proletariado contra el capital." Es curioso que en aquellos días en que Kühlmann y Czernin se esforzaban por estrangular a la revolución rusa, los austromarxistas sólo tuvieron ojos para ver el "duelo" librado entre Trotsky y... Buchanan. Todavía es hoy el día en que no puede uno volver la mirada sobre esa hipocresía sin sentir asco. "Trotsky-escribían los marxistas habsburgianos-es el embajador del deseo de paz de la clase obrera rusa, que aspira a romper las doradas cadenas de hierro que ha forjado para ella el capital inglés." En cambio, los caudillos de la socialdemocracia se sometían de buen grado a la cadena del capital germano-austríaco y ayudaban a sus Gobiernos en sus tentativas para echarla a la fuerza sobre la revolución rusa. Cuando Lenin o yo, durante aquellos momentos difíciles de Brest, le poníamos los ojos encima al Vorwärts de Berlín, o la Gaceta Obrera de Viena, nos pasábamos el uno al otro en silencio el periódico, con los pasajes acotados a lápiz, nos dirigíamos una mirada rápida, y apartábamos la vista con un sentimiento indescriptible de vergüenza hacia estos caballeros que todavía ayer habían sido camaradas nuestros en la Internacional. Quien haya pasado con la conciencia clara por este período tuvo que comprender para siempre que la socialdemocracia, cualesquiera que puedan ser en lo futuro las oscilaciones de la coyuntura política, está históricamente muerta. Para poner fin a esta desagradable mascarada, salí a la palestra de nuestros periódicos preguntando si el Estado mayor alemán no creía oportuno también relatar a sus soldados algo acerca de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Además, lanzamos una proclama sobre este tema dirigida a los soldados alemanes. El Mensajero, del General Hoffmann, perdió el habla. Lo primero que hizo el general, al presentarme yo en Brest, fué protestar contra la campaña de propaganda que hacíamos entre las tropas alemanas. Yo rehuí toda

conversación sobre este tema e invité al General a que él continuase la suya, tal como lo venía haciendo, entre las tropas rusas; las condiciones-le dije-son las mismas; no hay más diferencia que la que se refiere al carácter de la propaganda. Por lo demás, le recordé, aprovechando la ocasión, que nuestra disparidad de criterios en punto a una serie de cuestiones de bastante monta era conocida de antiguo y que hasta había sido sancionada por aquel Tribunal alemán que me condenara en rebeldía a una pena de cárcel durante la guerra. Este recuerdo, que denotaba sin duda una gran falta de tacto por mi parte, produjo la sensación de un escándalo enorme. Hubo dignatario a quien se le paralizó el aliento. Kühlmann (dirigiéndose a Hoffmann):

-¿Desea usted hacer uso de la palabra?

Hoffmann- ¡No, basta ya de esto!

En mi calidad de Presidente de la Delegación de los Soviets decidí romper abiertamente con todas aquellas relaciones familiares que insensiblemente se habían ido tejiendo allí en torno a nosotros desde el primer período. Di a entender por medio de nuestros agregados militares que no era mi intención presentarme al príncipe de Baviera. Se dieron por enterados. Además, exigí que se nos sirviese la comida aparte, alegando como razón la necesidad de aprovechar los momentos de sobremesa para cambiar impresiones. También a esto accedieron tácitamente. El día 7 de enero, Czernin anotaba en su diario lo siguiente: "Por la mañana, se presentaron todos los rusos bajo la presidencia de Trotsky. Inmediatamente mandaron a decir que rogaban se les dispensase de no poder seguir acudiendo a las comidas colectivas. No se les ve nunca, y parece que el aire sopla ya muy de otro lado." Las relaciones hipócritamente cordiales de antes fueron sustituidas ahora por el seco trato oficial. Medida tanto más oportuna, cuanto que había llegado la hora de pasar de los preliminares

académicos a los puntos concretos del Tratado de Paz. Kühlmann era hombre mucho más inteligente que Czernin, y, seguramente que estaba también por encima de los demás diplomáticos con quien tuve ocasión de tratar en los años de la postguerra. Se veía que aquel hombre tenía carácter, un sentido práctico poco común y una dosis considerable de malignidad, de la que no siempre echaba mano contra nosotros-que sabíamos pararle los pies-, sino contra sus caros aliados también. Al tratar, de la cuestión referente a los territorios ocupados por las tropas invasoras, Kühlmann se irguió y dijo con voz potente: "Nuestro territorio alemán está, a Dios gracias, libre de tropas extranjeras." El Conde de Czernin, a quien estas palabras iban dirigidas, agachó la cabeza y cambió de color. No parecía que a aquellos dos diplomáticos les uniese una amistad muy despejada. Cuando, a poco de esto, pasamos a tratar de Persia, cuyo territorio estaba ocupado en dos frentes por tropas extranjeras, creí oportuno observar que este país no nos daba ocasión de alegrarnos, piadosa y malignamente, de que fuese territorio persa, y no el nuestro propio, el que estuviese invadido por un ejército extranjero, ya que no le unía a otro ninguna alianza, como le pasaba, por ejemplo, a Austria-Hungría. Czernin saltó literalmente del asiento, exclamando: "¡Es inaudito!" Aparentemente esta exclamación se refería a mí, pero en realidad iba dirigida a Kühlmann. Episodios como éste hubo muchos. A Kühlmann le pasaba algo de eso que ocurre a los buenos ajedrecistas, que a fuerza de jugar muchas partidas con contrincantes flojos, acaban perdiendo facultades; Kühlmann, que había pasado toda la guerra rodeado por aquella corte de vasallos diplomáticos austro-húngaros, turcos, búlgaros y neutrales, al principio propendía un poco a desdeñar al contrincante revolucionario y a tomar el juego medio a broma. Muchas veces, sobre todo en la

primera época, el primitivismo de sus jugadas y su falta de comprensión de la psicología del adversario me causaban asombro.

Acudí, no sin una excitación bastante fuerte y desagradable, a la primera reunión con los diplomáticos. En el vestíbulo, junto al guardarropa, me tropecé con Kühlmann. No le conocía. Se me presentó él mismo, añadiendo, de improviso, que "estaba muy contento" de que yo hubiese venido, pues "siempre era mejor tratar directamente con el señor que no con sus enviados". No había más que mirarle a la cara para comprender lo satisfecho que estaba de esta "fina" jugada, enderezada a la psicología de un "parvenu". A mí, aquello me dió la sensación de haber pisado en un charco de lodo. Hasta dí instintivamente un paso atrás. Kühlmann comprendió en seguida que había cometido una pifia, se estiró un poco y adoptó inmediatamente un continente seco. Pero esto no fué obstáculo para que a presencia mía repitiese la misma maniobra con el jefe de la Delegación turca, un viejo diplomático cortesano. Al presentarme a sus colegas, y después de hacerlo con el turco, esperó a que éste se hubiese alejado un poco, para decirme, en tono de confidencia, pero en voz lo bastante alta para que el otro lo oyese:

-Es el mejor diplomático de Europa.

Cuando se lo conté a Joffe, éste se echó a reír, y me dijo:

-Lo mismo dijo de mí, cuando me lo presentaron la primera vez.

Todo parecía indicar que Kühlmann quería ofrecer al "mejor diplomático" una platónica compensación por Dios sabe qué concesiones arrancadas, que seguramente no tendrían nada de platónicas. También es posible que abrigase ciertas intenciones secretas, como, por ejemplo, dar a entender a Czernin que no le tenía, ni mucho menos, por el mejor diplomático, después de él, naturalmente.

Czernin cuenta que el día 28 de diciembre Kühlmann le dijo: "El Káiser es el único hombre razonable que hay en toda Alemania." Hay que pensar que estas palabras no estaban dichas para que las oyese Czernin, sino para que llegasen a oídos del propio Káiser. En aquello de andarse diciendo unos a otros zalemas dirigidas a un determinado destinatario, los diplomáticos se ayudaban recíprocamente. Flattez, flattez, il en restero toujours quelque chose. Era la primera vez en mi vida que me veía cara a cara con personas de esta casta. Huelga decir que no me había hecho la menor ilusión respecto a ellas. Ya hacía mucho tiempo que sospechaba que, no eran precisamente dioses los que cocían los cántaros. No obstante, confieso que les concedía un nivel un poco más alto. La impresión que me produjo aquel primer contacto podría expresarse con esta fórmula: Los hombres tasan a los demás bastante baratos, pero tampoco a sí mismos se asignan un gran precio.

No estará de más que, a propósito de esto, refiera el episodio siguiente: A iniciativa de Víctor Adler, que en aquellos días se esforzaba por todos los medios en darme pruebas de simpatía personal, el Conde de Czernin, como de pasada, se ofreció a mandarme a Moscú la biblioteca que había tenido que dejar abandonada en Viena, al estallar la guerra. Esta biblioteca tenía cierto valor, pues durante los largos años de la emigración había ido reuniendo una colección bastante importante de literatura revolucionaria rusa. Apenas me había dado tiempo el diplomático a darle las gracias con cierto retraimiento, cuando ya me estaba rogando que procurase interceder por dos prisioneros austríacos de guerra, a quienes, según decían, daban mal trato. Aquella transición tan brusca, y casi diría que subrayada, de los libros a los prisioneros -excusado es decir que no se trataba de soldados, sino de oficiales de la clase social a que Czernin pertenecía-me pareció muy

poco correcta. Le contesté secamente que si los informes que me daban acerca de los prisioneros se confirmaban, haría cuanto fuese necesario, porque era mi deber, pero que no veía que este asunto tuviera la menor relación con la biblioteca. El Conde relata este episodio en sus Memorias con bastante fidelidad, sin negar ni mucho menos que intentó empalmar al asunto de la biblioteca el de los prisioneros por quienes se interesaba. Lejos de eso, le parece la cosa más natural del mundo. Y pone fin al relato con esta frase de doble sentido: "Quiere recobrar la biblioteca." A mí, sólo me resta añadir que, tan pronto como recibí los libros, los doné a una institución científica de Moscú.

Las circunstancias históricas habían dispuesto que los delegados del régimen más revolucionario que conociera la humanidad tuviesen que sentarse a la misma mesa con los representantes diplomáticos de la casta gobernante más reaccionaria del mundo. Hasta que punto nuestros adversarios temían a la fuerza explosiva de las negociaciones con los bolcheviques lo demuestra el hecho de que estaban dispuestos a romper las negociaciones antes de permitir que se llevasen a un país neutral. El Conde de Czernin reconoce, muy sinceramente, en sus Recuerdos, que en un país neutral los bolcheviques, ayudados por sus amigos internacionales, hubieran tomado en sus manos, inevitablemente, las riendas de las negociaciones. La razón oficial que dió al tratarse este asunto fué que, en un ambiente neutral, Inglaterra y Francia empezarían a desplegar inmediatamente sus intrigas "a la luz del día y entre bastidores". Yo le salí al paso, advirtiéndole que en nuestra política no se conocían bastidores de ningún género, ya que el pueblo ruso, triunfante en el movimiento del 25 de Octubre, había desterrado radicalmente, con otras muchas cosas, este artefacto de la vieja diplomacia.

Sin embargo, no tuvimos más remedio que allanarnos al ultimátum y continuar las negociaciones en Brest-Litovsk.

Excepción hecha de unos cuantos edificios que se levantaban al margen de la vieja ciudad y que estaban ocupados por el Cuartel general de los alemanes, en realidad Brest-Litovsk ya no existía. La ciudad había sido reducida a cenizas, en su furia impotente, por las tropas zaristas al retirarse a la desbandada. Seguramente sería por esto por lo que Hoffmann estableció aquí su Estado mayor, para así tenerlo más fácilmente en el puño. Tanto el ambiente como las comidas se distinguían por su gran sencillez. El servicio corría a cargo de soldados alemanes. Nosotros representábamos para ellos la promesa de la paz, y nos miraban con ojos de esperanza. Los edificios ocupados por el Cuartel general estaban ceñidos en varios sentidos por una empalizada bastante alta de alambre de púas. Un día, que salí a dar mi acostumbrado paseo mañanero, me encontré con un rótulo que decía: "El ruso al que se le sorprenda en estos lugares, será fusilado." El rótulo se destinaba a los prisioneros. Pero me cabía la duda de si no se referiría también a mí, ya que también nosotros éramos allí medio prisioneros, y di la vuelta inmediatamente. Por Brest-Litovsk pasaba una magnífica carretera estratégica. En los primeros días, salimos a pasear por ella, utilizando los coches del Cuartel general. Hasta que un día un miembro de la Delegación tuvo no sé qué conflicto a este propósito con un suboficial alemán. Y como Hoffmann se me quejase de ello en una carta, le contesté que en lo sucesivo renunciábamos, dando las gracias, a seguir utilizando los automóviles que habían puesto a nuestra disposición.

Las negociaciones se diferían. Tanto nosotros como nuestros adversarios teníamos que comunicarnos con los Gobiernos respectivos por el hilo directo. La línea no funcionaba siempre bien. Sí los trastornos respondían a

causas físicas o eran interrupciones provocadas para ganar tiempo, es cosa que no pudimos averiguar. Las sesiones se interrumpían con frecuencia, a veces hasta varios días. Durante una de estas interrupciones emprendí un viaje a Varsovia. La ciudad vivía bajo el imperio de las bayonetas alemanas. El interés que la población sentía por los diplomáticos soviéticos era muy grande aunque procuraba exteriorizarse con cierta cautela, pues nadie sabía en qué iba a parar todo aquello.

A nosotros no nos perjudicaba tampoco la dilación de las negociaciones. En realidad, a mí no me había llevado a Brest otra ilusión que la de dar largas al asunto. Sin embargo, no sería justo que yo me atribuyese ningún mérito en esto, pues la parte contraria me ayudaba en cuanto podía. "Aquí no escasea el tiempo-escribe melancólicamente el Conde de Czernin en su Diario-. Cuando no son los turcos los que hacen aguardar, son los búlgaros, luego vienen los rusos, se retiran y las sesiones vuelven a aplazarse o a interrumpirse apenas iniciadas." También a los austríacos les llegó el turno, en esta política de dilación, en cuanto tropezaron con la primera dificultad por parte de la Delegación ucraniana. Claro está que todo esto no era obstáculo para que Kühlmann y Czernin, sin pararse en barras, acusasen públicamente a la Delegación rusa. de ser la única que obstruía la marcha de las negociaciones; contra lo cual hube de protestar enérgicamente, aunque en vano.

Hacia el final, ya no quedaba ni rastro de aquellas macizas amabilidades con que la Prensa oficiosa alemana-y cuenta que, fuera de las hojas clandestinas, toda la Prensa alemana tenía entonces carácter, oficioso-obsequiaba a los bolcheviques. La Tägliche Rundschau, por ejemplo, no sólo se quejaba de que "Trotsky había convertido a Brest-Litovsk en una tribuna, desde la que hacía oír su voz al

mundo entero", exigiendo que aquello terminase cuanto antes, sino que decía abiertamente que "ni Lenin ni Trotsky deseaban la paz, de la cual sólo podía salir para ellos, con una gran probabilidad, la cárcel o el patíbulo". Y no se crea que era muy distinto el tono en que se expresaba la Prensa socialdemócrata. Los Scheidemann, los Ebert y los Stampfer nos achacaban como la grande de nuestras culpas el contar con la revolución alemana. ¡Cuán-lejos estaban estos caballeros de pensar que, a los pocos meses de ocurrir esto, estallaría la revolución que había de llevarlos cogidos por el pescuezo, a ponerse al frente del Poder!

Después de un largo paréntesis, volví a leer en Brest periódicos alemanes, en los cuales se hacía un estudio muy detenido y harto tendencioso de las negociaciones de paz. Pero, como los periódicos no bastaban a colmar todo el tiempo que nos quedaba libre, decidí aprovechar aquel ocio forzado, que era de suponer que no volveríamos a disfrutar en mucho tiempo, para empresa de mayor interés. Teníamos con nosotros unas cuantas taquimecanógrafas, que habían pertenecido a la antigua Duma. Me puse a dictarles de memoria un bosquejo histórico de la revolución de Octubre. A las varias horas de dictar, se había formado un libro, destinado principalmente a la clase obrera del extranjero. Era imperiosamente necesario y urgente explicarles lo acontecido.

Ya varias veces había hablado de esto con Lenin, pero ninguno de los dos encontrábamos un momento libre. Lo que menos esperaba yo era que Brest-Litovsk me ofreciese ocasión de llevar a cabo un trabajo semejante. Lenin se puso contentísimo, cuando vió que volvía con aquel original, ya listo para entregar a la imprenta. En él vimos los dos una prenda modesta de la revancha revolucionaria que se acercaba a vengarnos de aquella paz tan dolorosa. Pronto el librito corrió por el mundo, traducido a una docena

de lenguas europeas y asiáticas. Todos los partidos de la Internacional comunista, comenzando por el ruso, lo hicieron circular en innumerables ejemplares, pero esto no había de impedir a los epígonos, después del año 1923, presentarlo como un fruto nefando del trotskismo. Por el momento, este trabajo figura en el índice staliniano de obras prohibidas. En este episodio, con ser puramente accidental, se revela uno de los muchos preparativos ideológicos de nuestro Termidor. Para imponer su victoria, era necesario ante todo cortar el cordón umbilical de la Revolución de Octubre...

También los diplomáticos de la otra parte encontraban el modo de distraer en Brest sus horas de ocio. El Conde de Czernin, según nos cuenta él mismo en su Diario, no se limitaba a salir de caza, sino que laboraba por dilatar sus horizontes espirituales con la lectura de Memorias de la época de la revolución francesa. Comparando a los bolcheviques con los jacobinos, procuraba llegar a conclusiones un tanto consoladoras. He aquí lo que escribe el diplomático de los Habsburgos: "No he matado a un hombre, he matado a una bestia salvaje, dijo Carlota Corday. También desaparecerán estos bolcheviques iy quién sabe si no surgirá una nueva Carlota Corday para este Trotsky!" En Brest-Litovsk no tuve noticia, naturalmente, de aquellas piadosas meditaciones del Conde, tan buen cristiano y temeroso de Dios. No me cuesta ningún trabajo creer en su sinceridad.

A primera vista, parece bastante incomprensible saber con qué contaba realmente la diplomacia alemana, cuando el día 25 de diciembre proclamó sus fórmulas democráticas de paz, para luego, a los pocos días, enseñar los dientes de lobo. Aquellas consideraciones teóricas acerca del derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos, que habían nacido principalmente a iniciativa de Kühlmann, podían

ser un tanto arriesgadas para el Gobierno alemán. La diplomacia de los Hohenzollers tenía que comprender desde el primer momento que por este camino no iba a recoger grandes laureles. Kühlmann esforzándose por demostrar a todo trance que la anexión de Polonia, de Lituania, de las provincias del Báltico y de Finlandia no hacía, en realidad, más que obedecer la "voluntad soberana" de estos pueblos, voluntad expresada por sus órganos "nacionales"... a los que tiraban de la cuerda las autoridades alemanas de ocupación. Resultaba un tanto difícil demostrar esta tesis. Sin embargo, Kühlmann no deponía las armas. Marcando mucho el acento, me preguntó si yo no estaba dispuesto, por ejemplo, a reconocer al Nizan de Haidarabad como representante de la voluntad nacional del pueblo indio. Le contesté que si se retirasen de la India las tropas británicas, el venerable Nizan no podría sostenerse ni veinticuatro horas sobre sus pies. Kühlmann se alzó de hombros un poco incorrectamente. El General Hoffman carraspeó y el carraspeo resonó por toda la sala. El intérprete traducía; las taquimecanógrafas escribían, los debates hacíanse interminables.

Todo el secreto de la conducta seguida por la diplomacia alemana está en que Kühlmann tenía de antemano seguramente la firme convicción de que nosotros íbamos a aceptar su juego. El se imaginaba las cosas poco más o menos del modo siguiente: "Los bolcheviques se han adueñado del Poder gracias a su campana por la paz, y sólo pueden mantenerse en él a condición de concertarla. Ciertamente se han comprometido a fijar unas condiciones democráticas de paz, pero ¿para qué hay diplomáticos en el mundo? Ya él, Kühlmann, se encargaría de vestir nuestras formas revolucionarias con un ropaje diplomático correcto, a cambio de lo cual los bolcheviques le ayudaríamos a quedarse, veladamente, con una serie de provincias y

de pueblos. Y así, el botín alemán quedaría sancionado a los ojos del mundo entero por la revolución rusa, y los bolcheviques, por su parte, conseguirían la deseada paz. Kühlmann no se había forjado este error sin la cooperación de nuestros liberales, mencheviques y narodniki, que tuvieron la oportunidad de presentar las negociaciones de Brest como una comedia en que nos habíamos repartido los papeles.

Después de demostrar bastante inequívocamente a nuestros contrincantes que allí no se trataba de disfrazar hipócritamente ningún género de pactos sellados entre bastidores, sino de acatar los principios de una justa convivencia entre los pueblos, Kühlmann, ya obligado a atenerse a los supuestos de que había partido, casi vió en nuestra conducta la violación de un convenio tácito, convenio que, sin embargo, sólo había existido en su mente. No se resignaba a abandonar el terreno de los principios democráticos, proclamados el 25 de diciembre. Confiaba en su talento casuístico, que no era pequeño, para demostrar al mundo que lo blanco no se diferenciaba absolutamente en nada de lo negro. El Conde de Czernin secundaba bastante pesadamente las iniciativas de Kühlmann, y tomaba a su cargo, por mandado de éste, el hacer en los momentos críticos las declaraciones más bruscas y cínicas. Con esto, se hacía, sin duda, ilusiones de encubrir su nulidad. Por su parte, el General Hoffman ponía una nota bastante aliviadora en las negociaciones. El General, que no sentía la menor simpatía por la astucia diplomática, hubo de poner varias veces su bota de soldado sobre el tapete de la mesa en torno de la cual se desarrollaban los debates. Nosotros sabíamos, naturalmente, que la bota del General era la única realidad seria que había en todas aquellas negociaciones.

Claro está que alguna que otra vez también el General se dejaba llevar por el prurito de los debates puramente

políticos. Pero cuando intervenía en ellos, era siempre a su modo. Indignado ya de que se hablase tanto del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, una buena mañana era el día 14 de enero-nuestro General se presentó con una cartera abarrotada de periódicos rusos, casi todos de tendencia socialrevolucionaria, Hoffmann leía el ruso de corrido. En frases breves y cortarlas, en las que la irritación se mezclaba con un tono de mando, el General acusó a los bolcheviques de tener suprimida la libertad de prensa y de reunión y de violar constantemente los principios de la democracia, acogiéndose benevolente, para documentar sus acusaciones, a los artículos, de aquel partido terrorista que desde el año 1902 había mandado al otro mundo a tantos correligionarios del General. Hoffmann nos ce en cara, con acento de gran indignación, que nuestro Gobierno no tenía más apoyo que la violencia. Esto, dicho por él, resultaba harto peregrino. He aquí cómo registró Czernin el episodio en su Diario: "Hoffmann ha pronunciado su lamentable discurso. Se pasó dos días trabajando en él y estaba orgullosísimo de su éxito." Yo me levanté para contestar a Hoffmann que en una sociedad de clase todos los Gobiernos se apoyaban en la fuerza. La diferencia estaba tan sólo en que el General Hoffmann empleaba las represalias para defender a los grandes propietarios, mientras que nosotros las aplicábamos a la defensa de los trabajadores. Por unos momentos, la sala de conferencias se había convertido en un club de propaganda marxista para principiantes.

-Lo que en nuestros actos sorprende y repugna a los Gobiernos de otros países-dije-es, sencillamente, el que nosotros no encarcelemos a los huelguistas, sino a los capitalistas que dejan a los obreros sin trabajo; es el que nosotros no contestemos con descargas cerradas a los campesinos que reclaman tierra, sino que detengamos a

los terratenientes y a los oficiales que intentan descargar sobre los campesinos.

La cara de Hoffmann tomó un color rojo amoratado. Al terminar cada uno de estos episodios, Kühlmann se dirigía al General, con una amabilidad maligna, para preguntarle si deseaba hacer alguna observación a propósito del tema. El General contestaba lacónicamente:

-¡No, basta ya de esto!-y se ponía a mirar, muy enfadado, por la ventana.

Allí, en medio de aquellos diplomáticos, Generales y Almirantes de los Hohenzollers y los Habsburgos, los Koburgos y el Sultán, estas disquisiciones acerca del empleo de la fuerza revolucionaria, tenía un sabor verdaderamente exquisito. Muchos de aquellos caballeros ornados con títulos o con grandes cruces no hicieron durante las sesiones otra cosa que pasear las miradas, en que se leía la incomprensión, de unos a otros interlocutores. ¿No habría nadie que les explicase, por los clavos de Cristo, qué significaba todo aquello? Es probable que Kühlmann, al reunirse con ellos entre bastidores, les dijese que nuestros días estaban contados y que no había más remedio que aprovecharse de aquella ocasión para cerrar a toda prisa una paz "alemana", que luego los herederos de los bolcheviques se verían obligados a respetar.

Mas, todo lo que mi posición llevaba de ventaja a la de Kühlmann en el terreno de los principios, me lo llevaba a mí la posición del General Hoffmann en punto a la situación militar. Por eso el General, impaciente, se desvivía por llevar todas las cuestiones a su terreno, donde sus fuerzas eran muy superiores a las nuestras, mientras que Kühlmann se esforzaba en vano por dar a una paz basada sobre el mapa de guerra las apariencias de una paz concertada sobre principios nobilísimos. Para quitar importancia a las declaraciones de Hoffmann, Kühlmann hubo de decir una

vez que la voz del soldado no tenía más remedio que ser un poco más enérgica que la de la diplomacia. A lo cual le repliqué yo:

-Nosotros, los miembros de la delegación rusa, no pertenecemos a la escuela diplomática; más bien se nos puede considerar como soldados de la revolución, que es, probablemente, por lo que preferimos el lenguaje rudo del soldado.

Hay que hacer constar, por lo demás, que la cortesía diplomática de Kühlmann era bastante condicionada. Lo que ocurría era que no podía llevar a cabo, manifiestamente, la empresa que se había propuesto sin nuestra ayuda. Y esta ayuda era precisamente la que le faltaba.

-Nosotros somos revolucionarios-le expliqué-, pero somos también políticos realistas y preferimos que se nos hable sinceramente de anexiones sin encubrir ese nombre, que es el verdadero, bajo ningún seudónimo.

Por eso no tiene nada de extraño que a Kühlmann se le cayese, a veces, la máscara diplomática para dar rienda suelta a su furia. Todavía me acuerdo perfectamente la entonación con que nos dijo que Alemania estaba sinceramente dispuesta a reanudar las relaciones amistosas con su poderoso vecino en la frontera oriental. La palabra "poderoso" la pronunció con un tono de burla tan retador, que todos los allí presentes, hasta sus propios aliados, sintieron un ligero escalofrío. Añádase que Czernin tenía un miedo pánico a que se rompiesen las negociaciones. Recogí el guante que se me lanzaba y volví a recordar lo que había dicho en mi primer discurso: "No es nuestra intención, ni aunque lo fuese podríamos hacerlo -dije el día 16 de enero-, poner en duda el hecho de que nuestra, país se encuentra debilitado por la política que hubieron de seguir hasta hace poco las clases que lo gobernaban. Pero la situación de un país y lo que éste representa para

el mundo, no se mide solamente mirando al estado en que actualmente se halla su aparato técnico, sino también por las posibilidades todas que en él se encierran, del mismo modo que no podría valorarse hoy el poder económico de Alemania atendiendo exclusivamente al estado en que se encuentran al presente sus subsistencias. Una política que quiera ser previsor, tiene que hacer hincapié en las tendencias de progreso, en aquellas energías interiores que, una vez despiertas y puestas en movimiento, acabarán por imponerse, más temprano o más tarde." No habían transcurrido nueve meses, cuando el día 3 de octubre de 1918 tomé la palabra en una sesión del Comité ejecutivo panruso para decir, recordando aquel reto de Kühlmann en Brest-Litovsk: "Ninguno de nosotros tendrá, seguramente, esa dosis de maldad que hace falta para alegrarse de que Alemania atravesase hoy por una catástrofe tan imponente." Huelga decir que una buena parte de esta catástrofe hubo de ser preparada en Brest por la diplomacia alemana, tanto la militar como la civil.

Cuanto mayor era la precisión con que nosotros formulábamos nuestras cuestiones, más crecía el predominio que iba ganando Hoffmann, el General, sobre Kühlmann, el diplomático. Ya no se molestaban, sobre todo el General, en encubrir la pugna que había entre ellos. Cuando yo, contestando a uno de sus torpes ataques, mencioné abiertamente al Gobierno alemán, Hoffmann me interrumpió con un tono de voz en que ardía la ira :
-iYo no represento aquí al Gobierno alemán, sino al alto mando de mi país!

Aquellas palabras sonaban con el estrépito de una vajilla al romperse. Dirigí la mirada al otro lado de la mesa donde estaba sentado Kühlmann, con el rostro desencajado y mirando al suelo. En la cara de Czernin se debatían la perplejidad y un cierto gozo maligno. Contesté, que no

me tenía por competente para juzgar de las relaciones que existiesen entre el Gobierno del Imperio alemán y su alto mando, pero que yo sólo traía poderes para negociar con el Gobierno. Kühlmann, rechinando los dientes, no tuvo más remedio que escuchar mis palabras y adherirse a ellas.

Claro está que hubiera sido candoroso desdeñar el alcance de las divergencias que existían entre la diplomacia y el alto mando. Kühlmann esforzábese por demostrar que las regiones ocupadas habían dado, ya expresión a su "voluntad soberana", por medio de sus órganos nacionales competentes, y que la decisión era favorable a Alemania. Hoffmann, por su parte, afirmaba que, no existiendo en los territorios ocupados órganos competentes, no había para qué hablar de retirar las tropas alemanas. Los argumentos, como se ve, eran diametralmente opuestos y, sin embargo, la conclusión práctica idéntica. A propósito de esa cuestión, Kühlmann se dejó llevar de una maniobra tan burda, que parecerá a primera vista inverosímil. En un memorial redactado por von Rosenberg, contestando a una serie de preguntas formuladas por nosotros, se decía que las tropas alemanas no podrían ser retiradas de los territorios ocupados hasta que se suspendiesen las hostilidades en el frente occidental. De aquí deduje yo la conclusión, que me parecía lógica, de que serían retiradas después de ocurrir eso, y pedí que se fijase un plazo. Kühlmann, al oír esto, fué presa de un ataque de gran excitación. Había puesto grandes esperanzas, seguramente, en la eficacia estupefaciente de aquella fórmula; o lo que es lo mismo, confiaba en poder llevar a cabo su plan de anexiones por medio de... un juego de palabras. Cuando vió que aquello había fracasado, declaró, asistido por el General, que las tropas no se retirarían ni antes ni después de terminar la guerra.

Sin ninguna esperanza de éxito, a fines de enero, pedí al Gobierno austro-húngaro permiso para hacer un viaje a Viena, con objeto de ponerme al habla con los representantes del proletariado austríaco. El mayor susto, a la sola idea de pensar en semejante viaje, se lo llevó, como fácilmente puede comprenderse, la propia socialdemocracia. Mi petición fué contestada, naturalmente, con una negativa; negativa fundada-por increíble que ello parezca-en que yo no estaba asistido de poderes para entablar semejantes negociaciones. Contesté a Czernin con la siguiente carta:

“Señor Ministro: Adjunto a usted copia del escrito del señor Consejero de Legación, Conde de Czakki, fecha de 26 del corriente, con el que, sin duda, se contesta al telegrama cursado por usted el día 24, y le comunico que me doy por enterado de la negativa que en dicho escrito se me traslada respecto a mi solicitud de que se me autorizase para ir a Viena con objeto de entablar negociaciones con los representantes del proletariado austríaco, encaminadas a la consecución de una paz democrática. Véome obligado a hacer constar que, detrás de las razones de carácter formal que se alegan en dicha contestación, se esconde la tendencia a impedir toda negociación directa entre los representantes del Gobierno obrero y campesino de Rusia y el proletariado austríaco. Por lo que se refiere a la razón que en el mencionado escrito se aduce, a saber: que carezco de los poderes necesarios para emprender semejantes negociaciones -alegación tan inadmisible, en lo que toca a la forma como en lo que atañe al fondo del asunto-, me permitirá que le llame la atención acerca del hecho de que el determinar las normas, la extensión y el carácter de mis poderes es atribución exclusiva de mi Gobierno.”

El triunfo de mayor valor que tuvieron en sus manos Kühlmann y Czernin, durante el último período de las

negociaciones, fué la actitud autónoma y hostil en que se colocaba la rada de Kief, frente a Moscú. Sus dirigentes venían a representar una especie de variante de la kerensquiada y no se diferenciaban gran cosa de su modelo. Únicamente, sí, en ser todavía más provincianos. Los delegados ucranianos en Brest estaban destinados, por obra de la naturaleza, a ser juguete del diplomático del mundo capitalista que primero se presentase. Hasta el propio Czernin, y no digamos Kühlmann, jugaba con ellos y les hacía objeto de su altivo desprecio. Aquellos bobalicones demócratas sintieron que la boca se les hacía agua en cuanto vieron que las prestigiosas razones sociales de los Hohenzollers y los Habsburgos les tomaban en serio. Cuando el presidente de la delegación ucraniana, Golubovich, después, de exponer sus réplicas, se apartaba cuidadosamente los faldones del negro chaquet para tomar asiento, parecía que iba a derretirse en el sillón de puro gusto.

Czernin había animado a los ucranianos-él mismo lo refiere en su Diario-a que pusiesen de manifiesto, de una manera clara, su hostilidad contra la delegación soviética. Los pobres ucranianos se excedieron. Su orador se estuvo por espacio de un cuarto de hora vertiendo groserías sobre insolencias y poniendo en un aprieto al concienzudo intérprete alemán, que las pasó negras para encontrar el tono con semejante diapasón. El Conde habsburgiano cuenta esta escena y habla de mi perplejidad, de mi palidez, de mis calambres, de las gotas de sudor frío que perlaban mi frente. Prescindiendo de todas estas exageraciones, reconozco que aquella fué, verdaderamente una de las escenas más intolerables que allí se nos depararon. Lo triste del asunto no era, como cree Czernin, que unos compatriotas nos injuriasen en presencia de extranjeros. No, lo intolerable era aquella demente humillación a que se sometían por sí mismos hombres que, al fin y al cabo, representaban a la revolución, delante de aristócratas

soberbios que los despreciaban. Eran tiradas enteras de bajeza lacayuna, espumeantes de entusiasmo en la abyección, las que salían a borbotones de los labios de aquellos desventurados demócratas nacionalistas, a quienes el azar había elevado, por unos instantes, al Poder. Kühlmann, Czernin, Hoffmann y los demás de su cuerda, aspiraban codiciosamente sus palabras, como el jugador que en las carreras de caballos ha apostado al caballo ganador. Levantando la vista al final de cada frase para buscar con la mirada la aprobación de sus protectores, el delegado ucraniano leía un papel en que su delegación, después de una labor colectiva de cuarenta y ocho horas, había acumulado toda una sarta de injurias contra nosotros. Fué, indudablemente, una de las escenas más repugnantes que jamás hube de presenciar. Pero, entre aquel fuego cruzado de injurias y miradas malignas, no dudé un momento que los serviles lacayos no tardarían en ser puestos de patitas en la calle por aquellos señores henchidos de triunfo, para los que, a su vez, sonaría también, no tardando, la hora de abandonar el puesto heredado desde hacía varios siglos,

Al tiempo que esto ocurría, las tropas revolucionarias de la República de los Soviets, avanzaban victoriosamente por la Ucrania adelante, abriéndose paso hacia el río Dnieper. Y el mismo día precisamente en que el enjuague estaba ultimado y en que era ya perfectamente claro que los delegados ucranianos habían amañado con Kühlmann y con Czernin el reparto de la Ucrania, nuestras tropas ocupaban la ciudad de Kief. Radek se puso al habla con Rusia por el hilo directo, para informarse acerca de la situación de la capital de Ucrania, y oyó que un telegrafista alemán contestaba de una estación intermedia, sin saber con quién hablaba: "Kief ya no existe." El día 7 de febrero puse en conocimiento de las delegaciones de los Imperios centrales el radiotelegrama en que Lenin me daba cuenta de que las tropas soviéticas habían entrado en Kief el día

29 de enero, agregando que el Gobierno, abandonado por todo el mundo, se había escondido; que el Comité central ejecutivo de los Soviets ucranianos se había proclamado como el único Poder legítimo dentro del país, trasladando su residencia a Kief, y, que el Gobierno ucraniano había acordado incorporarse federativamente a Rusia y concertar la más completa unidad con la República de los Soviets, lo mismo en cuanto a la política interior que en cuanto a los asuntos extranjeros. En la sesión siguiente, hice saber a Kühlmann y a Czernin que estaban tratando con la delegación de un Gobierno al que ya no quedaba más territorio que el que ocupaba la ciudad de Brest-Litovsk (pues según el tratado, esta ciudad había de ser cedida a Ucrania). Pero el Gobierno, o, por mejor decir, el alto mando alemán, tenía ya decidido, por aquellas fechas, ocupar militarmente el territorio ucraniano. La diplomacia de los Imperios centrales no tenía allí más misión que facilitar a las tropas alemanas un salvoconducto. Ludendorff trabajaba concienzudamente para acelerar la agonía de los ejércitos imperiales. Por aquellos días, hallábase recluído en una cárcel alemana un hombre a quien los políticos de la socialdemocracia acusaban de loco utopista y a quien los jueces de los Hohenzollers inculpaban del delito de alta traición. Y este presidiario escribía: "El balance de Brest-Litovsk no es igual a cero, aunque de momento haya de traducirse en una paz brutal de imposición y avasallamiento. Gracias a los delegados rusos, Brest-Litovsk se ha convertido en una tribuna revolucionaria de radio amplísimo. Aquellas negociaciones sirvieron para desenmascarar a los Imperios centrales, para desenmascarar el instinto de rapiña, la falsedad, la perfidia y la hipocresía de Alemania. Sirvieron para dictar un veredicto aniquilador contra esa política alemana de las "mayorías", a que, según ella, se ha de ajustar la paz, y que tiene más de cinismo que de

gazmoñería. Han servido para desencadenar, en varios países, considerables movimientos de masas. Y su trágico acto final-la intervención decretada contra la revolución-ha sacudido todas las fibras socialistas del mundo. Ya llegará el día en que se demuestre la cosecha que van a recoger de esta siembra los triunfadores de hoy. Yo les garantizo que no van a disfrutarla a gusto.” (Carlos Liebknecht, apuntes políticos sacados de sus papeles póstumos. Ed. “Die Aktion” 1921, pág. 51)

LA PAZ

Durante todo el otoño no cesaron de presentarse diariamente en el Soviet de Petrogrado enviados del frente a exponer que, si la paz no quedaba concertada antes del día 1.º de noviembre, los soldados marcharían sobre el interior del país a conquistársela con sus puños. Tal era la consigna del frente. Los soldados desertaban en masa de las trincheras. La revolución de Octubre vino a contener, hasta cierto punto, este movimiento, si bien por poco tiempo.

Los soldados, a quienes el movimiento de Febrero había venido a revelar que habían sido lanzados a aquella guerra criminal y absurda por la banda de Rasputin, no encontraban razón alguna para continuarla porque un joven abogado como Kerensky se lo rogase. Su deseo era retornar al hogar, a la familia, al suelo, a la revolución que les prometiera tierra y libertad y que, olvidándose de su promesa, les dejaba seguir en las trincheras del frente, hambrientos y llenos de piojos. Kerensky, que se sentía ofendido por los soldados, campesinos y obreros, los llamó una vez "esclavos amotinados". El pobre hombre no comprendía esta pequeñez: que las revoluciones no son nunca otra cosa que motines de esclavos que quieren dejar de serlo.

El patrono e inspirador de Kerensky, sir Buchanan, tiene la imprudencia de contarnos en sus Memorias lo que significaban para él y para los de su casta la guerra y la revolución. Muchos meses después del movimiento de Octubre, Buchanan describe, en los términos siguientes: el año ruso de 1916, aquel año espantoso de descalabros del ejército zarista, año de desgarramiento de la Economía nacional, el año de las largas y pacientes colas, en que el Gobierno no se hartaba de humillar las espaldas bajo el

yugo de Rasputin:

“En una de las villas más espléndidas que visitamos-escribe Buchanan a propósito de su viaje a Crimea, realizado en aquel año-no sólo nos recibieron brindándonos en una bandeja de plata la ofrenda tradicional del pan y la sal, sino que al partir, nos encontramos en el auto con varias docenas de botellas de un viejo Borgoña cuyos méritos hube de cantar después de gozar de él en el almuerzo. Se le hace a uno extraordinariamente triste volver la mirada sobre aquellos días felices (!) que se ha tragado para siempre la eternidad y pensar en la pobreza y en los sufrimientos que reservaba el destino a quienes nos demostraron tanta cordialidad y afecto.”

Buchanan no se refiere a los sufrimientos de los soldados de las trincheras ni a las madres hambrientas que se pasaban el día en la cola, sino a los de aquellos felices poseedores de las magníficas villas de recreo de la Crimea; no se acuerda más que de las bandejas de plata y del Borgoña. Cuando se leen estas líneas, francamente desvergonzadas, no puede uno por menos de decirse que la revolución de Octubre ha sido oportuna y justiciera y que hizo bien en barrer, con los Romanoffs, a los Buchanans y a los Kerenskys.

La primera vez que crucé el frente camino de Brest-Litovsk, los correligionarios que teníamos en las trincheras no disponían ya de la posibilidad de preparar, aunque hubieran querido, una protesta un poco eficaz contra las exigencias desmedidas de Alemania, pues las trincheras se habían quedado casi vacías. Después del precedente de los Buchanans y los Kerensky nadie se atrevía a interceder en lo más mínimo por la continuación de la guerra. ¡La paz, la paz, costase lo que costase!...

Más tarde, al regresar de Brest-Litovsk a Moscú, intenté persuadir a uno de los representantes del frente en el Comité ejecutivo -central panruso para que apoyase

a nuestra delegación mediante un discurso enérgico. -Imposible-me contestó-, es completamente imposible; no podríamos, aunque quisiéramos, volver a las trincheras, no nos comprenderían; diríase que los seguíamos engañando lo mismo que Kerensky...

La imposibilidad de continuar la guerra era evidente. En este punto, no existía ni sombra de disparidad entre Lenin y yo. Los dos meneábamos la cabeza oyendo a Bujarin, a Radek y a otros apóstoles de la "guerra revolucionaria".

Había, sin embargo, un problema no menos importante, y era saber hasta dónde podía llegar el Gobierno de los Hohenzollers, puesto a luchar contra nosotros. En una carta escrita por aquellos días a uno de sus amigos, el Conde de Czernin dijo que, con los bolcheviques, no se debían entablar negociaciones, sino mandar las tropas sobre San Petersburgo a imponer el orden... si alcanzasen las fuerzas para ello. La intención ya sabíamos nosotros que no faltaba. ¿Pero alcanzarían las fuerzas? ¿Sería el Káiser capaz de lanzar a sus soldados contra la revolución, ansiosa de paz? ¿Qué efectos ejercería la revolución de Febrero y luego la de Octubre sobre las tropas alemanas? ¿Y cuánto tardarían en producirse estos efectos? A estas preguntas no podíamos dar nosotros, por el momento, contestación. No había más remedio que ver el modo de buscársela en el transcurso de las negociaciones. Para ello, era necesario hacer que éstas se dilatasen todo lo posible. Había que dar tiempo a los obreros de Europa para que se asimilasen el hecho de la revolución de los Soviets y principalmente su política de paz. La necesidad de proceder así era tanto mayor cuanto que la Prensa de los aliados, en unión de la que sostenían la burguesía y los partidos conciliadores rusos, querían presentar nuestras negociaciones de paz con Alemania como una comedia en que se hubiesen repartido hábilmente los papeles. Hasta

la misma oposición socialdemócrata alemana, que no tenía inconveniente en echar sobre nuestros hombros sus propias faltas, llegaba a creer, o por lo menos lo aparentaba, que los bolcheviques se entendían con el Gobierno del Káiser. Esta versión tenía que parecer más verosímil, por fuerza, en Inglaterra y en Francia. Era evidente que si la burguesía y la socialdemocracia de los países aliados conseguían infundir a las masas obreras la desconfianza hacia nosotros, esto facilitaría notablemente la intervención militar de la Entente contra la revolución. En estas condiciones, a mí me parecía absolutamente necesario, antes de proceder a firmar una paz por separado, en el caso de que no tuviésemos otro recurso, brindar a los obreros todos de Europa una prueba clara e inequívoca de la mortal enemistad que nos separaba de la Alemania gobernante. Influido por estas consideraciones, se me ocurrió, estando en Brest-Litovsk, la idea de una manifestación política que podría concretarse en esta fórmula: poner fin a la guerra, desmovilizar, pero negarse a suscribir ningún tratado de paz. Si el imperialismo alemán no estaba en condiciones de enviar tropas contra nosotros, esto-pensaba yo-significaría para Rusia un triunfo imponente, cuyas consecuencias no era posible predecir. En cambio, si resultaba que los Hohenzollers disponían de fuerzas bastantes para lanzarse al asalto contra la revolución, siempre estaríamos a tiempo para capitular. Cambié impresiones con otros miembros de la delegación, entre ellos con Kamenev, que se mostró conforme, y escribí a Lenin, proponiéndoselo.

Lenin me contestó: "Si viene usted a Moscú, hablaremos."

-La cosa sería magnífica-expuso Lenin, contestando a mis argumentos-si el General Hoffmann no estuviese en condiciones de lanzar a sus tropas sobre Rusia, pero no hay que confiar demasiado en esto. Ya procurará él elegir los mejores regimientos de campesinos bávaros. Además,

a nosotros, con poco nos basta. Usted mismo dice que las trincheras se han quedado vacías. ¿Y si los alemanes deciden proseguir la guerra?

-En este caso, nos veremos obligados a suscribir la paz. Pero todo el mundo comprenderá que no teníamos otro camino. De este modo habríamos acabado con la leyenda de nuestro pacto secreto con el Káiser.

-Convengo en que la cosa no va del todo descaminada. Pero correríamos un riesgo muy grande. Este riesgo, tendríamos que correrlo aunque pereciésemos, si fuera para asegurar el triunfo de la revolución alemana. La revolución alemana es incomparablemente más importante que la rusa, pero, ¿cuándo va a estallar? Como no lo sabemos, por el momento no hay nada en el mundo más importante que la nuestra, que hay que salvar a toda costa.

A las dificultades de la política exterior venían a unirse las dificultades, aún mayores, que surgían en el seno del partido. En éste, sobre todo por parte de los elementos directivos, reinaba un ambiente irreconciliable contra la aceptación de las condiciones que querían imponernos los alemanes. Los informes taquigráficos que publicaban nuestros periódicos acerca de las negociaciones de Brest no hacían más que nutrir y agudizar este estado de ánimo. De él brotó, en la izquierda comunista, dándole exagerada expresión, la consigna de la guerra revolucionaria. La lucha, dentro del partido, hacía cada día más violenta. Y, pese a todo lo que hoy puedan contar las leyendas oficiales, esa lucha no se libraba precisamente entre Lenin y yo, sino entre él y una mayoría abrumadora, en la que se contaban las organizaciones directivas del partido. En los puntos más importantes de la campaña, a saber: si estábamos en condiciones de sostener la guerra revolucionaria y si a un Poder apoyado en la revolución le es lícito, de algún modo, entrar en pactos con imperialistas, yo estaba totalmente

compenetrado con Lenin, y contestaba con una negativa al primer punto y con una afirmativa al segundo.

El primer debate serio sobre esta fundamental divergencia de opiniones tuvo lugar el día 21 de enero en la asamblea obrera del partido. Tres puntos de vista se destacaron en ella. Lenin era partidario de que intentásemos diferir las negociaciones, capitulando inmediatamente caso de que se nos dirigiese un ultimátum. Yo era de opinión de que provocásemos la ruptura de las negociaciones, afrontando el riesgo de que Alemania volviese a atacarnos, para, en este caso, capitular ante la imposición evidente de la fuerza. Bujarin pedía que se llevase adelante la guerra, para de este modo abrir los horizontes revolucionarios. En la asamblea del 21 de enero, Lenin atacó, con una dureza extrema, a los defensores de la guerra revolucionaria y se limitó a decir algunas palabras de crítica contra mi propuesta. La fórmula de la guerra revolucionaria obtuvo 32 votos, la de Lenin 15 y la mía 16. Pero el resultado de la votación no da todavía una idea bastante clara del ambiente que por entonces reinaba en el partido. Si no en las masas, en las capas más altas del partido el "ala izquierda" tenía todavía más fuerza de la que esta asamblea denotaba. Esto cabalmente era lo que, llegado el momento, había de dar el triunfo a mi proposición. Los adeptos de Bujarin veían en ella un paso de aproximación hacia la suya. En cambio, Lenin daba por descontado, y con razón, que el aplazamiento de la solución definitiva traería el triunfo de su posición. En aquel momento, nuestro partido estaba tan necesitado como la clase obrera occidental de que se esclareciese la verdadera situación. No había organismo directivo alguno del partido ni del Estado en que Lenin no estuviese en minoría. Interrogados los Soviets locales-a propuesta del Soviet de Comisarios del Pueblo-acerca del estado de opinión que reinaba en ellos respecto la

guerra y la paz, contestaron, hasta el día 5 de marzo, más de doscientos soviets. Solamente dos de importancia (el de Petrogrado y el de Sebastopol) se declararon-con reservas-por la paz. En cambio, había toda una serie de grandes centros obreros: Moscú, Iekaterimburgo, Kharkof, Iekaterinoslavia, Ivanovo-Wosnesensk, Cronstadt y otros, por una mayoría abrumadora, se declaraban partidarios de que se rompiesen las negociaciones de paz entabladas. Tal era también el estado de espíritu que imperaba en las organizaciones del partido. ¡Y no digamos entre los socialrevolucionarios de la izquierda! El imponer y llevar a cabo en aquel momento el punto de vista de Lenin, hubiera costado una escisión dentro del partido y un golpe de Estado; de otro modo era imposible. Pero cada día que pasase tenía que engrosar, por fuerza, las filas de sus partidarios. En estas condiciones, mi fórmula "ni guerra ni paz" era objetivamente un puente que se tendía entre su posición y la contraria. Y en efecto, por este puente pasaron a su lado la mayoría de los miembros del partido, o, por lo menos, sus elementos directores.

-Y bien; supongamos que nos hemos negado a firmar la paz y que los alemanes se lanzan al ataque. ¿Qué haría usted en este caso?-me preguntó Lenin.

-Pues, firmaríamos la paz obligados por las bayonetas, y no habría nadie en el mundo que no comprendiese nuestra situación.

-¿No abogaría usted, puesto en ese trance, por la consigna de la guerra revolucionaria?

-De ningún modo.

-En esas condiciones, el experimento no puede ser muy peligroso. Lo único a que nos exponemos es a quedamos sin Estonia o sin Letonia.

Y, sonriendo con sus ojuelos astutos, añadió:

-El estar en paz con Trotsky, aunque otra cosa no sea,

bien vale la pena de sacrificar a Estonia y a Letonia. Esta frase fué, durante algunos días, el estribillo de Lenin. En la sesión definitiva del Comité central, celebrada el día 22 de enero, prosperó mi posición: diferir las negociaciones todo lo posible; caso de recibir un ultimátum de Alemania, dar la guerra por terminada, pero negándose a firmar ningún género de paz; en lo demás, proceder como aconsejasen las circunstancias. El día 25 de enero, ya tarde de la noche, celebróse una sesión mixta del Comité central del partido bolchevique y de los socialrevolucionarios de izquierda, aliados nuestros por entonces, en la que prevaleció, por una mayoría aplastante, la misma fórmula. El acuerdo de los dos Comités centrales fué tomado- era un procedimiento al que se acudía por entonces con frecuencia-en una forma tal, que tenía la misma eficacia que si procediese del Soviet de Comisarios del Pueblo. El día 31 de enero, comuniqué a Lenin desde Brest, por el hilo directo que nos unía al Smolny: "Entre los innumerables rumores y noticias que circulan, ha llegado a la prensa alemana la absurda referencia de que nos proponemos, para hacer una manifestación de protesta, no suscribir el tratado de paz, y que, a propósito de esto, han surgido graves diferencias de opinión entre los bolcheviques, etc., etc. He recibido también un telegrama semejante de Estocolmo con referencia al periódico Politiken. Si no me engaño, este periódico es el órgano de Høglund. ¿No podríamos averiguar por él por qué dejan pasar estas noticias increíblemente absurdas, caso de que, en efecto, se hayan publicado en su periódico? Los chismes y rumores que pueda publicar la prensa burguesa no tendrán, seguramente, gran importancia a los ojos de los alemanes. Pero ahora se trata de un periódico izquierdista, cuyo director se encuentra actualmente en Petrogrado, y esto da cierta autoridad a la noticia y puede desorientar un poco a

las partes con quienes estamos en negociaciones. La prensa germano-austriaca está llena de informaciones de horrores cometidos en Petrogrado, en Moscú y en toda Rusia; habla de cientos y miles de personas asesinadas, del tableteo de las ametralladoras, etc. etc., Es imprescindible encargar a una persona que tenga la cabeza sobre los hombros de que facilite diariamente a la agencia de Petrogrado y a la radio noticias exactas acerca de la situación dentro del país. No estaría mal encomendar este trabajo al camarada Zinovief. La cosa tiene una importancia extraordinaria. Estos informes deberían comunicarse, en primer término, a Worovski y a Litvinof. De eso podría encargarse Tchitcherin.

“Hasta ahora, no hemos celebrado más que una sesión puramente formal. Los alemanes dan todas las largas que pueden a las negociaciones, obligados probablemente por la crisis interior de su país. La prensa alemana no cesa de trompetear que no deseamos la paz y que lo único que nos preocupa es extender la revolución a otros países. Estos asnos no aciertan a comprender que, precisamente para lograr que la revolución europea se desarrolle, es por lo que nos interesa extraordinariamente cerrar cuanto antes la paz.

“¿Se han tomado medidas para la expulsión del embajador rumano? Sospecho que el rey de Rumania se ha refugiado en Austria. Según a las noticias que da un periódico alemán, lo que nosotros custodiamos en Moscú no son los fondos nacionales de Rumania, sino las existencias en oro del Banco Nacional rumano. Las simpatías de la Alemania oficial están, naturalmente, de parte de Rumania. Suyo, Trotsky.”

Esta comunicación requiere unas palabras explicatorias. Oficialmente, constaba que las conferencias celebradas por estos hilos estaban garantizadas en absoluto contra la posibilidad de oír y ser oídos. Sin embargo, nosotros

teníamos nuestros motivos para sospechar que los alemanes de Brest entraban en posesión de las comunicaciones cursadas por el hilo directo: respetábamos lo bastante su dominio técnico, para pensarlo así. No había manera de cifrar toda la correspondencia que se transmitía. Además, tampoco podíamos estar muy seguros de que la cifra no se violase. El periódico de Estocolmo nos había hecho un flaco servicio, con su inoportuna información tomada de fuente directa. Por eso, la intención de todo este comunicado, no era tanto el informar a Lenin de que el secreto de nuestro acuerdo corría ya por el extranjero, como el desorientar a los alemanes. Aquel epíteto, poco correcto, de "asnos" dirigido a los periodistas, no tenía más objeto de imprimir al texto mayor "naturalidad". No sé si esta astucia conseguiría o no engañar a Kühlmann. Lo cierto es que mi declaración del 10 de febrero produjo a nuestros adversarios la impresión de lo inesperado. El día II, Czernin escribía en su diario: "Trotsky se niega a firmar. La guerra se ha terminado, pero sin que se concierte paz alguna."

Es punto menos que increíble que en el año 1924 la escuela de Stalin y Zinovief intentase desfigurar las cosas presentando mi actuación de Brest-Litovsk como llevada a espaldas del partido y del Gobierno. Estos pobres falsificadores no se toman siquiera el trabajo, que era lo menos que podían hacer, de echar un vistazo a los libros de actas de aquella época o de pasar la vista por sus propias intervenciones de entonces. El día II de febrero, es decir, al día siguiente de promulgarse en Brest-Litovsk mi declaración, Zinovief se levantaba a hablar en el Soviet de Petrogrado, para decir: "La fórmula que ha encontrado nuestra delegación para salir de la situación en que nos encontrábamos es la única acertada." Y fué el propio Zinovief quien presentó la proposición, aceptada por la mayoría con un voto en contra y con la abstención de los

mencheviques y socialrevolucionarios, en que se aprobaba la negativa a suscribir el tratado de paz.

El día 14 de febrero presentó Sverdlof en el Comité ejecutivo central panruso una proposición basada en el informe que yo había hecho en nombre de la fracción de los bolcheviques, en que figuraban las siguientes palabras iniciales: "Después de escuchar y discutir el informe de la delegación de paz, el Comité ejecutivo central panruso aprueba en un todo la conducta de sus representantes en Brest-Litovsk." No hubo una sola organización local de partido o de Soviet, que, en los días 11 a 15 de febrero, no se manifestase en un sentido de aprobación respecto a nuestra conducta. En el Congreso de partido celebrado en marzo de 1918, Zinovief declaró: "Trotsky tiene razón cuando dice que ha procedido ateniéndose a las normas de la mayoría legítima del Comité central. Nadie ha discutido esto..." Finalmente, el propio Lenin hubo de comunicar en el mismo Congreso que "la proposición de negarse a firmar la paz había sido aceptada por el Comité central".

Pero los "Cominters", que no se paran en barras, pasan por alto todo esto y no tienen inconveniente en sostener, como un nuevo dogma, que al negarse a suscribir la paz en Brest-Litovsk, Trotsky procedía exclusivamente con arreglo a su propio y personal parecer.

Después de las huelgas que en octubre estallaron en Alemania en Austria no era tan sencillo, como hoy pretenden los que saben mucho después de ver las cosas ni para nosotros ni para el propio Gobierno alemán-, saber si los gobernantes del Káiser se decidirían o no a atacar de nuevo. El día 10 de febrero, las delegaciones alemana y austro-húngara destacadas en Brest-Litovsk decidieron "aceptar el estado de cosas propuesto por Trotsky en sus declaraciones". El único que se resistió a aceptarlo fué el General Hoffmann. Según cuenta Czernin, al clausurar

las sesiones al día siguiente, Kühlmann declaró, de una manera concreta, que no había más remedio que aceptar la paz "de facto". El eco de estas voces no tardó en llegar a nuestros oídos. La delegación rusa volvió de Brest con la impresión de que los alemanes no atacarían. Lenin estaba muy contento de los resultados conseguidos.

-¿No nos engañarán?-preguntaba, pues no las tenía todas consigo.

Ante aquella pregunta, no había más que alzarse de hombros: las apariencias no indicaban eso.

-Bien está-dijo Lenin-. Si así es, tanto mejor; las apariencias están salvadas, y, al fin y al cabo, hemos salido de la guerra.

Mas, aún faltaban dos días para que expirase el plazo de una semana, cuando el General Samoilo, que había quedado en Brest, nos comunicó telegráficamente que, según le declaraba el General Hoffman, los alemanes se considerarían en estado de guerra con nosotros a partir de las doce del día 18 de febrero, razón por la cual le invitaban a salir cuanto antes de Brest-Litovsk. El telegrama fué directamente a manos de Lenin. Yo me encontraba a la sazón en su despacho, donde se estaba celebrando una entrevista con los socialrevolucionarios de izquierda. Lenin me pasó el telegrama en silencio. Pero su mirada me decía que no traía nada bueno. Se apresuró a poner fin cuanto antes a la entrevista, para deliberar sin que estuviesen presentes los extraños acerca de la nueva situación que se nos planteaba.

-iDe modo que engañados! Cinco días de ventaja... Estos bárbaros se aprovechan de todo. Ahora, ya no nos queda más camino que firmar las condiciones de antes, si es que los alemanes las sostienen.

Yo seguía insistiendo en que dejásemos a Hoffman atacarnos, para que los obreros de Alemania y las naciones

aliadas vieses que la agresión era un hecho y no una simple amenaza.

-No-replicó Lenin-, Tal como están las cosas no hay que perder ni un solo segundo. El experimento ya está hecho. Ya sabemos que el alto mando alemán quiere y puede entablar la guerra. Aquí no caben dilaciones. Los saltos de esta bestia son rápidos.

En marzo, Lenin dijo en el Congreso del partido: "Habíamos convenido (él y yo) que resistiríamos hasta que llegase un ultimátum de los alemanes, pero que ante esta coyuntura habríamos de ceder." Más arriba he hablado ya de este convenio. Lenin accedía a no combatir ante el partido mi fórmula, sola y exclusivamente porque yo le había prometido que no apoyaría la causa de la guerra revolucionaria. Los representantes oficiales de este grupo-Uritski, Radek y, si no me equivoco, Ossinski-se presentaron a mí a proponerme el "frente único". Yo les dije, lisa y llanamente, que nuestras posiciones no tenían nada de común. Tan pronto como el alto mando alemán nos comunicó que quedaba denunciado el armisticio, Lenin hubo de recordarme el compromiso asumido. Le contesté que, en mi opinión, no bastaba un ultimátum meramente formal sino que era menester que sobreviniese un ataque efectivo, para que no quedase la menor duda acerca de la realidad de nuestras relaciones con los alemanes. En la sesión celebrada por el Comité central el día 17 de febrero, Lenin puso a votación provisional esta cuestión: "Caso de que se realice el ataque alemán y no se produzca en Alemania ningún alzamiento revolucionario ¿concertaremos la paz? Ante una cuestión de tal trascendencia, Bujarin y sus correligionarios no supieron hacer otra cosa que abstenerse. Krestinsky hizo lo mismo. Joffe votó que no. Yo voté con Lenin por la afirmativa. A la mañana siguiente, me manifesté de parecer contrario a que se cursase inmediatamente un telegrama, como

proponía Lenin diciendo que estábamos dispuestos a firmar la paz. Pero en el transcurso del mismo día se recibieron noticias telegráficas de que los alemanes empezaban a atacar, de que se habían apoderado de nuestros bagajes militares y de que sus tropas avanzaban sobre Dvinsk. Por la noche del mismo día accedí al telegrama de Lenin. Ahora, ya no -podía haber duda de que el hecho de que los alemanes nos atacaban sería notorio para el mundo entero.

El día 21 de febrero se recibieron las nuevas condiciones alemanas, encaminadas manifiestamente a hacer la paz imposible. Se recordará que ya las habían agravado una primera vez al llegar nuestra delegación a Brest-Litovsk. Todos, y hasta cierto punto el propio Lenin, teníamos la impresión de que los alemanes se habían puesto ya de acuerdo con los aliados para derrocar a los Soviets y que la paz, en el frente oriental se haría repartiéndose los despojos de la revolución rusa. De ser así, de poco hubieran valido todos los sacrificios que nosotros pudiéramos hacer. El giro que tomaban las cosas en Ucrania y en Finlandia inclinaba decididamente la balanza del lado de la guerra. No pasaba hora sin que llegase una mala noticia. Se recibieron informes de que las tropas alemanas habían desembarcado en Finlandia y comenzaban a ametrallar a los obreros finlandeses. Me crucé con Lenin en el pasillo, cerca de su despacho. Estaba tremendamente excitado. Nunca, ni antes ni después, le había visto ni volví a verle así.

-Sí -me dijo-; no tenemos más remedio que pelearnos, aunque no disponemos de soldados. No nos queda otro recurso.

Pero, cuando a los diez o quince minutos, volví a presentarme en su despacho, había cambiado de parecer:

-No, no podemos variar de política. Por mucho que luchásemos no salvaríamos a la Finlandia revolucionaria y,

en cambio, no cabe duda que nos iríamos a pique nosotros. Vamos a ver cómo podemos ayudar, por todos los medios, a los obreros finlandeses, pero sin salirnos del terreno de la paz. No sé si esto nos salvará. Pero estoy seguro de que es el único camino por el que cabe una salvación.

Yo no tenía fe alguna en la posibilidad de llegar a la paz, ni aun a costa de una completa capitulación, si ella era posible. Y como no tenía mayoría en el Comité central y la solución dependía de un voto me abstuve, para, de este modo, ofrecerle a él un voto de mayoría. Tal fué el modo como razoné mi abstención. Si la capitulación no nos trae la paz-pensaba yo para mí-a lo menos conseguiremos que se unifique el frente del partido para defender a la revolución con las armas en la mano, cuando el enemigo así nos lo imponga.

-Me parece-le dije a Lenin, en una conversación privada- que sería conveniente, desde un punto de vista político, que yo dimitiese ahora el cargo de Comisario de Negocios extranjeros.

-No veo para qué, ni creo que sea necesario que introduzcamos aquí estos trucos parlamentarios.

-Mi dimisión podría significar a los ojos de los alemanes un cambio radical en nuestra política, e inspirarles la confianza de que esta vez estábamos dispuestos a firmar realmente el Tratado de paz.

-¡Acaso!.. dijo Lenin, pensando-. Es un argumento político serio.

El día 22 de febrero hice saber, en una sesión del Comité central, que la Misión militar francesa se dirigía a mí ofreciéndonos la ayuda de Francia e Inglaterra para rechazar el ataque de Alemania. Yo me mostré partidario de que se aceptase la oferta, siempre y cuando, naturalmente, que se nos garantizase la absoluta independencia en punto, a la política exterior. Bujarin estimaba que era

inadmisible cerrar ningún género de convenios con los imperialistas. Lenin apoyó resueltamente mi punto de vista, y la proposición fué aceptada en el Comité central por seis votos contra cinco. Me acuerdo de que Lenin dictó la resolución que terminaba con las palabras siguientes: "...autorizar al camarada Trotsky para que acepte la ayuda que le brindan los bandidos imperialistas franceses contra los bandidos alemanes." Lenin sentía gran predilección por las fórmulas que no dejaban lugar a dudas.

Al separarnos después de la sesión, Bujarin me dió alcance en aquellos largos pasillos del Smolny y me echó los brazos al cuello gimiendo:

-¿Qué vamos a hacer?-decía-. ¡Vamos a convertir el partido en un montón de estiércol!

Bujarin es hombre que se echa a llorar con el menor pretexto y muy dado a las expresiones naturalistas. Pero esta vez, la situación era realmente trágica. La revolución estaba entre la espada y la pared.

El día 3 de marzo, nuestra delegación suscribió el tratado de paz sin leerlo. La paz de Brest-Litovsk, tomándole en muchas de las ideas la delantera a Clemenceau, se parecía bastante a la sogá del verdugo. El día 22 de marzo fué ratificada la paz por el Reichstag. Los socialdemócratas alemanes, al votar por este Tratado, reconocieron de antemano los principios que en Versalles habían de aplicarse a su país. Los independientes votaron en contra: empezaban a describir ya aquella curva estéril que había de llevarles de nuevo al punto de partida.

En el 7.º congreso del partido, celebrado en marzo de 1918, tendiendo la mirada al camino recorrido, describí, de un modo claro y amplio, cuál había sido mi posición. "Si lo que deseábamos realmente no era más que obtener la paz más favorable posible-dije-, hubiéramos debido firmarla ya en noviembre. Entonces, nadie (fuera de

Zinovief) votó en este sentido: todos éramos partidarios de hacer lo posible por llevar la revolución a los obreros alemanes, austro-húngaros y a la clase obrera toda de Europa. Pero las negociaciones que veníamos entablando con los alemanes no podían tener, naturalmente, sentido alguno para la revolución, a menos que pareciesen al mundo sinceras. Ya ante la fracción del tercer congreso panruso de los Soviets tuve ocasión de informar que el antiguo Ministro austro-húngaro Gratz decía que los alemanes sólo buscaban un pretexto para enviarnos un ultimátum. Creían que nosotros mismos lo estábamos esperando..., que estábamos dispuestos desde el primer momento a firmar todo lo que nos presentasen y que no hacíamos más que representar una comedia revolucionaria. En estas condiciones, si nos resistíamos a firmar, corríamos el peligro de quedarnos sin Reval y algunas otras plazas, y si nos adelantábamos a firmar antes de tiempo, el peligro era perder las simpatías del proletariado mundial o de una gran parte de él. Yo era de los que pensaban que los alemanes no se lanzarían al ataque, pero que si nos atacaban, siempre estaríamos a tiempo para firmar la paz, aunque fuese en peores condiciones. Poco a poco-añadido todo el mundo se irá convenciendo de que no teníamos otra salida."

Es digno de hacer notar que, al tiempo que esto ocurría, Liebknecht escribiese desde la cárcel lo que sigue: "Nada más lejos de la verdad que los que piensan que el giro que han tomado al fin las cosas sea peor para el desarrollo ulterior del movimiento de lo que hubiera sido el plegarse a comienzos de febrero a las condiciones Brest-Litovsk. Todo lo contrario. Aquel pliegue hubiera hecho tomar el peor cariz a la resistencia y a la pugna de antes, presentado la imposición final como "vis haud ingrata". El cinismo que clama al cielo, la bestialidad del desenlace alemán disipa

toda posible sospecha.”

Liebkecht hubo de cobrar una talla extraordinaria durante la guerra cuando, por fin, supo poner un abismo de por medio entre su persona y la honorable falta de carácter de Haase. Huelga decir que Liebkecht fué siempre, en lo tocante a valentía, un indómito revolucionario. Pero ahora empezaba a desarrollarse en él el estratega, no sólo en las cuestiones que afectaban a su actuación personal, sino en el modo de concebir la política revolucionaria. Este hombre no se movía nunca por miramientos de seguridad personal. Cuando le detuvieron, muchos amigos suyos menearon la cabeza ante aquel acto de sacrificio “irreflexivo”. A Lenin, en cambio, le preocupaba extraordinariamente el asegurar la intangibilidad en la dirección del movimiento. Era como el jefe de un estado mayor, que sabe que tiene que salvaguardar, por todos los medios, el alto mando mientras dure la guerra. Liebkecht era de esos caudillos guerreros que se lanzan al combate a la cabeza de sus tropas. Por eso tenía que ser difícil para él comprender nuestra ,estrategia de Brest-Litovsk. Al principio, quería que desafiásemos al destino lisa y llanamente, para luego enfrentarnos con él. Hubo de combatir repetidamente, por aquellos días, la política de “Lenin y Trotsky” sin establecer-y con razón-la menor diferencia, respecto a este problema fundamental, entre la posición de Lenin y la mía. Sin embargo, conforme se fueron desarrollando los acontecimientos cambió de parecer. A comienzos de mayo escribía ya: “Si hay algo de que necesite la Rusia soviética-apremiantemente, por encima de todo-no son ostentaciones ni decoraciones, sino un Poder recio y firme. Un Poder que requiere, además de energía, prudencia y tiempo; prudencia, entre otras cosas, para ganar tiempo, sin el cual no puede triunfar ni la energía mayor ni más prudente.” Con esto queda reconocido el acierto de la política de Lenin en Brest, cuya

única preocupación no era otra que ganar tiempo.

La verdad se abre camino, pero también la necedad se resiste a morir. El profesor norteamericano Fisher, autor de un libro voluminoso titulado *The Famin in Soviet Russia*, dedicado a estudiar los primeros años de la República soviética,, me atribuye, en su obra, la idea de que los Soviets no debían entablar guerra alguna ni concertar ninguna paz con Gobiernos burgueses. Esta necia fórmula la tomó el autor, con otras muchas, de Zinovief y demás epígonos, añadiendo a la receta su propia incompreensión. Hace mucho tiempo que mis críticos extemporáneos han arrancado mi propuesta de Brest-Litovsk a las condiciones de lugar y tiempo, para convertirla en una fórmula universal, que les permite desarrollarla mucho más fácilmente "ad absurdum". Pero no se han dado cuenta de que ese estado de cosas que se expresa en la fórmula "ni paz ni guerra", o, dicho más exactamente, "ni guerra ni tratado de paz", no encierra en sí nada absurdo. No es ni más ni menos que el tipo de relaciones que hoy nos unen, a los países más importantes de la tierra: a Inglaterra y a los Estados Unidos. El que estas relaciones se hayan impuesto contra nuestra voluntad no cambia el aspecto del asunto. Hay, además, un país con el que estamos en relaciones semejantes por iniciativa nuestra: Rumania. Mis críticos, al adscribirme esta fórmula universal, que representa a sus ojos el más grande de los absurdos, no se dan cuenta de que no hacen más que apuntar a la "absurda" fórmula de las relaciones efectivas que hoy mantiene la Unión de los Soviets con toda una serie de Estados.

¿Cómo juzgaba el propio Lenin la etapa de Brest-Litovsk, después de cubierta? Para él, la disparidad puramente episódica de criterio que te había separado de mí era cosa que no merecía la pena de mencionarse. En cambio, habló más de una vez de "la inmensa importancia agitadora de

las negociaciones de Brest-Litovsk." Véase, por ejemplo, su discurso de 17 de mayo de 1918.) Ya había pasado un año desde aquellas fechas, cuando Lenin dijo en el congreso del partido: "En el aislamiento en que nos encontrábamos frente a la Europa occidental y a todos los demás países carecíamos de todo elemento objetivo de juicio para poder pulsar el ritmo o las formas de la revolución proletaria que se avecinaba en el Occidente. Dada la complejidad de la situación, era natural que la paz de Brest-Litovsk diese origen a no pocas diferencias de parecer en el seno de nuestro partido." (Discurso de 18 de marzo de 1919.)

Pero queda todavía un punto que dilucidar: ¿Cuál fué la actitud que adoptaron en aquellos días estos que hoy me critican y "desenmascaran"? Bujarin sostuvo una campaña desesperada, que duró casi un año, contra Lenin (y contra mí), amenazándonos con la escisión del partido. A su lado estaban Kuibychef, Jaroslavsky, Bubnof y muchos otros que hoy son firmes columnas del stalinismo. Zinovief, por el contrario, votaba por que se firmase, sin la menor demora, el tratado de paz, rechazando la tribuna de agitación, que era para nosotros Brest-Litovsk. Yo estaba de acuerdo con Lenin en condenar esta posición. Kamenef se adhirió a mi fórmula cuando se la expuse en Brest, para luego, de vuelta en Moscú, pasarse al parecer de Lenin. Rikof no pertenecía entonces al Comité central, por cuya razón no tomó parte en los debates decisivos. Dserchinski pensaba de modo contrario a Lenin, si bien se adhirió a él en la última votación. ¿Y cuál era la posición de Stalin? Stalin, como de costumbre, no tenía ninguna posición. Esperaba e intrigaba. "El viejo-me dijo, apuntando con la cabeza para Lenin-, sigue confiando obstinadamente en la paz, pero no la conseguirá." Luego, fué a donde estaba Lenin, a murmurar, seguramente, contra mí. Stalin no manifestó su parecer en parte alguna. Nadie se interesaba tampoco mayormente por

conocerlo. Lo que constituía mi preocupación fundamental: hacer que el proletariado del mundo entero viese con la mayor claridad posible nuestra actitud en punto a la paz, era para Stalin, indudablemente, cuestión secundaria. A él no le interesaba más que la "paz en un país", como más tarde sólo había de interesarle "el socialismo en un país". En la votación decisiva, dió su voto a Lenin. Hasta pasados algunos años no creyó necesario, para el mejor éxito de la campaña contra el trotskismo, adoptar algo así como un "punto de vista" propio ante los sucesos de Brest-Litovsk.

Pero, no merece la pena de detenerse por más tiempo en esto. Ya he dedicado más espacio del que hubiera sido preciso a relatar estas diferencias de criterio originadas por las negociaciones de Brest. Parecíame necesario, sin embargo, poner al descubierto en toda su extensión uno, por lo menos, de los episodios que tanto se discuten, para que se vea cómo ocurrió en realidad y cómo se pretende exponer a la vuelta de varios años. Una de las finalidades secundarias que, al proceder de este modo, me animaban, era dejar a los epígonos en el lugar que les corresponde. Por lo que atañe a Lenin, no creo que haya nadie que pueda seriamente pensar que me dejase llevar frente a él de ningún afán ergotista. Supe reconocer, a la luz del día, la clarividencia de Lenin en aquel asunto mucho antes que los demás. El día 3 de octubre de 1918 dije lo siguiente, en la reunión extraordinaria que hubieron de celebrar los órganos supremos de la República de los Soviets: "Considero un deber declarar en esta sesión de autoridades, que en aquellos momentos en que muchos de nosotros, incluyéndome a mí, dudábamos si sería necesario o admisible suscribir la paz de Brest-Litovsk, tan sólo el camarada Lenin, tenazmente y dando muestras una incomparable agudeza de visión, insistió, con la oposición de muchos de nosotros, en la necesidad de que

nos sometiésemos a aquel yugo, como único modo de mantenernos en el Poder en tanto que estallaba la revolución mundial del proletariado. Justo es que ahora reconozcamos que no éramos nosotros lo que teníamos razón." No necesité esperar a las trasnochadas revelaciones de los epígonos para reconocer que fué la genial audacia política de Lenin la que salvó a la dictadura del proletariado en aquellas jornadas de Brest-Litovsk. Y conste que en las palabras que acabo de reproducir echaba sobre mis hombros una buena parte de responsabilidad por culpas que a mí no me correspondían. Hacíalo para que mi conducta sirviese de ejemplo a los demás. El acta taquigráfica de la sesión, acota, al llegar a este pasaje: "larga ovación". Con ella, el partido me daba a entender que comprendía y aprobaba mi actitud respecto a Lenin, libre de mezquindad y de celos. Yo sabía sobradamente todo lo que Lenin significaba para la revolución, para la historia y lo que significaba personalmente para mí. Acataba en él al maestro. Lo cual no quiere decir precisamente que me dedicase a imitar a destiempo sus gestos y sus palabras. No; cuando digo que le tenía por maestro, quiero decir que había aprendido con él a llegar por mi cuenta y a la vista de los hechos a las mismas conclusiones a que él solía llegar.

UN MES EN SVIASK

La primavera y el verano de 1918 fueron extraordinariamente difíciles para nosotros. Ahora era cuando empezaban a tocarse las consecuencias todas de la guerra. A ratos, parecía como si todo se desmoronase, como si no hubiera nada sobre qué apoyarse. No estábamos seguros de que aquel país agotado, devastado, desesperado, tuviera fuerzas bastantes para sostener el nuevo régimen ni siquiera para salvar su independencia frente a cualquier invasor. El país carecía de víveres. Carecía de ejército. Los ferrocarriles estaban completamente desorganizados. El aparato del nuevo Estado empezaba mal apenas a formarse. Por todas partes apuntaban, como focos de pus, las conspiraciones.

Los alemanes habíanse adueñado de Polonia, de Lituania, de Letonia, de la Rusia blanca y de una buena parte del territorio de la Gran Rusia. Pskof estaba también en manos alemanas. Ucrania era una colonia germano-austriaca. En el verano de 1918, surgió, en el Volga, atizada por las agencias francesas e inglesas, una sublevación de los cuerpos checoslovacos de tropa, formados por antiguos prisioneros de guerra. El alto mando alemán me dio a entender, por medio de sus representantes militares, que si los blancos, en sus incursiones desde la parte oriental, lograban acercarse a Moscú, los alemanes avanzarían también desde el Occidente sobre esta capital, en la dirección de Orskha y Pskof, para evitar que se fraguase un nuevo frente oriental de guerra. Como se ve, nos encontrábamos entre la espada y la pared. En el Norte, los ingleses habían ocupado Murmansk y Arcángel y amenazaban caerse sobre Wologda. En Iaroslavia teníamos la sublevación de las guardias blancas, organizada por Savinkof por mandato expreso del embajador francés Noulens y del representante inglés Lockhardt, para ver de unir estas fuerzas en el

Volga, pasando sobre Wologda y Iaroslavia, con las tropas del Norte y los checoslovacos. En los Urales, hacían de las suyas las bandas de Dutof. En el Sur, en la cuenca del Don, estaba fomentándose otra sublevación dirigida por Krassnof, quien por entonces se entendía directamente con los alemanes. Los socialrevolucionarios de izquierda organizaron en julio una conspiración, asesinaron al Conde de Mirbach e intentaron sublevar a las tropas del frente oriental. Su propósito era obligarnos a declarar la guerra a Alemania. El frente de la guerra civil iba convirtiéndose en un cerco cada vez más cerrado en torno a Moscú.

Después de la toma de Simbirsk, se decidió que saliese yo para el Volga, donde estaba el mayor peligro. Inmediatamente, me puse a formar un tren. En aquellos tiempos, no era cosa fácil. Faltaba todo, o, por mejor decir, nadie sabía dónde se encontraba nada. El más sencillo de los trabajos se convertía en una complicada improvisación. Yo no podía sospechar que habría de pasar en este tren dos años y medio de mi vida. Partí de Moscú el día 7 de agosto, ignorante de que el día anterior había caído Kazán en manos de nuestros enemigos. Esta grave noticia la recibí ya en ruta. Los destacamentos de soldados rojos, formados a toda prisa, habían abandonado sin lucha las posiciones, dejando indefensa la ciudad. En el Estado Mayor, los que no eran traidores fueron sorprendidos por el enemigo y corrieron a esconderse, cada cual por su lado, de las balas. Nadie sabía dónde se encontraba el Comandante general y los demás altos jefes. Mi tren se detuvo en Sviask, la última estación de cierta importancia antes de llegar a Kazán, donde había de decidirse de nuevo, durante un mes, la suerte de la revolución. Para mí, este mes fué una gran escuela.

El ejército concentrado en las inmediaciones de Sviask estaba formado por los destacamentos que habían venido

huyendo de Simbirsk y Kazán o que acudieron de diferentes sitios en nuestro socorro. Cada destacamento de tropas se movía por cuenta propia, sin trabazón con los demás. Lo único en que coincidían todos era en el deseo de batirse en retirada. La superioridad del enemigo, tanto en organización como en experiencia, era demasiado notoria. Algunas compañías blancas, formadas exclusivamente por oficiales, hacían milagros. Hasta el suelo parecía estar henchido de pánico. Los destacamentos rojos de refresco, que llegaban con una moral excelente, no tardaban en verse contagiados también por la inercia de la retirada. Entre los campesinos empezó a correr el rumor de que los Soviets estaban en las últimas. Los popes y los mercaderes empezaban a levantar cabeza. Los elementos revolucionarios de la comarca se inhibían. Todo se desmoronaba; no había un solo palmo de tierra firme. La situación parecía desesperada.

Acampado aquí, en las cercanías de Kazán, podía uno estudiar, en una superficie relativamente pequeña, los diversos factores que componen la sociedad humana y sacar argumentos contra ese cobarde fatalismo histórico que en todas las cuestiones concretas y privadas de la vida se atrinchera pasivamente detrás del imperio de las leyes que rigen las cosas, pero olvidando que el resorte más importante de estas leyes es el hombre viviente y activo. En aquellos días, la revolución estuvo al borde de la ruina. Su territorio había ido quedando reducido a los límites del antiguo principado de Moscú. No tenía apenas ejército. Los enemigos la cercaban por todas partes. Tras Kazán caería Nishni-Neveorod, donde se abría un camino llano y andadero, casi sin obstáculos, hasta Moscú. Esta vez, la suerte de la revolución se decidió en Sviask. Y en los momentos más críticos estuvo pendiente de un hilo. Y así, un día y otro y otro.

Y, sin embargo, la revolución se salvó. ¿Qué hizo falta

para el-lo? Poco: que las capas más avanzadas de la masa se diesen cuenta, de la gravedad de la situación. La primera condición de que dependía todo el éxito era: no ocultar nada, no ocultar, sobre todo, la propia debilidad; no andarle a la masa con astucias ni engaños, llamar a las cosas abiertamente por su nombre. La revolución era todavía bastante candorosa. El triunfo de Octubre había sido conseguido hartamente fácilmente. Además, la revolución no había acabado, ni mucho menos, de un manotazo con los males que la habían traído. El impulso elemental de avance se había paralizado. El fuerte del enemigo estaba en la organización militar, que era precisamente lo que a nosotros nos faltaba. Fué en Kazán donde hubimos de aprender este arte revolucionario.

La agitación sostenida en todo el país se nutría de los telegramas que llegaban de Sviask. Los Soviets, el partido, las organizaciones obreras, ponían en pie de guerra nuevos destacamentos de tropas y enviaban a miles de comunistas a Kazán. La mayoría de los hombres jóvenes afiliados al partido no conocían el uso de las armas. Pero estaban resueltos a triunfar, costase lo que costase. Y esto era lo importante. Esta voluntad fué la que fortaleció la médula de aquel ejército desmoralizado.

Pusimos en el alto mando del frente oriental al Comandante Vazetis, que se hallaba a la cabeza de una división de tiradores letones. Era la única que había quedado en pie del antiguo ejército. Los obreros del campo, los proletarios y campesinos pobres de Letonia, odiaban a los barones bálticos. Este odio social lo había explotado el zarismo en la guerra contra los alemanes. Los regimientos letones eran los mejores de todo el ejército zarista. Después del movimiento de Febrero se pasaron todos al bolchevismo y prestaron grandes servicios en la revolución de Octubre. Vazetis era hombre emprendedor, activo y de inventiva.

Se había destacado durante la sublevación de los socialrevolucionarios de izquierda. Bajo su dirección se había emplazado la artillería ligera contra el estado mayor de los rebeldes. Dos o tres disparos hechos al aire para asustar y sin causar ninguna víctima habían bastado para dispersarlos. Vazetis ocupó la vacante que se produjo en el frente oriental por la traición de aquel aventurero llamado Muravief. Este no era como otros militares de academia que perdían la cabeza en el caos revolucionario, sino que se mantenía a flote entre el oleaje con gran optimismo, gritaba, animaba a sus hombres, daba órdenes, a sabiendas, muchas de ellas, de que no había ni la más remota esperanza de que se ejecutasen. No le preocupaba torturadoramente como a otros "especialistas" el que pudiera salirse de los límites de su competencia, sino que, en momentos de exaltación de entusiasmo, daba decreto tras decreto, sin pensar siquiera en que existía un Consejo de Comisarios del pueblo y un Comité ejecutivo central panruso. Como un año después de estos sucesos, hubieron de destituirle, acusado de no sé qué propósitos y relaciones. Sin embargo, no pudo descubrirse nada serio contra él. Es posible que todo se redujese a que se había puesto a hojear en la biografía de Napoleón antes de dormirse, exteriorizando acaso algunos pensamientos poco modestos ante los jóvenes oficiales que le rodeaban. Actualmente, Vazetis ocupa una cátedra en la Academia de Guerra.

Había sido uno de los últimos en abandonar el cuartel general de Kazán en la noche del 6 de agosto, cuando ya los blancos empezaban a invadir el edificio. Pudo deslizarse sin inconveniente por caminos excusados, llegando a Sviask; había perdido Kazán, pero conservaba íntegro su optimismo. Cambiamos impresiones acerca de los asuntos más importantes, nombramos a un oficial letón, llamado Slavin, Comandante del quinto ejército, y nos despedimos.

Vazetis salió para el cuartel general. Yo continué en Sviask. Entre los que venían conmigo en el tren hallábase Gussief. Estaba considerado como "viejo bolchevique", pues había tomado parte en el movimiento revolucionario del cinco; luego había desaparecido durante diez años en el tráfago de la vida burguesa para retornar en 1917, como tantos otros, a la revolución. A causa de sus pequeñas intrigas hubo de ser alejado más tarde por Lenin y por mí de los trabajos militares, para ser llamado luego a su lado inmediatamente por Stalin. Su especialidad principal, al presente, es la falsificación de la historia de la guerra civil. Para ello cuenta con una cualidad muy importante, que es su apático cinismo. Como a todos los de la escuela de Stalin, no se le ocurre nunca volver la mirada atrás, sobre lo hablado o escrito en días anteriores. Cuando a comienzos del año 1924 empezaba a desarrollarse, ya a la luz del día, la campaña de persecución contra mí-campaña en la que este personaje desempeña bastante flemáticamente, por cierto, el papel de soplón-estaba todavía demasiado fresco en la memoria de la gente, a pesar de los seis años transcurridos, el recuerdo de las jornadas de Sviask, y hasta el propio Gussief se consideraba en cierto modo obligado por él. He aquí lo que por entonces hubo de referir acerca de los sucesos ocurridos en la comarca de Kazán: "La llegada del camarada Trotsky hizo cambiar radicalmente de aspecto la situación. Con el tren del camarada Trotsky, llegaba a la apartada estación de Sviask la firme voluntad de vencer, es espíritu de iniciativa y una enérgica presión sobre la actividad entera del ejército. Desde los primeros días pudo advertirse el giro brusco que tomaban las cosas, tanto en la estación, abarrotada por el tren de los innumerables regimientos que formaban la retaguardia del ejército, donde estaban concentradas las secciones políticas y los organismos de avituallamiento, como en los

destacamentos situados a unas quince verstas de distancia. Donde primero se percibió el cambio fué en punto a la disciplina. Los severos métodos empleados por el camarada Trotsky eran muy eficaces y necesarios, en aquella época en que se luchaba con tropas irregulares y la indisciplina lo corrompía todo. Por la persuasión no podía conseguirse nada, y además no había tiempo que perder. En los veinticinco días que permaneció en Sviask el camarada Trotsky se desplegó una actividad gigantesca, gracias a la cual las tropas desorganizadas y desmoralizadas que formaban el 5.º ejército se convirtieron en una falange presta para la lucha y para la reconquista de Kazán.”

La traición anidaba en el cuartel general, en los altos jefes, por todas partes. El enemigo sabía por dónde tenía que atacar y casi siempre operaba sobre seguro. Esto era descorazonador. A poco de llegar, revisté las baterías avanzadas. Un experto oficial de artillería, de cara ajada y ojos impenetrables, me mostró el emplazamiento de los cañones. Me pidió la venia para retirarse un momento a dar una orden telefónica. A los pocos minutos caían desgranadas combinadas a una distancia de cincuenta pasos y otra estallaba a pocos metros de donde estaba yo. No tuve apenas tiempo a echarme a tierra; la polvareda arrancada por el disparo me envolvió. El oficial permanecía a un lado inmóvil, con su cara morena cubierta de palidez. Es extraño que de momento no concibiese la menor sospecha, pues aquello me pareció una pura casualidad. Hasta pasados dos años, recomponiendo mentalmente la situación hasta en sus más mínimos detalles, no comprendí, con claridad irrefutable, que aquel oficial de artillería era un traidor que había ido a comunicar telefónicamente, valiéndose de algún punto intermedio, con la batería enemiga para señalarle el blanco. Con lo cual corría dos riesgos: caer conmigo bajo el fuego de los blancos o ser

fusilado por los rojos. Ignoro lo que haya sido de él.

Apenas había retornado á mi vagón, cuando oí por todas partes ruido de disparos. Salí corriendo a la plataforma. Por encima de nosotros volaba un avión blanco, que, indudablemente, venia con la consigna de destruir el tren. Tres bombas, una detrás de otra, cayeron describiendo un amplio círculo sin hacer daño a nadie. Desde el techo del vagón abrimos fuego contra el enemigo con fusiles y ametralladoras. El aeroplano se puso fuera de tiro, pero el tiroteo no cesó. Los tiradores estaban embriagados y me costó gran trabajo conseguir que hiciesen alto en el fuego. Es probable que el mismo oficial de artillería comunicase al enemigo el momento en que yo regresaba al tren. Claro que el aviso pudo proceder también de otra fuente. La traición laboraba con mayor desembarazo cuanto más desesperada parecía la situación militar de la revolución. No había, pues, más remedio, costase lo que costase y a toda prisa, que vencer aquel automatismo psicológico de la retirada en que los hombres no creían ya en la posibilidad de resistir; hacer que las tropas girasen sobre sus talones y asestasen un golpe al enemigo en medio del corazón.

Había traído conmigo de Moscú y alojaba en el tren como a unos cincuenta camaradas juveniles. Estos mozos se dejaban hacer pedazos, taponaban los boquetes y se lanzaban a mi vista contra el enemigo, con esa temeridad del heroísmo y esa falta de experiencia de la juventud. En Sviask estaba también el 4.º regimiento letón. Era el peor de todos cuantos formaban aquella desmoralizada división. Los tiradores yacían entre el lodo, bajo una lluvia constante, y clamaban porque se les relevase. Pero no había' posibilidad de relevo. El Coronel de este regimiento, de acuerdo con el Comité de las tropas, me envió una declaración, en la que se decía que si no se relevaba inmediatamente a su regimiento esto traería "consecuencias peligrosas para la

revolución". Aquello tenía todo el carácter de una amenaza. Ordené al Coronel y al presidente del Comité regimental que se presentasen en mi vagón. Como mantuvieran su exigencia con muy mala cara, los mandé detener. El jefe de los servicios postales del tren, hoy Comandante del Kremlin, los desarmó a mi presencia. En el vagón no había un alma fuera de nosotros dos; la escolta estaba toda ella luchando en el frente. Si los detenidos hubieran hecho resistencia o el regimiento hubiese intercedido por ellos, evacuando la posición, el trance hubiera podido ser desesperado. No habríamos tenido más remedio que evacuar Sviask y abandonar el puente sobre el Volga. Y claro está que, de haber caído mi tren en manos del enemigo, esto no hubiera dejado de influir en la moral y en la situación de las tropas. El camino a Moscú habría quedado libre. Sin embargo, todo esto no son más que hipótesis, pues la detención no originó conflictos. En una orden del día hice constar que el Coronel del regimiento sería juzgado por un Consejo de guerra. El regimiento no abandonó la posición. Al Coronel condenáronle tan sólo a una pena de cárcel.

Los comunistas persuadían, aclaraban, daban ejemplo. Pero era evidente que la desmoralización no podía contenerse únicamente por estos medios ni la situación daba tiempo para ello. No había más medio que acudir a medidas severas. Di una orden del día, que fue impresa en la imprenta del tren y repartida a todas las tropas, y que decía: "Advierto que si cualquier destacamento de tropas emprendiere la retirada por su cuenta, será fusilado en primer lugar el comisario del destacamento y en segundo lugar, el Comandante. Los soldados bravos y valientes serán colocados en puestos de mando. Los cobardes, los egoístas y los traidores, no escaparán a las balas del pelotón. Así os lo garantizo a la faz del Ejército rojo."

Las cosas cambiaron. Claro está que no de repente. Todavía había destacamentos que abandonaban el frente sin motivo o se dispersaban al primer ataque un poco fuerte del enemigo. Sviask estaba a punto de ser atacado. En el Volga, estaba preparado un vapor para el Estado Mayor del Ejército. Diez hombres de los cuadros de mando del tren montaban la guardia en bicicleta en el sendero que iba del cuartel general a la orilla en que estaba amarrado el barco. El soviet de guerra del 5.º ejército tomó el acuerdo de proponerme que me trasladase al río. Era una medida bastante razonable, pero yo temía que pudiera influir desfavorablemente en las tropas, ya de suyo bastante nerviosas y descorazonadas. Todo esto ocurría en un momento en que la situación del frente había empeorado repentinamente. El regimiento de refuerzo que acabábamos de recibir y en que tanto habíamos confiado, abandonó la posición con el Comisario y él Coronel a la cabeza, tomó posición del barco a bayoneta calada y se acomodó en él, dando órdenes de que se les llevase rumbo a Nishni. Una oleada de inquietud atravesó por todo el frente. Todas las miradas convergían sobre el río. No parecía haber salvación posible. Sin embargo, el Estado Mayor seguía en su puesto, a pesar de que el enemigo ya no estaba más que a uno o dos kilómetros de distancia y de que las granadas estallaban a pocos pasos de allí. Cambié impresiones con Markin, siempre incommovible. A la cabeza de una escuadrilla de veinte barquichuelos artillados, en una barca cañonera improvisada, se acercó al vapor en que iban río abajo los desertores y les intimó, encañonándoles, a que se rindieran. Por el momento, todo dependía del resultado que diese esta intimación. Un disparo habría bastado para desencadenar una catástrofe. Los desertores se rindieron sin hacer resistencia. El vapor ancló en el puerto, los desertores desembarcaron y yo

procedí a nombrar un Consejo de guerra que condenó a ser fusilados al Coronel, al Comisario y a varios individuos de tropa. Esto era poner un hierro candente en una llaga purulenta. Expuse al regimiento la verdadera situación, sin silenciarle ni atenuarle nada. Por entre los soldados repartimos un puñado de comunistas. El regimiento volvió al frente bajo un nuevo mando y con sensación nueva de seguridad. Fué todo tan rápido, que el enemigo no tuvo tiempo a aprovecharse de la conmoción.

Había que organizar el servicio de aeroplanos. Mandé venir al ingeniero de aviación Akashef, que, aunque era de ideas anarquistas, colaboraba con nosotros. Akashef, que era hombre de iniciativas, puso rápidamente en pie de guerra una flotilla aérea, por medio de la cual podíamos, al fin, observar la situación del frente enemigo. El alto mando del 5.º ejército no tenía ya que moverse por tanteos, en la sombra. Los aviones volaban diariamente, lanzando bombas, sobre Kazán. En la ciudad empezó a desarrollarse una fiebre de pánico. Más tarde, al ocupar nuestras tropas la capital, me entregaron, entre otros documentos, el diario de una muchacha burguesa, en que se describía la vida en la ciudad sitiada. Era curioso ver cómo se alternaban en él las páginas que pintaban el terror causado por nuestros aviones y las que hablaban de los flirteos y aventuras amorosas. La vida seguía su curso. Los galantes oficiales checos rivalizaban con los rusos. Los idilios comenzados en los salones proseguían, y a veces remataban, en los sótanos a que la gente corría a esconderse de las bombas.

El día 28 de agosto, los blancos intentaron coparnos. El Coronel Kapell, que más tarde había de adquirir tanta celebridad como General de los blancos, a la cabeza de un gran destacamento y protegido por la oscuridad de la noche, dió un pequeño rodeo por nuestra retaguardia, se adueñó de la pequeña estación más próxima, destruyó la

trinchera de ferrocarril, derribé los postes del telégrafo, para de este modo cortarnos la retirada, y se lanzó al ataque sobre Sviask. En el Estado Mayor de Kapell se encontraba, si mal no recuerdo, Savinkof. El ataque nos cogió desprevenidos. Para no inquietar a las tropas del frente, ya bastante vacilantes de suyo, no retiramos de él más que dos o tres compañías. El jefe del tren volvió a movilizar todos los hombres de que pudo echar mano, lo mismo del tren que la estación, incluso el cocinero. Fusiles, ametralladoras y granadas de mano teníamos en abundancia. La escolta del tren estaba formada por bravos luchadores. Rompimos el fuego como a una versta del sitio en que se encontraba el tren. La lucha duró unas ocho horas, aproximadamente, con pérdidas para ambas partes, hasta que el enemigo, cansado, se retiró. El corte de comunicaciones con Sviask había despertado una enorme emoción en Moscú y en toda la línea. Con la mayor rapidez posible, fueron enviados pequeños destacamentos en nuestro socorro. Lanzamos al frente nuevas tropas de fresco. Mientras tanto los periódicos de Kazán daban diferentes noticias acerca de mi suerte. Unos decían que estaba copado, otros que prisionero, otros que muerto; se dijo que había huido en un aeroplano, y algunos había que se conformaban con haber hecho prisionero, como trofeo, a mi perro. Este fiel animal había de tener la desgracia de caer prisionero en todos los frentes de la guerra civil. Casi siempre, se trataba de un perro lobo de color chocolate, aunque, a veces, era también un perro de San Bernardino. A mí, aquellas noticias no me inquietaban gran cosa, pues mal podían tomarme prisionero al perro, no teniendo ninguno.

Una de aquellas noches críticas de Sviask en que salía a pasear, a eso de las tres de la mañana, por los alrededores, del cuartel general, oí una voz conocida

que salía de los locales de la intendencia y que decía: -Conseguirá, a fuerza de obstinarse, que le hagan prisionero, y se hundirá él y nos hundirá a todos. Acordaos de que os lo dije.

Me detuve en el umbral. Delante de mí estaban sentados examinando un mapa, dos oficiales muy jóvenes del Estado Mayor. El que había hablado estaba inclinado sobre la mesa, dándome la espalda. Algo extraño debió de notar en la cara de sus interlocutores pues se volvió bruscamente a mirar a la puerta. Era Blagonravof, antiguo teniente del ejército zarista, y bolchevique reciente. En su cara se quedaron petrificados el espanto y la vergüenza. En su calidad de Comisario tenía por misión levantar el espíritu de los especialistas y, lejos de eso, lo que hacía era intrigar contra mí en un momento crítico, animándoles en realidad a que desertasen. Habíale sorprendido in fraganti. Apenas podía dar crédito a mis ojos ni a mis oídos. Durante el año 17, Blangoravof había dado pruebas de ser un valiente revolucionario. Había sido Comisario de la fortaleza de San Pedro y San Pablo en los días de la revolución, tomando luego parte en la represión del motín de los „junkers“. En la época del Smolny le había encomendado encargos de responsabilidad, que siempre ejecutó bien y fielmente.

-De este teniente- le dije un día bronceando a Lenin-puede salir un Napoleón. El nombre ya no le falta, pues Blago-Nravof ¹ casi significa Bonaparte.

Lenin, al principio se rió de aquella inesperada comparación, pero luego, quedándose pensativo, sacó los pómulos y dijo muy serio, casi con gesto amenazador:

-Bien; pero confío en que aquí no dejaremos prosperar tan fácilmente a los Bonapartes, ¿no es verdad?

-Si Dios quiere-contesté yo medio en broma. A Blagonravof le envié al frente oriental cuando supe

1- Que en ruso quiere decir algo así "Bien Criado"

que habían echado tierra a la traición de Muravief. En el Kremlin, en la sala de visitas de Lenin, le impuse de cuál era su cometido. Me quedé un poco sorprendido al oír que me contestaba, con cierta timidez:

-El caso es que la revolución empieza a decaer. Estábamos a mediados de 1918.

-¿Tan pronto se ha gastado usted?-le contesté, bastante indignado.

Blagonravof se estiró, cambió de tono y prometió hacer cuanto fuese necesario. Yo me tranquilicé. Y he aquí que ahora, en uno de los momentos más críticos, le sorprende al borde de una traición clara y franca. Salimos al pasillo, para no hablar en presencia de los oficiales. Blagonravof, tembloroso, todo pálido, no acertaba a bajar la mano de la gorra.

-No me entregue usted al tribunal-repetía una y otra vez con tono de desesperación-, procuraré reparar mi falta, mándeme usted como simple soldado a la línea de fuego.

Mi profecía no se había cumplido: aquel aspirante a Napoleón se arrastraba a mis pies como un perro remojado. Fué destituido y destinado a un puesto de menor responsabilidad. La revolución es una gran canceladora de hombres y de caracteres, que agota a los valientes y aplana a los vacilantes. En la actualidad, Blagonravof pertenece al tribunal de la G. P. U., y es una de las columnas del régimen. De seguro que ya en Sviask no acertaba a contener su odio contra la "revolución permanente".

La suerte de la revolución oscilaba entre Sviask y Kazán. Para la retirada no había más camino que el del Volga. El Soviet revolucionario del ejército me hizo saber que la preocupación de mi inseguridad en Sviask coartaba su libertad de acción, y exigió, de un modo perentorio, que me trasladase al río. Estaba en su derecho. Yo había dispuesto, desde el primer momento, que mi presencia en

Sviask no había de coartar ni restringir en lo más mínimo los poderes del alto mando. A esta norma me atuve en todos cuantos viajes hice a los frentes. No tuve, pues, otro remedio que someterme y planté, mis reales en el río, aunque no en el buque de pasajeros que tenía prepara para mí, sino en un torpedero. Con grandes dificultades habían conseguido traer a las aguas del Volga, por una red de canales, cuatro pequeños torpederos. Además, habíanse, preparado algunos barcos fluviales, artillándolos con cañones y ametralladoras. Esta noche, la flotilla, a las órdenes de Raskolnikof, tenía proyectado un ataque sobre Kazán. El plan era deslizarse al amparo de la oscuridad por entre las faldas de las colinas, aniquilar la flotilla enemiga y las baterías emplazadas en la orilla y bombardear la ciudad. Nuestra flotilla se puso en marcha, formada en orden de cuña, con las luces apagadas, como un ladronzuelo en la noche. Dos viejos prácticos del Volga, con una barbilla tenue y descuidada, asesoraban al capitán. Estos hombres, a quienes llevaban allí por la fuerza, tenían un miedo imponente, nos odiaban, maldecían de su vida y temblaban, dando diente con diente. Nuestra suerte y toda la empresa que íbamos a correr dependían de ellos. El capitán les recordaba a cada instante que les fusilaría sin ningún género de consideraciones en cuanto el barco encallase en un banco de arena. íbamos navegando a lo largo de las colinas, que se destacaban resplandeciendo un poco en la oscuridad, cuando cruzó el río un disparo de ametralladora que sonó como un trallazo. A poco, resonó desde la montaña un disparo de cañón. Seguimos avanzando en silencio. A nuestra espalda contestó un cañonazo desde el río. Unas cuantas balas vinieron a estrellarse con golpe de remolino contra la chapa de hierro del puente del barco, que nos cubría hasta la cintura. Nos agachamos. La tripulación apretó los dientes, traspasando las sombras

con ojos de chacal y poniéndose de acuerdo con el capitán mediante gritos cálidos lanzados a media voz. Al doblar una colina salimos a un gran remanso. En la otra orilla se veían las luces de Kazán. Detrás de nosotros sonaba un nutrido tiroteo arriba y abajo. A nuestra derecha, en una distancia que no sería de más de doscientos pasos, estaba, a cubierto de la la colina, la flotilla enemiga. Los barcos veíanse vagamente apiñados. Raskolnikof dió órdenes de que se abriese el fuego sobre los barcos enemigos. El cuerpo metálico de nuestro torpedero se puso a crujir y a gemir al primer disparo de sus propios cañones. íbamos reculando, mientras aquella matriz de hierro paría, entre dolores y gemidos, los cañonazos. De pronto, de las sombras de la noche se alzó una llamarada. Nuestros disparos habían puesto fuego a una barcaza cargada de petróleo. Sobre el Volga alzábase una antorcha inesperada, indeseada, pero grandiosa. Nos pusimos a cañonear el puerto. Los cañones se veían claramente, pero no contestaban a nuestro tiroteo. Seguramente que los artilleros se habían dispersado sin esperar a más. El río está iluminado en toda su extensión. No tenemos a nadie detrás. Estamos completamente solos. Por lo visto, la artillería enemiga ha cortado el paso a las demás unidades de nuestra flotilla. Allí se está nuestro torpedero, solo en aquella extensión de agua fuertemente iluminada como una mosca en un ancho plato. De un momento a otro nos cogerán bajo el fuego cruzado del puerto y de las colinas de enfrente. La situación no podía ser más desventurada. Para colmo de desgracias, perdimos el timón. La cadena de mando saltó, alcanzada seguramente por algún cañonazo. Intentamos timonear, con la mano, pero la cadena, al romperse, se había arrollado al timón y éste, averiado, no giraba. Hubo que parar las máquinas. íbamos a la deriva, acercándonos a la orilla de Kazán, hasta que el torpedero chocó a babor

con una barcaza medio hundida. De pronto, cesó el tiroteo. Estaba claro como si fuese de día, pero reinaba el silencio de la noche. Nos habían cogido en la ratonera. No nos explicábamos por qué no se lanzaban sobre nosotros. Y es que no teníamos idea de la desolación y el pánico que había causado nuestro ataque por sorpresa. Al fin, los jóvenes Comandantes del barco acordaron separar el torpedero de la barcaza y, poniendo en marcha, primero una y luego otra, la máquina de la derecha y la izquierda, regular de este modo el movimiento de avance. Lo conseguimos. La antorcha petrolífera seguía ardiendo. Pusimos proa a la colina, sin que nadie disparase sobre nosotros. Por fin, al doblar la colina, nos sumergimos en la oscuridad. De la sala de máquinas sacaron a un marinero desfallecido. Los cañones emplazados en la colina no lanzaron un solo disparo. Era evidente que no nos vigilaban. Tal vez no habría nadie que pudiese vigilarnos. Estábamos salvados. Se dice muy pronto: ¡salvados! Empezaron a relumbrar los fuegos de los cigarrillos. En la orilla emergían tristemente los restos carbonizados de uno de nuestros improvisados torpederos. En los demás barcos había alguno que otro herido. Hasta ahora, no descubrimos que un cañonazo de tres pulgadas había traspasado la proa del nuestro. Estaba rompiendo el alba. Teníamos todos la sensación de que habíamos vuelto a nacer.

Como tampoco las venturas suelen venir solas, me trajeron a un aviador que acababa de aterrizar con una buena noticia. Un destacamento del segundo ejército, al mando del cosaco Asin, había avanzado hasta cerca de Kazán, apoderándose de dos autos blindados, destruyendo dos cañones, poniendo en dispersión a un destacamento enemigo y ocupando dos aldeas, situadas a doce verstas de la capital. El aviador volvió a remontar el vuelo, equipado con instrucciones y una proclama. Kazán estaba atenazado.

Nuestro ataque nocturno, según los informes que pronto nos facilitaron los espías, había hecho flaquear la resistencia de los blancos. La flotilla enemiga estaba casi destruida y las baterías de la orilla reducidas a silencio. La palabra "torpederos" iien el Volga!! había causado a los blancos la misma sensación que en Petrogrado había de causar la palabra "tanques" a los jóvenes soldados rojos. Empezaron a correr rumores de que con los bolcheviques luchaban tropas alemanas. Las gentes acomodadas se dieron a huir de Kazán, sin esperar a más. Los barrios obreros levantaron cabeza. En la fábrica de pólvora estalló una sublevación. En nuestras tropas empezaba a alentar el espíritu ofensivo. Aquel mes de Sviask fué un mes pletórico de episodios sensacionales. Todos los días había de pasar algo. Y ni las noches transcurrían, muchas veces, en completa paz. Era la primera vez que asistía, en tan íntimo contacto, a la guerra. Una guerra pequeña, pues de nuestra parte no lucharían más que unos 25 a 30.000 hombres, pero que no se diferenciaba de las guerras grandes más que por su escala. Era algo así como un modelo viviente de guerra. Por eso precisamente despertaba una sensación tan inmediata, con todas sus sorpresas y vacilaciones. Aquella guerra diminuta fué, para nosotros, una gran escuela.

Entre tanto, la situación, en las inmediaciones de Kazán, se había transformado hasta tal punto que no había quién la reconociera. Aquellos destacamentos tan varios y apelonados, fueron fundiéndose hasta formar un ejército regular. A sus cuadros se incorporaron los obreros comunistas venidos de Petrogrado, de Moscú y otros lugares. Los regimientos s e consolidaban y aceraban. Los Comisarios puestos al frente de los destacamentos, cobraban toda la importancia de caudillos revolucionarios, representantes directos de la dictadura. Los consejos de guerra hacían ver a las tropas que una revolución, cuando

se encuentra en trance de muerte, reclama de todos los más fuertes sacrificios. Combinando hábilmente la agitación, la organización, el ejemplo revolucionario y las represalias, conseguimos que en unas cuantas semanas cambiase la faz de la situación. Aquella masa vacilante, incapaz de resistir y presta a la dispersión al menor pretexto, fué convirtiéndose en un verdadero ejército. Nuestra artillería empezó a dominar. Nuestra flotilla hizo suyo el río. Nuestros aviones se hicieron los dueños del aire. Ahora, sí, era verdad que ya no dudaba de que entraríamos en Kazán. Y, de pronto, he aquí que el día 1.º de septiembre recibo de Moscú este telegrama cifrado: "Ven inmediatamente. Ilitch herido. Ignórase grado de gravedad. Tranquilidad absoluta. 31. 8. 1918. Sverdlof." Salí sin demora para Moscú. La moral, entre los elementos del partido, era empañada y sombría, pero parecía incommovible. La mejor expresión de esta incommovilidad era el propio Sverdlof. Los médicos aseguraron que la vida de Lenin no corría el menor peligro y que pronto volvería a estar sano. Reanimé al partido hablándole de los triunfos que nos esperaban en el frente oriental y retorné inmediatamente a Sviask. El día 10 de septiembre entraban nuestras tropas en Kazán. A los dos días, el primer ejército, inmediato al nuestro, tomaba Simbirsk. La noticia no nos sorprendió. El Comandante del primer ejército Tujatchevski, nos había prometido que entraría en Simbirsk, a más tardar, el día 12 de septiembre. Me informó de la toma de la ciudad por el siguiente telegrama: "Ejecutada orden. Tomado Simbirsk." Poco a poco, también Lenin iba recobrando la salud. Nos puso un telegrama muy entusiasta de salutación

La situación mejoraba en toda la línea.

De dirigir las operaciones del quinto ejército estaba encargado Iván Nikititch Smirnof. Este hecho fué de una importancia inmensa. Smirnof era el tipo más acabado

y completo de revolucionario. Un hombre que se había lanzado al frente de combate hacía más de treinta años, sin conocer ni buscar desde entonces relevo. Durante los años más sombríos de la reacción, Smirnof seguía sondeando por caminos subterráneos y no se desanimaba porque los volasen, sino que volvía a empezar de nuevo. Iván Nikititch fué siempre un gran cumplidor del deber, que es el punto en que se encuentran el buen soldado y el revolucionario y precisamente lo que hace que éste pueda ser un soldado excelente. Con sólo obedecer a su propia naturaleza, Smirnof daba a todo el mundo ejemplo de firmeza y de valor, sin esa aspereza que suele acompañar a estas virtudes. Pronto los mejores obreros del ejército empezaron a adaptarse al ejemplo de este hombre. "A nadie se respetaba tanto como a Iván Nikititch- escribe Larisa Reissner, hablando del sitio de Kazán-. Teníamos la sensación de que en los momentos peores, él sería el más fuerte y el más inconmovible." En Smirnof no hay ni sombra de pedantería. Es uno de los hombres más sociables, más alegres y más ingeniosos. Y la gente se somete con gusto a su autoridad, que, siendo como es inflexible, no tiene nada de ostentosa ni de ordenancista. Agrupados en torno a Smirnof, los comunistas del quinto ejército formaban una familia política aparte, que todavía hoy, cuando ya hace varios años que está licenciado el quinto ejército, desempeña un papel en la vida del país. Decir "uno del quinto ejército" es decir mucho, en el vocabulario de la revolución. Es decir un revolucionario de cuerpo entero, un hombre con la conciencia del deber y, sobre todo, un hombre limpio. Las gentes del quinto ejército, siempre agrupadas en torno a Smirnof, cuando hubo terminado la guerra civil trasplantaron su heroísmo al terreno económico, y hoy casi todos forman, con contadísimas excepciones, en las filas de la oposición. Smirnof ocupó uno de los puestos

directivos de la industria de guerra, y más tarde estuvo como Comisario del Pueblo al frente del cuerpo de Correos y Telégrafos. En la actualidad, se halla desterrado en el Cáucaso. En las cárceles y en Siberia purgan el mismo delito no pocos de sus camaradas de armas del quinto ejército. Las últimas noticias que me llegan me dan a conocer que también Smirnof se ha rendido a la lucha y empieza a predicar la capitulación. Si es cierto, ello querrá decir que la revolución ha borrado un luchador más.

Larisa Reissner, la que llamó a Iván Nikititch "la conciencia de Sviask", ocupa también un puesto importante en el quinto ejército, como en la revolución toda en general. Esta maravillosa mujer, que fué el encanto de tantos, cruzó por el cielo de la revolución, en plena juventud, como un meteoro de fuego. A su figura de diosa olímpica unía una fina inteligencia aguzada de ironía y la bravura de un guerrero. Después de la toma de Kazán por las tropas blancas, se dirigió, vestida de aldeana, a espiar en las filas enemigas. Pero en su aspecto había algo de extraordinario, que la delató. Un oficial japonés de espionaje le tomó declaración. Aprovechándose de un descuido, se lanzó a la puerta, que estaba mal guardada, y desapareció. Desde entonces, trabajaba en la sección de espionaje. Más tarde, se embarcó en la flotilla del Volga y tomó parte en los combates. Dedicó a la guerra civil páginas admirables, que pasarán a la literatura con valor de perennidad. Supo pintar con la misma plasticidad la industria de los Urales que el levantamiento de los obreros de la cuenca del Ruhr. Todo lo quería saber y conocer, en todo quería intervenir. En espacio de pocos años, se hizo una escritora de primer rango. Y esta Palas Atenea de la revolución, que había pasado indemne por el fuego y por el agua, fué a morir de pronto, presa del tifus, en los tranquilos alrededores de Moscú, cuando aún no había cumplido los treinta años.

Unos luchadores hacían otros. Bajo el fuego del enemigo, los hombres se formaban en una semana y el ejército se rehizo y se cubrió de gloria. Ya dejábamos atrás el punto de mayor flaqueza de la revolución: el momento en que hubo de rendirse Kazán. Paralelamente con esta campaña iba desarrollándose a pasos agigantados la masa campesina. Los blancos se encargaron de enseñarle el abecedario político.. En un plazo de siete meses, el ejército rojo limpió de enemigos una extensión de cerca de un millón de kilómetros cuadrados, con una población de 40 millones de almas. La revolución volvía a maniobrar a la ofensiva. Los blancos se llevaron de Kazán, al salir huyendo de esta ciudad, el encaje de oro de la República, guardado allí desde el ataque del general Hoffman en el mes de febrero. Volvimos a reconquistarlo mucho más tarde, al hacer prisionero a Koltchak. Cuando pude apartar un poco la vista de Sviask, observé que la situación de Europa había cambiado notablemente; el ejército alemán se encontraba metido en un callejón sin salida.

EL TREN

Justo es que digamos algo acerca del célebre "tren del Presidente del Consejo revolucionario de Guerra". Con la vida de este tren hubo de asociarse inseparablemente la mía personal durante los años críticos de la revolución. El tren unía al frente con el interior del país, decidía sobre el terreno las cuestiones inaplazables, aclaraba, daba ánimos, aprovisionaba, repartía castigos y recompensas.

Sin represalias es imposible poner un ejército en pie. Es una quimera pretender que se van a lanzar a muchedumbres de hombres a la muerte si la pena capital no figura entre las armas de que dispone el mando. Mientras estos monos sin cola orgullosos de su técnica que se llaman hombres guerreen y levanten ejércitos para la guerra, no habrá un solo mando que pueda renunciar al recurso de colocar a sus hombres entre la eventualidad de la muerte que les aguarda si avanzan y la seguridad del fusilamiento que acecha en la retaguardia, si retroceden. Y, sin embargo, no es el miedo el que hace los ejércitos ni la disciplina. El ejército zarista no se desmoronó precisamente por falta de represalias. Y Kerenski, queriendo sacarlo a flote por el restablecimiento de la última pena, lo que hizo fué hundirlo definitivamente. En medio del incendio voraz de la gran guerra levantaron su nuevo ejército los bolcheviques. Para el que conozca un poco siquiera el lenguaje de la historia, estos hechos no necesitan de explicación. El cemento más poderoso que fraguó el nuevo ejército fueron las enseñanzas de la revolución de Octubre. El tren era el encargado de llevar este cemento a todos los frentes. En las provincias de Kaluga, Woronesh y Riazan había miles de campesinos jóvenes que no habían comparecido a enrolarse a la primera llamada de los Soviets. La guerra se estaba librando allá lejos de sus tierras; aquella gente

no tornaba en serio la movilización, y la campaña de reclutamiento rindió allí escasos frutos. Los que no se presentaban quedaban calificados de desertores. Se abrió una campaña severísima contra todos los que no comparecían a la recluta. En el comisariado de guerra de Riazan habían ido concentrándose unos quince mil "desertores" de estos. Una vez que pasaba por Riazan, decidí verles de cerca. Pretendieron disuadirme, diciéndome que "podía pasar algo". No hubo tal. Todo marchó magníficamente. Los sacaron de las barracas al grito de "¡Camaradas desertores, acudid al mitin, que el camarada Trotsky viene a dirigirnos la palabra!" Fueron saliendo de sus barracones con caras de excitación y curiosidad, armando la mar de ruido, como los chicos de la escuela. Yo me los imaginaba mucho más imponentes. Ellos, a su vez, se habían imaginado a Trotsky mucho más terrorífico. A los pocos minutos, estaba rodeado de una muchedumbre gigantesca, inquieta, bastante indisciplinada, pero que no me miraba con hostilidad, ni mucho menos. Los "camaradas desertores" me echaban tales miradas, que a muchos parecía que iban a saltárselas los ojos de las cuencas. Me subí encima de una mesa, en el patio, y les hablé por espacio de cerca de hora y media. ¡Aquel sí que era un auditorio agradecido! Me esforcé por infundirles la conciencia de su fuerza, y al terminar les invité a que levantasen la mano en señal de fidelidad hacia la revolución. Se les veía materialmente contagiados por las nuevas ideas. Un entusiasmo sincero se había apoderado de ellos. Me acompañaron hasta el automóvil, al que echaron unas miradas terribles, pero no ya de miedo como antes, sino de entusiasmo; gritaban a voz en cuello y no querían dejarme marchar. Más tarde supe, no sin cierto orgullo, que uno de los recursos educativos más eficaces que se les podía aplicar, en caso de resistencia, era preguntarles: Vamos a ver, ¿qué es lo que prometisteis

a Trotsky? Los regimientos de los "desertores" de Riazan habían de portarse brillantemente en los frentes.

A este propósito me acuerdo del segundo curso del Instituto de San Pablo de Odesa. Cuarenta chicos no se distinguían en nada de otros cuarenta. Pero tan pronto como Burnand, el de la misteriosa X en la frente, Maier, el inspector, el inspector Guillermo o Kaminski y Schewannebach, el director, descargaban su furia sobre el grupo más crítico y audaz de la clase, levantaban la cabeza los soplones y los envidiosos..., y detrás de ellos iba la clase entera.

En todos los regimientos y en todas las compañías hay hombres de muy distinto temple. Los que no temen a nada y los capaces de sacrificio son siempre minoría. En el otro polo está, en cambio, la minoría, cada vez más exigua, de los corrompidos, los egoístas y los enemigos jurados. Entre estos dos polos de minoría gira la gran mayoría de los inseguros y los vacilantes. La corrupción triunfa si los mejores perecen, arrollados por los egoístas y los enemigos. En estos casos, la mayoría no sabe con quien ha de ir, y al llegar la hora del peligro se deja llevar del pánico. El día 24 de febrero de 1919 dije en la Sala de las Columnas de Moscú, hablando a un auditorio de jefes, y oficiales jóvenes: "Dadme tres mil desertores, dejadme formar con ellos un regimiento y poner al frente a un Comandante que sepa mandar, a un buen Comisario, a jefes idóneos a la cabeza de cada batallón, de cada compañía, de cada columna, y os aseguro que no pasarán cuatro semanas sin que estos tres mil desertores se hayan convertido-dentro de nuestro país revolucionario, se entiende-en un magnífico regimiento. Esto que os digo-añadí-hemos podido comprobarlo repetidamente, no hace mucho, en el frente de Narva y de Pskof, donde conseguimos formarmagníficosdestacamentos de tropa reuniendo los despojos de otros deshechos."

Dos años y medio pasé, con breves intervalos de tiempo,

en aquél vagón de ferrocarril, construido para un Ministro de Fomento. Era un vagón magníficamente equipado para el confort de un ministro, pero poco cómodo para trabajar. Aquí era donde recibía en ruta a todos los que venían a traerme informes, donde me reunía a deliberar con las autoridades civiles y militares de las localidades por donde pasaba, donde ordenaba los comunicados telegráficos y dictaba las órdenes del día y los artículos para los periódicos. De este vagón partía con mis auxiliares a recorrer en automóvil la línea del frente, en excursiones que duraban varios días. En los ratos libres, me dedicaba a dictar, siempre en el vagón, el libro que estaba escribiendo contra Kautsky (Terrorismo y Comunismo) y otra serie de trabajos. Durante aquellos años, me acostumbré, y creo que ya para siempre, a trabajar y a pensar al ritmo de los muelles y las ruedas del "pullman".

Este tren lo habíamos formado en Moscú a toda prisa durante la noche del 7 al 8 de agosto de 1918. A la mañana siguiente, monté en él camino de Sviask, en el frente checoeslovaco. Poco a poco, y con el tiempo, el tren fué transformándose, completándose y perfeccionándose. Ya en 1918, albergaba a todo un organismo administrativo circulante. El tren llevaba una organización de secretaría, una imprenta, una estación telegráfica, un centro radiotelegráfico y otro eléctrico, una biblioteca, un garaje y una instalación de baños.

Era tan pesado, que necesitaba, para arrastrarlo, dos locomotoras. Más tarde, hubimos de desdoblarlo. Si las circunstancias del caso exigían, que nos detuviésemos por algún tiempo en un lugar del frente, una de las locomotoras hacía oficio de correo. La otra estaba siempre con las calderas encendidas. Aquel era un frente movible, y con él no había juegos.

No tengo a mano la historia del tren, que se custodia en

los Archivos del Ministerio de la Guerra y que redactaron oportunamente con el mayor celo los mozos que me auxiliaban en la tarea. Para la exposición de la guerra civil sacamos el gráfico de los recorridos hechos por nuestro tren, que, según los informes de los periódicos, llamó mucho la atención. Luego, el gráfico pasó al Museo de la guerra civil. Ahora estará arrumbado en cualquier rincón oscuro con cientos y miles de testimonios de la época: carteles, proclamas, órdenes del día, fotografías, banderas, trozos de película, libros y discursos; todos aquellos testimonios que reflejan poco o mucho los momentos culminantes de la guerra civil en que yo hube de tomar parte.

Durante los años de 1922 a 1924, es decir, hasta que empezaron a descargarse los golpes definitivos contra la oposición, la editorial militar rusa editó cinco volúmenes con trabajos míos referentes al ejército y a la guerra civil. En ellos no figura la historia de nuestro convoy. Para reconstituir el curso de sus movimientos he tenido que fijarme en las notas puestas a los editoriales del periódico que publicábamos en el tren con el título de W Puti (En ruta): Samara, Tcheliabinsk, Wiatka, Petrogrado, Balashof, Smolensk, otra vez Samara, Rostof, Novotsherkask, Kief, Shitomir y así sucesivamente, pues sería cosa de nunca acabar. Ni siquiera tengo a mano los datos del número total de kilómetros recorridos por nuestro tren durante las campañas de la guerra civil. Una de las notas que figuran en los citados volúmenes explicando mis viajes militares y que puede servir para dar una idea aproximada, habla de 36 viajes con un total de 105.000 kilómetros. Uno de mis compañeros de aquellos días me escribe, remitiéndose a la memoria, que en los tres años, por la extensión recorrida, dimos cinco veces y media la vuelta al mundo; es decir, que según él, el número de kilómetros que recorrimos asciende al doble de aquella cifra. Y esto, sin contar los miles y miles

de kilómetros que anduvimos en automóvil, en comarcas a donde no podía llegar el tren, e internándonos en el frente. Y como el tren se ponía en movimiento siempre para dirigirse a los puntos críticos, el esquema de sus viajes, trazado sobre el mapa, da una idea bastante fiel y completa de la importancia que alcanzaron en las diversas épocas los varios frentes. La mayor parte de los viajes corresponde al año 1.920, o sea al último año de la guerra civil. Geográficamente, predominan los viajes al frente Sur, que fué, durante toda la campaña, el más tenaz, constante y peligroso de todos.

¿Y qué buscaba el "tren del Presidente del Consejo revolucionario de Guerra" en los frentes de la guerra civil? La contestación, en términos generales, no es difícil: buscaba la victoria. Pero, ¿qué era lo que llevaba a los frentes? ¿Y con arreglo a qué métodos trabajaba? ¿Qué fines inmediatos perseguían sus viajes interminables, de una punta a otra del país? Aquellos no eran simples viajes de inspección. No; la labor del tren estaba íntimamente compenetrada con la organización del ejército, con su educación y disciplina, con su administración y aprovisionamiento. Estábamos poniendo en pie de guerra, bajo el fuego del enemigo, un ejército completamente nuevo. Así en Sviask, donde el tren vivió el primer mes de su historia, y así en los demás frentes. Echando mano de los paisanos armados, de los fugitivos que abandonaban el campo ante las tropas blancas, de los campesinos movilizados en varias leguas a la redonda, de los destacamentos de obreros que nos mandaban los centros industriales, de los grupos comunistas y de los especialistas militares, íbamos levantando sobre el terreno, en el mismo frente, compañías, batallones, regimientos de refresco y a veces hasta divisiones enteras. Después de muchas derrotas y retiradas, aquella masa por el pánico, fué convirtiéndose,

a la vuelta en un ejército apto para la lucha. ¿Qué hizo falta, para conseguirlo? Poco y mucho. Buenos jefes, como unas cuantas docenas de expertos luchadores, diez o doce, comunistas dispuestos a sacrificarse, conseguir botas para los descalzos, organizar una instalación de baños, llevar a cabo una enérgica campaña de agitación, aprovisionar a las tropas de víveres, de ropa, de tabaco y de cerillas. Todo esto era de la incumbencia del tren. El tren tenía siempre en la reserva unos cuantos comunistas serios, para llenar con ellos los vacíos; dos o trescientos bravos luchadores, un pequeño almacén de botas, de zamarras de cuero, de medicinas, de ametralladoras, gemelos de campaña, mapas y todo género de regalos, tales como relojes y otros objetos por el estilo. Claro está que las existencias materiales de que disponía el convoy eran insignificantes, si se las comparaba con las necesidades del ejército. Pero las estábamos renovando constantemente. Y, sobre todo, las hacíamos desempeñar docenas y cientos de veces el papel de esa paletada de carbón que hace falta echar al fogón en el momento preciso, para que la caldera no se apague. En el tren funcionaba un aparato de telégrafo, por el que podíamos comunicar directamente con Moscú, y por él estábamos encargando constantemente a Sklianski, mi sustituto en el departamento de Guerra, los objetos más necesarios para el ejército, a veces con destino a una división entera y otras veces para un solo regimiento. Los encargos eran ejecutados con una rapidez en la que no hubiera podido pensarse sin mi intervención. De sobra sé que este método no podía calificarse, ni mucho menos, de idea.. Los pedantes podrán decir que lo que importa, lo mismo en el régimen de avituallamiento que en todos los demás aspectos de la guerra, es el lado sistemático. Y es verdad. Yo mismo propendo, con harta frecuencia, a pecar de pedantería. Pero el hecho era que no nos resignábamos

a perecer antes de que pudiéramos poner en pie y echar a andar un buen sistema. He aquí por qué nos veíamos obligados, sobre todo en la primera época, a suplir este sistema, que no teníamos, por medio de improvisaciones, para luego poder cimentar sobre éstas el sistema.

En todos mis viajes me acompañaban personas laboriosas y competentes en los diferentes ramos administrativos del ejército, y principalmente en el de aprovisionamiento de las tropas. Habíamos heredado del antiguo ejército la organización de la intendencia. Los intendentes intentaron seguir trabajando con los viejos métodos, y aun peor, pues las condiciones de ahora eran inmensamente más difíciles. Durante estos viajes, muchos viejos especialistas hubieron de desmontar y volver a construir hasta los cimientos los procedimientos aprendidos, y los jóvenes pudieron aprender sobre el ejemplo viviente los que aún no tenían. Después de recorrer toda una división y comprobar sobre el terreno sus faltas y sus flacos, convocaba en el cuartel general o en el chocale-restaurant del tren un consejo integrado por el mayor número posible de personas y del que formaban parte representantes de las clases de mando y de los soldados rasos del ejército, rojo, y, además, delegados de las organizaciones locales del partido y de los organismos soviéticos y sindicales. De este modo, iba formándome una idea exacta de la situación, sin afeites ni disfraces. Además, estos consejos daban siempre un resultado práctico inmediato. Por Pobres que fuesen los organismos del poder local, disponían siempre de la posibilidad de sacrificarse en algo para contribuir con lo que podían al sostenimiento del ejército. Los sacrificios mayores los hacían los comunistas. De todas las organizaciones sacábamos como una docena de obreros, que se enganchaban inmediatamente a una brigada móvil. Aparte de esto, nunca faltaban algunas reservas de telas para camisas y calzoncillos, de cuero

para las suelas del calzado o un quintal sobrante de grasa. Sin embargo, como es natural, estos recursos locales no bastaban. Terminado el consejo, circulaba a Moscú, por el hilo directo, los encargos que me parecían necesarios, ateniéndome a las posibilidades de que disponía la propia capital, y el resultado de todo era que la división se encontrase rápidamente con sus necesidades más apremiantes satisfechas. Los jefes y comisarios del frente aprendían prácticamente del tren y de su labor; aprendían mando, disciplina, aprovisionamiento, justicia, pero no con lecciones administrativas profesadas desde lo alto, desde las cumbres de un estado mayor, sino de abajo a arriba, de la compañía, del tren, de los reclutas más jóvenes e inexpertos.

Poco a poco, iba formándose un aparato, más o menos perfecto, en su funcionamiento, en el que se centralizaba el avituallamiento del ejército en todos sus frentes. Claro está que este aparato no lo hacía todo ni hubiera podido hacerlo aunque quisiera. No hay organización, por perfecta que sea, que no se halle sujeta a trastornos durante una guerra, sobre todo en una guerra móvil que ha de estar maniobrando constantemente, y muchas veces en direcciones completamente insospechadas. No se olvide que la República de los Soviets estaba sosteniendo una guerra, desprovista en absoluto de reservas. Los almacenes centrales estaban ya vacíos en el año 1919. Las camisas iban directamente de manos de la costurera a manos del soldado. Y de lo que peor andábamos era de armamento y de municiones, Las fábricas de Tula trabajaban a veinticuatro horas vista. Sin la firma del Comandante general era imposible disponer de un solo vagón de municiones. El aprovisionamiento de municiones y fusiles estaba constantemente en tensión, como una cuerda tirante. De vez en cuando, esta cuerda se rompía y perdíamos gente y terreno.

Para nosotros, aquella guerra hubiera sido de todo punto inconcebible sin acudir constantemente y en todos los terrenos a improvisaciones y más improvisaciones. Nuestro tren era el autor de estas improvisaciones, a la vez que su regulador. Cuando dábamos al frente y a la comarca más próxima que quedaba a sus espaldas una iniciativa o el impulso para que ellos la tomaran, teníamos que velar al mismo tiempo por que esta iniciativa se plegase gradualmente a los canales por los que discurría nuestro sistema de organización. No diré que lo consiguiésemos siempre, pero el término de la guerra civil se encargó de demostrar que habíamos conseguido lo más importante: la victoria.

Los viajes más importantes eran los que emprendíamos a aquellos sectores del frente en que una traición del mando causaba, a veces, verdaderas catástrofes. El día 23 de agosto de 1928, cuando se estaban librando las jornadas más críticas en torno a Kazán, recibí un telegrama cifrado de Lenin y de Sverdlof, concebido en los términos siguientes: "Sviask. Trotsky. La traición del frente de Saratof, aunque descubierta a tiempo, ha producido consecuencias desastrosas. Creemos absolutamente necesaria su presencia allí, pues entendemos que ha de influir en la moral de los soldados y del ejército todo. Asimismo deseáramos concertar una visita a los demás frentes. Conteste y determine día de partida, todo por la cifra n.º 80. 22 agosto 1918. Lenin, Sverdlof."

Parecióme que no debía salir en modo alguno de Sviask; mi marcha podía ser fatal para el frente de Kazán, que estaba atravesando en aquellos momentos por horas muy críticas. Kazán era más importante para nosotros, por todos conceptos, que Saratof. Pronto Lenin y Sverdlof hubieron de comprenderlo también así. No salí para Saratof hasta que nuestras tropas no entraron en Kazán. Telegramas

como éste se estaban recibiendo constantemente en el tren, durante la época siguiente. Kief y Wiatka, Siberia y la Crimea, se lamentaban de su difícil situación y pedían, a la vez y sucesivamente, que el tren acudiese en su socorro.

La guerra se estaba desarrollando en los puntos más alejados del país, y muchas veces se concentraba en los rincones más remotos de aquel frente, que tenía más de ocho mil kilómetros de largo. Había regimientos y divisiones que se pasaban varios meses completamente aislados del mundo, y era natural que de aquellos hombres se apoderase el desaliento. Muchas veces, el material telefónico de que se disponía no bastaba para mantener indemnes las comunicaciones. En estas condiciones, el tren tenía que parecerles un mensajero venido del otro mundo. Llevábamos siempre con nosotros una buena reserva de aparatos telefónicos y de alambres para el tendido. En un vagón especial habíamos instalado una antena por la que captábamos en ruta los radiogramas de la torre Eiffel, de Nauen y de trece estaciones en total, contando entre ellas, naturalmente, la de Moscú. El tren estaba orientado siempre acerca de lo que ocurría en el mundo. Las noticias más importantes se reproducían en el periódico de ruta y eran comentadas por medio de artículos, de manifiestos y órdenes del día a las tropas. La intentona de Kapp, las conspiraciones interiores, las elecciones inglesas, el estado de la cosecha, las gestas heroicas del fascismo italiano: 4 todo lo que ocurría en el mundo le seguíamos la pista al día, y todo lo interpretábamos y relacionábamos con las vicisitudes que ocurrían en los frentes de Astrakán o Arcángel. Nuestros artículos transmitíanse también a Moscú por el hilo directo, y desde aquí, por radio, a todos los periódicos de Rusia. El tren ponía en comunicación al destacamento más apartado de nuestras tropas con la vida del país y del mundo entero. De este modo, disipábanse los

rumores depresivos y se fortificaba la moral del ejército. íbamos cargando las pilas morales, como si dijésemos, y la carga duraba unas cuantas semanas, y a veces, hasta que volvía a pasar por allí el tren. En los intervalos, los delegados del Consejo revolucionario de guerra del frente o del ejército organizaban algún que otro viaje, siguiendo los mismos métodos aunque en una escala más modesta.

Mi labor periodística y de escritor y todos los demás trabajos que realizaba en el tren hubieran sido imposibles a no haber contado con la colaboración de aquellos tres magníficos taquígrafos que me acompañaban: Glasmann, Sermux y el joven Netshaief. Trabajaban día y noche, con el tren en marcha, y eso que, dando al traste con todas las normas de la prudencia y contagiado por la fiebre de la guerra, nuestro tren corría a una velocidad de setenta y más kilómetros por hora a lo largo de aquellos rieles harto inseguros, haciendo bailar como un columpio el mapa que pendía del techo del vagón. Yo seguía con admiración y gratitud los movimientos de aquellas manos que, en medio de aquella agitación y de aquel traqueteo, eran capaces de estampar sobre el papel, sin perder el pulso, los finos rasgos de la taquigrafía. Y cuando, a la media hora, me presentaban la redacción definitiva apenas necesitaba de correcciones. Aquello no era un trabajo vulgar, era algo verdaderamente heroico. Corriendo el tiempo, estos heroicos servicios prestados a la revolución habían de costarles caros a Glasmann y a Sermux: a Glasmann, los stalinistas le persiguieron hasta que le obligaron a suicidarse; a Sermux le desterraron a los yermos siberianos.

Entre las dependencias del tren figuraba un garaje gigantesco, capaz para alojar a unos cuantos automóviles y un tanque de gasolina. Esto, nos permitía alejarnos cientos de verstas de la línea del ferrocarril. En camiones y automóviles ligeros llevábamos con nosotros a un puñado

de tiradores escogidos y a una brigada de ametralladoras, compuesta por unos veinte o treinta hombres. La guerra de guerrillas está llena de constantes sorpresas. En medio de aquellas estepas corríamos el peligro de encontrarnos por todas partes con patrullas de cosacos. Los automóviles y las ametralladoras son una buena garantía, al menos cuando la estepa no está convertida en un mar de lodo. En la provincia de Woronesh, durante el otoño de 1919, hubimos de avanzar una vez a una velocidad de tres kilómetros por hora. Las ruedas de los automóviles se enterraban en la tierra negra reblandecida por las lluvias. A cada paso tenían que descender del coche treinta hombres y empujarlo con los hombros. Al vadear un río, el auto en que yo iba se detuvo en medio de la corriente, enterrado entre el lodo. Malhumorado, eché la culpa de lo que ocurría al automóvil, que era muy bajo de chasis y al que mi maravilloso chofer, un estón llamado Puvi, consideraba como la máquina mejor del mundo. El chofer, al oír aquello, se volvió a donde yo estaba, se llevó la mano a la gorra y cuadrándose militarmente, me dijo, en muy mal ruso: -¡A la orden! Me permito observar que los ingenieros que construyeron este coche no podían saber que íbamos a emplearlo para andar por el agua.

A pesar de que la situación en que nos hallábamos no era nada halagüeña, me dieron ganas de abrazarlo, por la fría e irónica ocurrencia.

Nuestro tren no intervenía solamente en cuestiones de administración militar y de política, sino que, llegado el caso, sabía también tomar parte activa en la lucha. Muchos de sus rasgos recordaban más bien a un tren blindado que a un cuartel general montado sobre ruedas. También estaba blindado, a lo menos lo estaban la locomotora y los vagones en que se guardaban las ametralladoras. Todos los que viajaban en el tren, sin excepción, sabían

usar las armas. Todos iban equipados con un traje de cuero que les daba un aspecto imponente. En la manga izquierda, un poco debajo del hombro, llevaban una placa bastante grande de metal que habíamos mandado troquelar con gran cuidado en la fábrica de la moneda y que llegó a conquistar gran popularidad en el ejército. Los vagones comunicaban entre sí por una instalación telefónica interior y por medio de un aparato de señales. Para mantener alerta a la escolta del tren, dábamos la alarma frecuentemente, tanto de noche como de día. Cuando era necesario, la escolta armada descendía del tren para realizar operaciones de "desembarco". Allí donde aparecía la brigada de aquellos cien hombres vestidos de cuero, que era siempre en puntos peligrosos, causaba una sensación irresistible. Y si adivinaban al tren a unos cuantos kilómetros de la línea de fuego, hasta los destacamentos más nerviosos, y principalmente el mando, ponían en tensión todas sus fuerzas. Cuando una balanza está inestable, el más pequeño peso decide. Este pequeño peso lo echaron en la balanza de la guerra civil docenas, si no cientos de veces, durante aquellos dos años y medio, el tren y su escolta. Cuando las tropas de "desembarco" volvían "a bordo", y nos poníamos a hacer el recuento, siempre faltaba alguno. Entre muertos y heridos el tren llegó a tener quince bajas, sin contar los que se estaban pasando constantemente al frente y desaparecían para siempre de nuestro horizonte. De la escolta de nuestro tren salió, por ejemplo, una brigada para aquel magnífico tren blindado modelo al que se dió el nombre de "Lenin", y otra sección de mando se destinó a reforzar los destacamentos de campaña de las inmediaciones de Petrogrado. El tren y su escolta fueron condecorados colectivamente con la orden de la Bandera roja por su intervención en los combates contra Judenich.

El tren se vió repetidas veces cortado, tiroteado y

bombardeado desde los aires. Nada tiene de extraño que le rodease una leyenda, tejida en parte por los triunfos alcanzados y en parte por la fantasía. ¡Cuántas veces el jefe de una división, de una brigada o de un regimiento venía a rogarnos que nos detuviésemos, aunque sólo fuese media hora, entre sus tropas o que fuésemos en automóvil o a caballo con él a revistar un sector alejado, o mandásemos a lo menos algunos hombres de nuestra brigada con vituallas o regalos, para que el rumor de que había llegado el tren se extendiese por el frente! “Su visita-me decían muchas veces los jefes-vale por toda una división de la reserva.” Los rumores de la llegada del tren corríanse también, naturalmente, a las filas enemigas, donde se imaginaban el convoy misterioso con un aspecto incomparablemente más terrible del que tenía en la realidad. Esto contribuía, por supuesto, a reforzar su influencia moral.

El tren había logrado atraerse el odio del enemigo, de lo cual estaba, por cierto, muy orgulloso. Varias veces los socialrevolucionarios organizaron atentados contra él. En la vista del proceso seguido contra los socialrevolucionarios, Semionof, el organizador del asesinato de Wolodarski y del atentado contra Lenin, que había tomado parte también en los preparativos del atentado contra nuestro tren, los refirió con todo detalle. En realidad, era esta empresa que no ofrecía grandes dificultades. Pero ya por entonces los socialrevolucionarios estaban debilitados, habían perdido la fe en sí mismos y toda influencia sobre la juventud. En uno de los viajes que emprendimos al Sur, el tren descarriló en la estación de Gorki. Era de noche y yo salí despedido, experimentando esa desagradable sensación de los terremotos, en que el suelo desaparece bajo los pies y no encuentra uno a dónde agarrarse. Todavía medio dormido, me sujeté con todas mis fuerzas a la cama. El traqueteo habitual cesó y el coche se quedó de lado,

inmóvil. En el silencio de la noche sólo se oía una vocecilla débil, quejándose. La pesada portezuela del vagón había encajado de tal modo, que no había manera de abrirla. No aparecía nadie y esto aumentaba la sensación de angustia. ¿Habríamos caído en manos del enemigo? Me lancé por la ventanilla, revólver en mano, y tropecé con un hombre que se alumbraba con una linterna. Era el jefe del tren, que no había conseguido llegar a donde estaba yo. El coche se había quedado al borde del talud, con tres ruedas enterradas en la cuneta y las otras tres en el aire. Las plataformas trasera y delantera estaban completamente astilladas. Los hierros delanteros tenían aprisionado y magullado al centinela que iba de guardia en la plataforma. Era el que se quejaba y su vocecita, en medio de la oscuridad, parecía el llanto de un niño. Nos costó trabajo sacarle de entre aquellos barrotes. Y cuál no fué nuestro asombro, cuando comprobamos que había librado del trance con unos cuantos cardenales y el susto consiguiente. En total, quedaron destruídos ocho coches. El coche-restaurant, que desempeñaba también funciones de club, quedó reducido a un montón de astillas barnizadas. La brigada de relevo, solía irse a este coche a leer o a jugar al ajedrez. Fué una suerte que todo el mundo hubiese dejado el club a las doce en punto de la noche, unos diez minutos antes de descarrilar el tren. También sufrieron grandes quebrantos los vagones de mercancías, cargados de libros, uniformes y regalos para el frente. Víctimas humanas no hubo ninguna que lamentar. El descarrilamiento había sido originado por un falso, cambio de agujas. No pudo saberse si se trataba de un descuido o de un acto intencional. Afortunadamente, en aquel momento, al pasar por delante de la estación, el tren sólo llevaba una marcha de treinta kilómetros.

La escolta del convoy tenía, aparte de su principal misión, una serie de ocupaciones secundarias, que le planteaban

en las crisis de hambre, las epidemias, las campañas de agitación y los congresos internacionales El tren era, además, padrino de un distrito del campo y de varios orfanatos. La celda comunista del tren tenía un periódico propio titulado Na Strashe (Montando la guardia), en que se guardan, relatados, no pocos episodios, y aventuras de aquellos años. Desgraciadamente,, también esta reliquia, como muchos otros documentos, falta en mi archivo de viajero.

En el momento en que nos disponíamos a lanzarnos al ataque contra Wrangel, que había plantado sus reales en la Crimea, el día 27 de octubre de 1920, el periódico de ruta publicaba las siguientes líneas mías: "Nuestro tren vuelve a poner proa al frente.

"Los soldados de nuestro tren lucharon delante de los muros de Kazán, en aquellas terribles semanas del año 1918, en que nos debatíamos por reconquistar el Volga. Ya hace tiempo que esta campaña quedó liquidada victoriosamente. Ahora, el Poder de los Soviets se extiende hasta el Océano Pacífico.

"Los soldados de nuestro tren se cubrieron de gloria delante de los muros de Petrogrado... Petrogrado no salió de nuestras manos, y entre sus muros se albergaron durante estos últimos años numerosos representantes del proletariado universal.

"Nuestro tren hubo de presentarse más de una vez en el frente occidental. La paz preliminar con Polonia está ya firmada.

"Los soldados de nuestro tren lucharon en las estepas del Don, en aquellos días en que Krasnof, y más tarde Denikin amenazaban desde el Sur el Poder de los Soviets. Los días de Krasnof y Denikin han pasado para no volver.

"Ya sólo nos queda la Crimea, que el Gobierno francés ha convertido en fortaleza suya. Al frente de las guardias blancas que forman la guarnición de esta fortaleza francesa se halla un General a sueldo, de estirpe germano-rusa, el barón Wrangel.

"La gran familia de camaradas de nuestro tren se dispone

a entrar en una nueva campaña. ¡Ojalá sea la última!” En efecto, la campaña de la Crimea fué la última de la guerra civil. A los pocos meses, pudimos licenciar el célebre tren. Desde aquí envió un saludo fraternal a todos los que desde él lucharon a mi lado.

DEFENSA DE PETROGRADO

En los frentes revolucionarios de la República de los Soviets luchaban dieciséis ejércitos. Dos más que en la gran Revolución francesa, en que eran catorce. Cada uno de estos dieciséis ejércitos soviéticos tiene su historia, breve pero movida. El número que llevaba cada uno evoca en el recuerdo docenas y docenas de episodios únicos. Cada ejército presentaba su propia faz, aunque cambiante, típica y viva.

Al Occidente de Petrogrado, casi a sus puertas, estaba destacado el séptimo ejército. Una larga inacción pesaba sobre él, amortiguando su vivacidad. Los mejores soldados y puestos de mando hubieron de serle sustraídos y destinados a otros sectores del frente, en que la lucha era más viva. Para un ejército revolucionario, que no hace nada sin el acicate del entusiasmo, la larga permanencia en una zona acaba casi siempre con un fracaso, a veces con una catástrofe. Tal ocurrió en este caso.

En el mes de junio de 1919 fué ocupado por un destacamento de guardias blancas el importante fuerte Krasnaia Gorka, situado en el Golfo de Finlandia. A los pocos días, la posición era reconquistada por un destacamento de marineros rojos. Pudo demostrarse que los blancos habían recibido confidencias del jefe del estado mayor del séptimo ejército, Comandante Lindquist. Y no era él sólo el que estaba en la conspiración. Esto produjo gran conmoción entre las tropas.

En el mes de julio, el General Judenitch, lugarteniente de Koltchak, fué nombrado General en jefe del ejército Noroeste de los blancos. Con la ayuda de Inglaterra y de Estonia se creó en el mes de agosto el "Gobierno occidental del Norte". La flota inglesa del Golfo de Finlandia prometió sostener a las tropas de Judenitch.

El ataque de este General sobrevinía en un momento en que los Soviets se debatían con una serie de dificultades casi insuperables. Denikin se había apoderado de Orel y amenazaba caer sobre Tula, centro de la industria de guerra, desde donde la marcha sobre Moscú era muy rápida. Toda nuestra atención estaba concentrada en el Sur. El primer empujón un poco fuerte del enemigo en el frente occidental sacó completamente de quicio al séptimo ejército, que empezó a retroceder, casi sin hacer resistencia, abandonando en poder de los blancos armas y bagajes. Los elementos dirigentes de Petrogrado, entre los que se destacaba Zinovief, dieron cuenta a Lenin del magnífico armamento de que estaban dotados los atacantes: ametralladoras, tanques, aeroplanos, acorazados ingleses protegiendo el flanco, etc. Lenin llegó a la conclusión de que, sólo dejando desamparados e indefensos los demás frentes, sobre todo el frente Sur, podríamos dar la batalla con éxito al ejército de Judenitch, formado casi exclusivamente por oficiales y equipado con arreglo a la última palabra de la técnica. Pero de esto, no había ni que acordarse. En su opinión sólo cabía una cosa: abandonar Petrogrado al enemigo y montar el frente. Cuando hubo llegado al convencimiento de que esta dolorosa amputación era imprescindible, Lenin hizo grandes esfuerzos por ganar la opinión de los demás.

Yo, al volver del frente Sur a Moscú, me opuse tenazmente a este proyecto. Judenitch y sus mandantes no se conformarían con Petrogrado: su plan era reunirse con Denikin en Moscú. Petrogrado brindaría a los ocupantes gigantescas reservas industriales y de material humano. Además, entre Petrogrado y Moscú no se encontrarían ya con ningún obstáculo serio. Todo esto me llevaba a la conclusión de que era necesario defender a Petrogrado a toda costa. Para este plan encontré muy en primer término,

naturalmente, la adhesión de los propios petrogradenses. Krestinski, que pertenecía entonces al "Buró Político", se puso a mi lado. También Stalin, si mal no recuerdo. Me pasé veinticuatro horas atacando a Lenin, en diferentes formas y ocasiones. Hasta que a la postre, dijo: "¡Bien, bien; vamos a intentarlo!" El día 15 de octubre, el "Politburó" votó la proposición presentada por mí acerca de la situación en los frentes: "Reconociendo el serio peligro de guerra que pesa sobre el país, se aprecia la necesidad de convertir materialmente a toda la República de los Soviets en un campamento guerrero. En las organizaciones todas, sindicales y del partido, deberá hacerse un recuento de los afiliados al partido y a los sindicatos y de los obreros soviéticos que estén en condiciones de empuñar las armas." Seguía una enumeración de medidas de carácter práctico. Respecto a Petrogrado, la consigna era: "No ceder." Aquel mismo día presenté en el Soviet de la Defensa Nacional la siguiente propuesta: "Defender a Petrogrado hasta derramar la última gota de sangre, no ceder ni un pie de terreno, luchar, si necesario fuere, en las calles de la ciudad." Yo no dudaba que un ejército de 25.000 hombres, como era el del Judenitch, aun dado que consiguiese entrar en una población como aquella de millones de almas, perecería si se sabía organizar en las calles una resistencia enérgica y desesperada. Pero al mismo tiempo, parecióme que era necesario-sobre todo en previsión de un ataque por parte de Estonia y de Finlandia-preparar un plan de retirada para las tropas y los obreros en dirección al Sur: era la única posibilidad de que no exterminasen de raíz aquella maravillosa clase obrera de Petrogrado.

Salí de Petrogrado el día 16. Al día siguiente, recibí la siguiente carta de Lenin: "17 octubre 1919. Al camarada Trotsky. Ayer por la noche enviamos a usted cifrado... el acuerdo del Soviet de la Defensa. Como verá, ha sido

aceptado su plan. Tampoco se ha desechado, naturalmente, el plan de retirada de los obreros de Petrogrado hacia el Sur (según me dicen, este plan lo ha desarrollado usted delante de Krassin y Kikof); de esto, no conviene hablar prematuramente, pues ello desviaría la atención de la lucha hasta el fin. El intento de copar a Petrogrado y aislarlo del resto del país hará necesarios, naturalmente, una serie de cambios, que usted deberá introducir, en su caso, a la vista de la situación... Adjunto la proclama que el Soviet de la Defensa me encargó. La hice de prisa, y no ha salido muy bien; mejor será que ponga usted mi firma debajo de una suya. Saludos. Lenin."

Esta carta me parece que demuestra bastante bien cómo aquellas diferencias episódicas de criterio, por marcadas que fuesen, inevitables ante una labor tan gigantesca como la que teníamos que afrontar, no dejaban en la práctica rastro alguno ni influían para nada en nuestras relaciones personales ni en la tarea común. Y se me ocurre pensar que, si en aquel mes de octubre de 1919 no hubiese sido Lenin quién defendió contra mí, sino yo contra él, la idea de abandonar a Petrogrado, el mundo estaría hoy lleno de disquisiciones redactadas en todos los idiomas habidos y por haber y encaminadas a desenmascarar esta manifestación solapada de "trotskismo".

Los aliados nos habían impuesto la guerra civil, en el transcurso del año 1918, seguramente porque así lo exigía el interés que los unía a luchar contra el Káiser. Estábamos en el año 1919. Alemania llevaba ya un buen trecho fuera de combate. Y, sin embargo, los aliados seguían tirando millones para sembrar la muerte, el hambre y las epidemias en el país de la revolución. Judenitch era uno de tantos condottieros a sueldo de Inglaterra y Francia. Le cubría la retirada Estonia, y por el flanco izquierdo tenía la defensa de Finlandia. Los aliados exigieron que estos dos países,

liberados por la revolución, les ayudasen a degollarla. En Helsingfors y en Reval se entablaron negociaciones interminables encaminadas a este fin; los platillos e la balanza se inclinaban tan pronto a un lado como al otro. Nosotros, preocupados, no apartábamos la vista de estos dos pequeños Estados que iban a coger en el medio, como una tenaza hostil, la cabeza de Petrogrado.

El día 1.º de septiembre publiqué en la Pravda la siguiente admonición: "Entre las divisiones que lanzamos al frente de Petrogrado no será seguramente la menos importante la división de caballería de los Baskires, y caso de que la Finlandia burguesa se decida a atentar contra Petrogrado, los Baskires rojos se lanzarán al asalto con esta consigna: ¡Sobre Helsingfors!"

Esta división de caballería era de formación reciente. Mi plan había sido, desde el primer momento, enviarlos unos cuantos meses a Petrogrado, para brindar así a los hijos de la estepa la posibilidad de pasar una temporada en medio de la cultura urbana, de familiarizarse con los obreros y asistir a los clubs, a los mítines y a los teatros. A estas consideraciones venía a unirse ahora otra nueva e inaplazable: la necesidad de intimidar a la burguesía finlandesa con el espectro de un ataque armado de los Baskires.

Sin embargo, nuestras admoniciones tenían menos peso que los rápidos triunfos de Judenitch. Sus tropas entraban en Luga el día 13 de octubre, y el día 16 se apoderaban de Krassnoie-Selo y de Gatchina, preparándose para caer sobre Petrogrado y cortar la comunicación ferroviaria entre esta capital y Moscú. Al décimo día de iniciado el ataque, Judenitch estaba en Tsarskoie (Detskoie). Las patrullas de caballería que avanzaban a la descubierta podían divisar ya desde los cerros la cúpula dorada de la catedral de San Isaac.

Anticipándose un poco a los acontecimientos, la estación

radiotelegráfica finlandesa lanzó al mundo la noticia de la toma de Petrogrado por las tropas de Judenitch. Los representantes de la Entente en Helsingfors la comunicaron a sus Gobiernos con carácter oficial. Por Europa y el mundo entero corrió la nueva de que la capital roja se había rendido. Un periódico sueco hablaba de "la semana mundial de la fiebre de Petrogrado".

Donde más desasosiego reinaba era entre las clases gobernantes de Finlandia. Ahora, ya no eran solamente los militares, era también el Gobierno el que se declaraba partidario de una intervención. Todo el mundo quería tornar parte en el botín. La socialdemocracia finlandesa prometió, por supuesto, que mantendría la neutralidad. "La intervención- escribe un historiador de los blancos- ya no se discutía más que desde el punto de vista financiero." Tratábase de encontrar una forma adecuada para garantizar aquellos cincuenta millones de francos que eran el precio de sangre de Petrogrado en las Bolsas de la Entente.

La conducta de Estonia nos causaba también grandes preocupaciones. El día 17 de octubre le escribí a Lenin: "Si logramos salvar a Petrogrado, como espero, podremos liquidar definitivamente con Judenitch. únicamente dará origen a dificultades de carácter jurídico el repliegue de Judenitch sobre Estonia. Es necesario que esta nación asegure sus fronteras contra la invasión de las tropas de Judenitch, pues de otro modo no tendremos más remedio que reservarnos el derecho a entrar a buscarle allí." Este ultimátum fué aceptado para el caso de que nuestras tropas pusiesen en fuga a Judenitch. Sin embargo, estas hipótesis no habían de llegar a realizarse.

En Petrogrado, cuando yo llegué, reinaba una espantosa confusión. Todo se deshacía. Las tropas retrocedían, saltaban en pedazos. Los jefes militares miraban para los comunistas, los comunistas para Zinovief. Este era, en realidad, el centro de toda la confusión. "Zinovief-me dijo

Sverdlof, que conocía bien a la gente-es el pánico.” En efecto, en tiempos de paz, cuando, para usar la expresión de Lenin “no hay nada que temer”, Zinovief tiene grandes dotes para trepar hasta el séptimo cielo. Pero en cuanto las cosas vienen mal dadas, se tiende en el sofá-no lo digo en metáfora, sino en un sentido muy literal-y se echa a gemir y a lamentarse. Desde el año 17 pude convencerme, en repetidas ocasiones, de que para Zinovief no hay término medio: o el séptimo cielo, o el sofá. Esta vez, al llegar a Petrogrado, me lo encontré tendido en el sofá. Cierto es que le rodeaban algunos hombres valerosos, como Laskhevich. Pero todos se dejaban llevar de aquel espíritu de resignación que flotaba en el ambiente. Desde el Smolny pedí un automóvil por teléfono al garaje militar. El coche no llegó a tiempo. Por el tono de voz del vigilante comprendí que la apatía, el desaliento y la pusilanimidad se habían adueñado también de las capas subalternas del personal administrativo. No había más remedio que acudir a medidas extraordinarias, pues el enemigo estaba a las puertas de la ciudad. Como siempre en tales casos, acudí a la brigada móvil de mi tren. Aquellos eran hombres a quienes podía uno confiarse en las situaciones más difíciles. Encomendé a su cuidado el vigilar, el ejercer presión donde fuese necesario, el restablecer las comunicaciones, sustituir a los ineptos y llenar los vacíos. Volviendo la espalda a la burocracia oficial totalmente desmoralizada, descendí dos o tres escalones, para ponerme con contacto con las organizaciones locales del partido, con los talleres, las fábricas y los cuarteles. Como todo el mundo, daba por seguro que la ciudad se entregaría a los blancos, nadie tenía valor para dar un paso al frente. Pero la cosa cambió en cuanto desde abajo empezó a reinar la sensación de que Petrogrado no caería sin lucha en manos del enemigo, de que se combatiría, si necesario fuere, en las calles y en las

plazas. Los audaces y los dispuestos al sacrificio, que nunca faltan, empezaron a levantar cabeza. Destacamentos de hombres y de mujeres, equipados con las herramientas de los zapadores, abandonaron las fábricas y los talleres. Por aquella época, los obreros de Petrogrado tenían un aspecto lamentable, con sus caras pardas como la tierra por falta de alimento, con sus trajes que se les caían de rotos, con sus botas agujereadas, que muchas veces no casaban siquiera.

-No les dejaremos entrar en Petrogrado, ¿verdad camaradas?

-¡No, no les dejaremos!

Y donde más pasión ardía era en los ojos de las mujeres. Aquellas madres, esposas e hijas no querían abandonar sus rincones, miserables, pero llenos del calor de su hogar.

-¡No, no les dejaremos!-resonaban, vibrantes, las voces de las mujeres, y sus manos apretaban la pala como si fuese un fusil.

Había muchas que sabían manejar las armas, y veíanse bastantes en las brigadas de ametralladoras. La ciudad se dividió en zonas, puestas bajo el mando de grupos de obreros. Los puntos más importantes se rodearon de alambradas y se eligieron varios emplazamientos para la artillería, señalándose de antemano los blancos. Repartidos entre las plazas y bocacalles más importantes, había como unos sesenta cañones, cada cual con su equipo correspondiente. Fortificáronse los canales, los jardines, los muros, las paredes y las casas. En los suburbios y a lo largo del Neva, se cavaron trincheras. Toda la parte Sur de la ciudad se transformó en una fortaleza. En muchas calles y plazas se levantaron barricadas. De los barrios obreros soplabá ahora un espíritu nuevo que oreaba los cuarteles, la retaguardia, el frente.

Judenitch estaba acampado a unas diez o quince verstas delante de Petrogrado, en aquellas mismas colinas de

Pulkovo, para donde había salido yo hacía dos años, cuando la revolución proletaria triunfante se defendía contra los destacamentos de Kerensky y de Krassnof. La suerte de Petrogrado volvía a estar pendiente de un hilo. Nuevamente había que romper el automatismo de la retirada, y en seguida, costase lo que costase.

El día 18 de octubre decreté una orden a las tropas, en la que exigía "que no se publicasen noticias falsas dando cuenta de que se estaban librando combates reñidísimos y de que reinaba un gran espíritu de lucha, donde lo único que reinaba era un pánico horrible. Toda noticia falsa será castigada como una traición. La guerra admite errores, pero no admite mentiras, engaños ni fraudes contra uno mismo". Como siempre, en los momentos difíciles, me parecía que lo primero y más urgente era descubrir al ejército y al país, por cruel que ella fuese, toda la verdad. Hice pública la absurda retirada que se había llevado a efecto aquel mismo día. "La compañía de un regimiento de tiradores perdió la cabeza creyéndose atacada en uno de los flancos por un destacamento enemigo. El Coronel del regimiento ordenó la retirada. El regimiento retrocedió, despavorido y en plan de fuga, ocho o diez verstas, hasta llegar a Alexandrovka. Se ha comprobado que el destacamento del flanco era de tropas nuestras... Sin embargo, el regimiento fugitivo no se ha portado del todo mal. Tan pronto como volvió a infundirle la confianza en sí mismo, sin vacilar un punto volvió sobre sus pasos y a marchas forzadas, cubierto de sudor a pesar del frío reinante, cubriendo ocho verstas en una hora, logré rechazar al enemigo, inferior en número, y recobrar, con muy pocas pérdidas, las posiciones abandonadas."

En este pequeño episodio me tocó a mí desempeñar, por primera y única vez en mi vida, el papel de jefe de regimiento. Cuando vi que las tropas se replegaban despavoridas sobre Alexandrovka, cuartel general de la división, me lancé sobre el primer caballo que encontré

a mano y conseguí hacerles dar la vuelta. En el primer momento, se produjo una gran confusión, pues había muchos que no acertaban a comprender de qué se trataba; algunos, se obstinaban en seguir retrocediendo; yo les daba alcance a caballo y los incorporaba al grueso de la tropa. Hasta entonces, no me di cuenta de que detrás de mí corría Koslof, mi ordenanza, un antiguo soldado de una aldea cerca de Moscú. Aquel hombre, arrebatado de entusiasmo, parecía otro. Blandía en la mano un revólver y corría a lo largo de las filas, gritando con todas sus fuerzas: -¡No tengáis miedo, muchachos, que es el camarada Trotsky el que os conduce!.

Ahora, el ataque recobraba el ritmo que antes tuviera la retirada. Ni un solo soldado rojo se quedaba atrás. Como a unas dos verstas de distancia, oíanse los silbidos dulzones y repugnantes de las balas. Empezaron a caer los primeros heridos. El jefe del regimiento era otro. Estaba en los puntos más peligrosos, y cuando sus tropas hubieron reconquistado las posiciones abandonadas, vimos que estaba herido en las dos piernas. Volví en un camión al cuartel general. Por el camino fuimos recogiendo los heridos. El impulso estaba dado. Yo tenía una sensación plena de que sostendríamos a Petrogrado.

No estará de más que nos detengamos un momento a tocar un punto que acaso ya más de una vez haya saltado a la preocupación del lector, a lo largo de estas páginas: ¿Tiene un hombre a quien se encomienda la misión de dirigir todo un ejército derecho a exponerse a un peligro personal, lanzándose a acciones aisladas o tomando parte en ellas? A esto, sólo puedo contestar que ni en la guerra ni en la paz existen normas de conducta que tengan un carácter absoluto. Los oficiales que me acompañaban en mis viajes al frente, solían decirme: "Estos lugares no los pisaron nunca los Generales de división del antiguo régimen." Los periodistas burgueses

me reprochaban aquellos excesos como nacidos de mi "afán de reclamo", con lo cual no hacían más que traducir a su lenguaje lo que escapaba a su horizonte mental.

La verdad era que el ejército rojo, lo mismo por la composición de sus tropas y del mando que por el carácter especial de toda guerra civil, exigía esta conducta y no otra. Allí, todo había que sacarlo de la nada: la disciplina, los hábitos de lucha y la autoridad militar. Y así como durante toda una época nos fué imposible aprovisionar sistemáticamente a las tropas de todo lo necesario desde el centro, no podíamos ahora limitarnos tampoco a encender el entusiasmo revolucionario de las masas, lanzadas de pronto al fuego sin la necesaria cohesión, por medio de circulares y de proclamas medio anónimas. Lo primero era conquistarse entre los soldados aquella autoridad que mañana habría de justificar a sus ojos las órdenes severas que decretase el supremo mando. Donde faltaban las tradiciones, no había más remedio que suplirlas por el ejemplo vibrante. El riesgo personal era la puesta imprescindible en el juego de la victoria...

No hubo más remedio que renovar y refrescar los puestos de manado causantes del fracaso, introduciendo en ellos los cambios necesarios. Cambios aún mayores se introdujeron en los comisariados militares. Se reforzaron todos los destacamentos mediante la incorporación de comunistas. Además, llegaron tropas nuevas de refresco. Lanzamos a las posiciones más avanzadas a los contingentes de las Escuelas de Guerra. A la vuelta de dos o tres días, habíamos conseguido poner de nuevo en pie el aparato de aprovisionamiento, que estaba por los suelos. Ahora, el soldado rojo podía alimentarse debidamente, cambiar de camisa, tenía calzado nuevo, podía oír un discurso, se desperezaba, se erguía y era otro hombre. El 21 de octubre fué un día decisivo. Nuestras tropas se replegaron

sobre las alturas de Pulkovo. Seguir retrocediendo hubiera significado trasplantar la lucha a las calles de la ciudad. Hasta entonces, los blancos habían atacado sin tropezar con una resistencia seria. El día 21, el ejército soviético se fortificó sobre la línea de Pulkovo y empezó a resistir. El enemigo cesó de atacar. El día 22 tomó la ofensiva el ejército rojo. Pero a Judenitch le dió tiempo a echar mano de las reservas y a cubrir los claros de sus filas. Los combates eran reñidísimos. Hacia el anochecer del día 23 tomamos a Detskoie-Selo, y a Pavlovsk. Al mismo tiempo, el 15.º ejército acosaba por el Sur al enemigo, poniendo en peligro su retaguardia y el flanco derecho. Se cambiaban las tomas. Nuestros destacamentos, a quienes el ataque de los blancos había pillado desprevenidos y que pasaran por toda una cadena de fracasos, rivalizaban ahora en sacrificios y en heroísmo. Hubo muchas víctimas. El alto mando enemigo afirmaba que las pérdidas mayores estaban de nuestro lado. Era posible, pues los blancos tenían más experiencia y más armas. Nosotros les ganábamos, en cambio, por el arrojo y el espíritu de sacrificio. Los obreros y los campesinos mozos, los alumnos de las Escuelas de Guerra de Moscú y San Petersburgo no reparaban en sí. Atacaban denodadamente bajo el fuego de las ametralladoras y se lanzaban, revólver en mano, hacia los tanques. El Estado Mayor de los blancos hubo de hablar de la "locura heroica" de los rojos. En los días anteriores apenas había habido prisioneros, y los tráfugas blancos eran contadísimos. Ahora crecía, de pronto, el número de tráfugas y de prisioneros. Como los combates se libraban en un ambiente acaloradísimo y de una excitación desesperada, el día 24 de octubre advertí, en una orden a las tropas: ¡Ay del soldado que sea lo bastante indigno para levantar el arma contra un prisionero o un tráfuga desarmado!"

Ahora, atacábamos nosotros. Ni los estones ni los

finlandeses pensaban ya en intervenir. Los blancos, derrotados en toda la línea, se batieron durante catorce días en retirada, totalmente sobre la frontera de Estonia. El Gobierno de este país procedió al desarme de las tropas replegadas. A los mandantes de Londres y de París se les borraron del recuerdo aquellos soldados que guerreaban por encargo suyo. Y lo que todavía ayer era "el ejército occidental del Norte" al servicio de la Entente, perecía de hambre y de frío. En los barracones del lazareto yacían catorce mil soldados de Judenitch enfermos de tifus. Así terminó la famosa "semana mundial de la fiebre de Petrogrado".

Los cabecillas blancos hubieron de quejarse, más tarde, amargamente, del Almirante inglés Coven, que, faltando a su promesa, no les había prestado, según ellos, el necesario auxilio desde las costas del Golfo de Finlandia. Estas quejas -eran, por lo menos, exageradas. En un combate nocturno perecieron tres de nuestros torpederos, arrastrando consigo al fondo del mar a 550 marinos jóvenes. Desde luego, esta partida hay que ponerla en la cuenta del Almirante británico. La orden del día dada en aquella ocasión al Ejército y a la Marina en memoria de las víctimas del combate naval, decía así:

"¡Soldados rojos! No hay un solo frente en que no os encontréis con la pérfida enemiga de los ingleses. Las tropas contrarrevolucionarias descargan sobre nosotros con cañones ingleses. De procedencia inglesa son las municiones que se almacenan en los arsenales de Chenkursk y de Onega, en los del frente Sur y occidental. Los soldados que hacéis prisioneros vienen todos equipados con prendas inglesas. Las mujeres y los niños de Arcángel y de Astrakán caen muertos o quedan inválidos por la dinamita inglesa que aeroplanos también ingleses lanzan desde los aires. Ingleses son los barcos que bombardean nuestras costas.

“Pero no olvidemos, y permitidme que os lo recuerde en este momento en que luchamos a vida o muerte contra ese General a sueldo de los ingleses, que es Judenitch; no olvidemos que existe también otra Inglaterra. Además de esa Inglaterra, ávida de ganancias y de poderío, corrompida y sanguinaria, hay la Inglaterra de los trabajadores, del poderío de la inteligencia, de los grandes ideales, de la solidaridad internacional. La que guerrea contra nosotros es la Inglaterra de la Bolsa, la Inglaterra vil y deshonorada. La Inglaterra laboriosa y activa, el pueblo inglés, está con nosotros.” (Orden del día núm. 159, de 24 de octubre de 1919.)

Para nosotros los problemas de la guerra iban íntimamente asociados a los problemas de educación socialista. Las ideas que se graban a fuego en la conciencia, ya no se borran de ella nunca.

En los dramas de Shakespeare, lo trágico alterna con lo cómico, por la misma razón que hace que en la vida humana lo grandioso se dé la mano con lo mezquino y lo banal.

Zinovief, que mientras ocurrían todas estas cosas había tenido tiempo ya a levantarse del sofá y trepar hasta el segundo, o tercer cielo, me entregó, en nombre de la Internacional comunista, el documento siguiente:

“Evitar que Petrogrado, la capital roja, caiga en manos del enemigo es prestar un servicio inapreciable al proletariado mundial, y por consiguiente, a la Internacional comunista. En la defensa de Petrogrado, le corresponde a usted, querido camarada Trotsky-todo el mundo lo sabe-, el primer lugar. En nombre del Comité ejecutivo de la Internacional comunista, entrego a usted las banderas, rogándole que las destine a los destacamentos que más se hayan distinguido entre los de ese glorioso Ejército rojo, conducido por usted.

“El Presidente del Comité ejecutivo de la Internacional comunista G. Zinovief.”

Documentos parecidos a éste me enviaron también el Soviet de Petrogrado, los sindicatos y otras organizaciones. Las banderas las entregué a los regimientos. Los memoriales los guardaron los secretarios en el archivo, de donde, pasado bastante tiempo, desaparecieron, cuando ya Zinovief había cambiado de tono de voz y de estribillo. Ahora, a la vuelta de los años, hasta para mi propio recuerdo es difícil evocar aquella tempestad de entusiasmo que desencadenó la victoria de Petrogrado. Con ella coincidió el comienzo de una serie de éxitos que habían de ser decisivos en el frente Sur. La revolución volvía a alzar la frente. A los ojos de Lenin, la victoria conseguida sobre Judenitch adquiriría mucho mayor relieve, ya que a mediados de octubre él la tenía por imposible. El "Buro Político" acordó concederme la condecoración de la Bandera roja por la defensa de Petrogrado. Este acuerdo me ponía en un apriete. Lo había pensado mucho antes de decidirme a implantar una condecoración revolucionaria, cuando casi acabamos de abolir las del antiguo régimen. Para mí, aquello no podía ser más que una especie de estimulante que coadyuvase a levantar los ánimos de los que no se sintiesen bastante acuciados por su conciencia revolucionaria del deber. Lenin aprobó mi pensamiento y fué creada la condecoración de la Bandera roja. Esta distinción honorífica se concedía, a lo menos en aquellos años, por los servicios directos de guerra prestados en la línea de fuego. Y he aquí que de pronto me veía yo mismo condecorado. Era evidente que no podía rechazar el honor sin descalificar con ello la insignia que yo misma adjudicara tantas veces. No me quedaba, pues, más camino que someterme al acuerdo.

En relación con esto recuerdo otro episodio que, hasta pasados algunos años, no llegué a comprender en su verdadera significación. Al final de aquella sesión del "Buro Político", Kamenev propuso, no sin dar muestras de

cierta perplejidad, que se condecorase también a Stalin.

-¿Y por qué?-hubo de preguntar, con tono de sincera indignación, Kalinin-. ¿Condecorar a Stalin? ¿Por qué? ¡No alcanzo a comprenderlo!

Le tranquilizaron con no sé qué broma, y se tomó el acuerdo que Kamenev proponía. Durante el descanso, Bujarin vino corriendo a donde estaba Kalinin y le dijo:

-¿No acabarás de enterarte? La idea ha salido de Ilitch, pues sabe que Stalin no puede vivir si le falta algo que los demás tengan. No lo perdonaría.

Lenin tenía perfecta razón, y yo se la daba para mis adentros. Me impusieron la condecoración, en medio de un ambiente de la mayor solemnidad, en el Gran Teatro, donde acudí a informar acerca de la situación de la guerra ante las instituciones directivas del Soviet, allí reunidas. Cuando, al final de la sesión, el presidente mencionó el nombre de Stalin, intenté aplaudir, pero sólo me siguieron dos o tres manos un tanto vacilantes. Por la sala atravesó un soplo frío de indiferencia, que tenía que ser doblemente sensible después de las ovaciones que habían precedido. Stalin, siempre astuto, se había guardado muy bien de acudir al teatro. Tuve una satisfacción mucho mayor el día que recompensaron a mi tren colectivamente con la condecoración de la Bandera roja. "La brigada de nuestro tren-dice la orden del día 4 de noviembre-tomó parte muy dignamente, desde el día 17 de octubre hasta el 3 de noviembre, en la heroica campaña librada por el séptimo ejército. Los camaradas Kliger, Ivanof, Sastar, murieron en el campo de batalla. Los camaradas Prede, Draudin, Purin, Tcherniavzef, Kuprievich y Tesnek fueron heridos. Los camaradas Adamson, Purin y Kiselis resultaron con heridas de poca consideración. A los demás no les cito nominalmente, pues tendría que traer aquí los nombres de todos. Los obreros de nuestro tren contribuyeron con su parte, que no fué la menor, a lograr

que aquellos combates terminasen con nuestra victoria. Un día, a los pocos meses de esto, me llamó Lenin al teléfono: -¿Ha leído usted el libro de Kirdezof?-me dijo.

El nombre no me sonaba.

-Es un blanco, uno de nuestros enemigos, que relata el ataque de Judenitch sobre Petrogrado.

Hay que advertir que Lenin leía mucho más atentamente que yo la prensa de los blancos. Al día siguiente, tornó a preguntarme:

-¿Lo ha leído usted?

-No, todavía no lo he leído?

-Si quiere, yo se lo mandaré.

No, seguramente que yo tendría- también el libro en casa. Lenin y yo recibíamos las mismas novedades, vía Berlín. -No deje usted de leer el último capítulo: es un juicio apreciativo del enemigo, en que se habla también de usted... Pero no me quedó un rato libre para leerlo. No hace mucho que- por una de esas curiosas coincidencias- este mismo libro vino a caer en mis manos en Constantinopla. Me acordé del empeño que había puesto Lenin en que leyera el último capítulo. He aquí el juicio de aquel enemigo nuestro, uno de los ministros de Judenitch, que a Lenin tanto le había interesado: "El día 16 de octubre llegó al frente de Petrogrado, a toda prisa, Trotsky, y la confusión que venía reinando en el cuartel general de los rojos cedió el puesto a su fogosa energía. Unas horas antes de caer Gatchina en nuestras manos, todavía intentaba detener el avance de las tropas blancas; pero cuando vio que no era posible, abandonó velozmente esta ciudad para organizar la defensa de Tsarskoie. No han recibido grandes refuerzos, pero reúne a toda prisa a los alumnos todos de la Escuela de Guerra de Petrogrado, moviliza a todos los hombres de la capital capaces de tomar las armas, empuja de nuevo

hacia adelante con ametralladoras (?!) a los destacamentos del ejército rojo y consigue con sus medidas enérgicas que todos los accesos de Petrogrado se fortifiquen y preparen a la defensa... Trotsky consiguió organizar en Petrogrado destacamentos de obreros de arraigadas convicciones comunistas y lanzarlos al foco central de la lucha. Según el testimonio del estado mayor de Judenitch, eran estos obreros y no (?) los destacamentos del ejército rojo los que luchaban como leones al lado de los batallones de marinos y de los alumnos de la Escuela de Guerra. Atacaban a los tanques a bayoneta calada, y mientras que filas enteras de ellos caían bajo el fuego asesino del monstruo de acero, los demás seguían tenaces en su puesto, defendiendo sus posiciones."

Nadie empujó hacia adelante a los soldados rojos con ametralladoras. Pero salvamos a Petrogrado.

OPOSICION MILITAR

El verdadero meollo del problema que se nos planteaba para organizar eficazmente el ejército rojo, estaba en encontrar la medida exacta de las relaciones entre el proletariado y la clase, campesina. En el año 23 había de lanzarse esa especie necia y mentirosa de mi "menosprecio" de los campesinos. La verdad es que desde 1918 a 1921 nadie se familiarizó tanto ni tan íntimamente como yo con el problema de los soviets del campo. El contingente principal del ejército lo formaban los campesinos y era en el ambiente del campo donde el ejército operaba. No puedo detenerme mucho en este importante problema, y me limitaré a citar dos o tres ejemplos clarísimos que ilustrarán la posición adoptada por mí ante el asunto. El día 22 de marzo de 1919 telefoneé por el hilo directo al Comité central pidiendo que recayese acuerdo acerca del nombramiento de una comisión del Comité ejecutivo central del partido, asistida de los poderes necesarios. El objetivo de esta comisión era fortificar entre los campesinos de la región del Volga la fe en el Poder central de los Soviets, acabar con los abusos locales más descarados, castigar a los representantes del Poder central, principales culpables de lo que ocurría, y reunir las quejas y los elementos de juicio necesarios para dictar los decretos que se estimasen oportunos en favor de los campesinos de situación media, necesitados de ayuda. Conviene advertir que esta conferencia telefónica la hube de celebrar con el propio Stalin, a quien expliqué en persona la importancia que estos campesinos tenían para nosotros. En el mismo año de 1919 se nombró a Kalinin, a instancia mía, presidente del Comité ejecutivo central, en atención a las relaciones que mantenía con esta clase de campesinos y a lo bien que conocía sus necesidades. Pero lo que más importa hacer notar es que ya en el mes de febrero de

1920, bajo la impresión de las observaciones recogidas acerca de la vida de los campesinos de los Urales, hube de abogar de un modo apremiante porque se decretase la transición a la nueva política económica. En el Comité central sólo pude conseguir cuatro votos contra once en apoyo de mi proposición. Por entonces, Lenin se oponía, y con gran intransigencia, a que se aboliese el régimen de tasas. Stalin, por supuesto, votó contra mí. Al año de ocurrir esto se acordó por unanimidad implantar la nueva política económica, cuando todavía flotaba en el ambiente el clamor de la sublevación de Cronstadt y creada ya una atmósfera de hostilidad amenazadora por parte del ejército. Casi todas, por no decir que todas, las cuestiones y dificultades de principio que había de plantear en los años siguientes la reconstrucción del país por los Soviets, se nos presentaron a nosotros antes que a nadie en el terreno militar, y de un modo bastante compacto, a decir verdad. En ningún ejército, sea o no rojo, caben aplazamientos ni dilaciones. Los errores traducíanse en una sanción inmediata. La oposición que provocasen los acuerdos o las órdenes vigentes había que pulsarla sobre el terreno, en plena acción. De aquí la línea lógica que, en términos generales, siguió la organización del ejército rojo y el que no pudiéramos andar experimentando y ensayando con arreglo a diversos sistemas. Si hubiéramos dispuesto de más tiempo para emplearlo en razonamientos y disquisiciones, seguramente que hubiéramos cometido muchos más errores y desaciertos todavía.

Sin embargo, no puede negarse que en el seno del partido surgieron luchas intestinas; luchas que, en ciertos momentos, tomaron un cariz bastante duro. Pero no podía ser de otro modo. Teníamos que afrontar problemas demasiado nuevos para nosotros y preñados de dificultades. El antiguo ejército andaba todavía disperso por el país,

sembrando por todas partes el odio contra la guerra, al tiempo que nosotros nos veíamos forzados por las circunstancias a levantar nuevos regimientos. A los oficiales zaristas se les arrojaba del servicio, y, no pocas veces, se les arreglaban las cuentas despiadadamente. Y mientras esto ocurría, nosotros no teníamos más remedio que valerlos de ellos como instructores para la formación del nuevo ejército. Los comités creados en el ejército antiguo habían surgido como un fruto de la propia revolución, a lo menos en su primera etapa. En los nuevos regimientos no podíamos tolerar que existiesen Comités, pues éstos eran ya un principio de desorganización. Y aun no se habían disipado las maldiciones lanzadas sobre la vieja disciplina, cuando nos veíamos obligados a implantar otra nueva. Del sistema del voluntariado hubo que pasar, con una brusca transición, al sistema de la recluta forzosa y del régimen de las facciones de parciales a una organización militar regular y disciplinada. Hubimos de sostener, día tras día, una campaña que requería una enorme tenacidad, intransigencia y, a veces, hasta un poco de crueldad. Aquel régimen caótico de las partidas era el fiel reflejo de la base campesina sobre la que se erigía la revolución. Luchar contra él era, por tanto, luchar por un sistema de Estado proletario contra todos aquellos elementos anarquistas y pequeñoburgueses que lo minaban. Sin embargo, los métodos y los hábitos del partidismo y de la facción encontraban eco y acogida en las filas de nuestro propio partido.

Ya en los primeros meses de la organización del ejército rojo, empezó a dibujarse en los asuntos militares una campaña de oposición. La base principal de esta campaña era la defensa del sistema electoral, la protesta contra la colaboración de especialistas y técnicos militares, contra la implantación de una disciplina férrea, contra la

centralización del ejército y otras medidas por el estilo. Los elementos de la oposición buscaron una fórmula teórica de generalidad para envolver sus pretensiones y dijeron que el ejército centralizado era la expresión del Estado imperialista. Según ellos, la revolución tenía que hacer cruz y raya, no sólo de la guerra de posiciones, sino también del ejército centralizado. La revolución-decían-tiene que confiarse por entero a la movilidad, a los ataques rápidos y audaces, a la rapidez en los movimientos. Su mejor instrumento eran-siempre a juicio de la oposición-los pequeños destacamentos en que entrasen todas las armas combinadas y que operasen por su cuenta, sin sujeción al mando central, aprovechándose de las simpatías de la población, lanzándose de improviso sobre el blanco del enemigo, etc., etc. En una palabra, se proclamaba como método táctico de la revolución la táctica de la guerra de guerrillas. Todo esto no eran más que principios abstractos, que en sustancia se reducían a idealizar nuestra falta de poderío. Pronto las serias enseñanzas de la guerra civil se encargaron de refutar estos prejuicios. La dura experiencia de la lucha demostró en seguida, y bien a las claras, las grandes, ventajas que tienen una organización y una estrategia centralizadas sobre todas las improvisaciones locales y toda casta de separatismos y federalismos en la milicia.

Al servicio del ejército rojo estaban varios miles-cada vez más-de oficiales sacados de los cuadros de las antiguas formaciones. Muchos de estos oficiales, no hacía más de dos años que-según su propia confesión-tenían a los liberales más moderados por los más terribles revolucionarios, y a los bolcheviques no digamos: éstos eran ya, para ellos, magnitudes de la cuarta dimensión.

“Verdaderamente-hube de escribir por entonces, saliendo al paso de aquella campaña de la oposición-,

abrigaríamos una opinión bastante pobre de nosotros y de nuestro partido, de la fortaleza moral de nuestra idea y del poder de atracción de nuestra moral revolucionaria, si no creyéramos, sí no nos fuera lícito creer en la posibilidad de traer a nuestro campo a varios miles de técnicos, militares y no militares." Y, en efecto, lo conseguimos, al fin y al cabo, aunque nos costase no pocas dificultades y conflictos.

Los comunistas no se adaptaban fácilmente a los trabajos militares. Había que proceder a una selección y a un proceso educativo. Ya antes de lo de Kazán, en agosto del año 18, telegrafíé a Lenin: "No mandar más que aquellos comunistas que sean capaces de sumisión, que estén dispuestos a pasar privaciones y resueltos incluso a morir. Agitadores de, poca monta, no nos hacen falta aquí." Al año de esto, encontrándome en Ucrania, donde reinaba una anarquía bastante grande en las filas del partido, dije, en una orden del día que di para el 14.º ejército: "Advierto que el comunista que venga a las filas del ejército como delegado del partido tendrá los mismos derechos y deberes que tienen los demás soldados del ejército rojo y será uno de tantos. Pero los comunistas que falten a sus deberes revolucionarios en la guerra o se hagan reos de algún delito contra sus banderas, recibirán doble castigo, pues lo que a hombres incultos puede serles, acaso, perdonado no es digno de perdón cuando se trata de afiliados al partido, que, por serlo, figuran a la cabeza de la clase trabajadora del mundo entero." Se comprende que, en estas condiciones, no faltasen conflictos y que abundasen los descontentos. En las filas de la oposición militar formaba, por ejemplo, Piatakof, actual director del "Banco de Estado". Era un hombre dispuesto a engancharse siempre a cualquier oposición que surgiese... para acabar rindiéndose al servicio de la burocracia. Hace unos tres o cuatro años, cuando Piatakof pertenecía todavía conmigo a uno de esos

grupos heterodoxos que tanto le gustaban, dije medio en broma, y la broma resultó una profecía, que Piatakof, si por acaso en Rusia se diera un golpe bonapartista, al día siguiente cogería su cartera y sus papeles y se iría tranquilamente a la oficina. Ahora, puedo añadir, ya en serio, que si aún no lo ha hecho, no es precisamente por su culpa, sino por falta del Bonaparte. Piatakof gozaba en Ucrania de gran predicamento, y no en balde, pues se trata, en realidad, de un marxista bastante formado, sobre todo en asuntos económicos, y de un buen administrador-esto no puede negarse-, dotado de una voluntad bastante recia. En los primeros años, poseía, además de estas virtudes, la energía de un revolucionario, pero ésta se tomó rápidamente en el conservadurismo burocrático que hoy le caracteriza. Lo primero que hice para combatir sus ideas medio anarquistas en punto a la organización del ejército, fué confiarle desde el primer momento un puesto de responsabilidad, en que no tuviera más remedio que pasar de la palabra al hecho. Este recurso, que no tiene nada de nuevo, es, en muchos casos, infalible. Pronto su buen sentido administrativo le hizo comprender que había que resignarse a aplicar aquellos métodos contra los que de palabra tanto batallaba. Metamorfosis de estas hubo muchas. Los mejores elementos de la oposición militar se abrazaron en seguida al trabajo. A los más intransigentes les invité a que organizaran un regimiento con arreglo a sus principios, prometiéndoles facilitarles los recursos necesarios para sostenerlo. No hubo más que un grupo, en el Volga, que aceptase el reto, pero el regimiento que pusieron en pie no se diferenciaba absolutamente en nada de los demás. El ejército rojo venció en todos los frentes y, poco a poco, la oposición fué reduciéndose a la nada.

En el capítulo del ejército rojo y de la oposición militar merece lugar aparte Tsaritsin, donde los organizadores

militares se agruparon en torno a Woroshilof. A la cabeza de casi todos los destacamentos revolucionarios de esta zona estaban antiguos suboficiales procedentes de las aldeas del Cáucaso Norte. La profunda rivalidad que existía entre los campesinos y los cosacos daba una crueldad especial a la guerra civil en las estepas del Sur; apenas había aldea en que esta crueldad no anidase, conduciendo al exterminio de familias enteras. Aquello era una verdadera guerra de campesinos, que tenía sus raíces en lo más hondo de los antagonismos locales y que superaba en exasperación a los combates revolucionarios que se libraban en el resto del país. De esta guerra surgieron multitud de enérgicas facciones, que en los encuentros de carácter local se portaban magníficamente, pero, en cambio, solían fallar cuando queríamos destinarlas a operaciones de mayor monta. La biografía de Woroshilof da buena idea de lo que es la vida de un proletario que abraza la causa de la revolución. Woroshilof capitaneó huelgas, se dedicó a la propaganda secreta, sufrió cárceles y destierros. Pero, como tantos otros de los que hoy están al frente del Gobierno, este hombre no era, en realidad, más que un demócrata revolucionario de corte nacionalista. Así se hubo de demostrar palmariamente, primero en la guerra imperialista y luego en la revolución de Febrero. En la biografía oficial de Woroshilof hay una laguna que abarca los años de 1914 a 1917; la misma con que nos encontramos en la: vida. de casi todos los caudillos de la hora presente. El secreto de esta laguna está en que la mayoría de ellos se sintieron durante la guerra fervientes patriotas y volvieron la espalda a la revolución. Al sobrevenir el movimiento de Febrero, Woroshilof apoyó desde la izquierda el Gabinete de Gutchkof y Miliukof, ni más ni menos que Stalin. Sus ideas eran las de unos demócratas radicales revolucionarios; nada más lejos de ellos que el internacionalismo. Casi podría uno asegurar

como axiomático que aquellos bolcheviques que durante la guerra, se sintieron patriotas, y demócratas después de la revolución de Febrero, son los que comulgan hoy en el socialismo nacionalista de Stalin. Woroshilof no había de ser, naturalmente, una excepción a esta regla.

Woroshilof, aunque era un obrero de Lugansk-de una clase de obreros privilegiados-, tenía, por sus hábitos y por sus gustos, más traza de pequeño rentista que de proletario. Después de la revolución de Octubre convirtiese, como era lógico, en el eje de la campaña de oposición que libraban los suboficiales de Tsaritsin y las facciones contra la organización de un ejército centralizado que requería, naturalmente, conocimientos militares y un horizonte mental más amplio. Y así surgió el movimiento de oposición de aquella zona.

Entre los que rodeaban a Woroshilof se hablaba con un odio que no se molestaban en recatar de los especialistas, de los militares de academia del alto mando y de Moscú. Pero como aquellos caudillos de facción no disponían del menor conocimiento en cosas de milicia, no tenían más remedio que llevar al lado, para que los asesorase, a un "especialista"; con la diferencia de que el suyo solía ser de la peor especie, se aferraba a su puestecito y lo defendía desesperadamente contra otros más capaces y mejor informados. Aquellos caudillos guerreros de Tsaritsin no se comportaban con las autoridades soviéticas del frente mucho mejor que contra el enemigo. Todas sus relaciones con Moscú se reducían a constantes peticiones de material de guerra. Entre nosotros, todo escaseaba. La producción de las fábricas iba aún caliente, a manos del soldado. Ningún frente consumía tantos fusiles y tantos cartuchos como el de Tsaritsin. La primera vez que no se pudo atender a un pedido, los de Tsaritsin pusieron el grito en el cielo, diciendo que en Moscú los traicionábamos. En Moscú

tenían destacado a un representante especial, el marinero Shivodier, sin otra misión que sacar todo lo que pudiese de armas, municiones y vituallas para aquel ejército. Cuando nos vimos obligados a apretar un poco más las mallas de la disciplina, este marinero se pasó a los bandidos. Algún tiempo después, creo que lo cogieron y lo fusilaron.

Stalin pasó algunos meses en Tsaritsin y empalmó a la tosca campaña de oposición de Woroshilof y de sus parciales la intriga que venía tejiendo contra mí entre bastidores, y que ya por aquel entonces consumía una buena parte de su actividad. Pero procurando siempre tener cubierta la retirada, para dar el salto atrás cuando le conviniese. Del mando central y del alto mando del frente estaban llegando constantemente quejas sobre los de Tsaritsin. Allí-decían-era imposible conseguir que se ejecutase una orden, no había modo de saber lo que pasaba, ni se molestaban siquiera en contestar a las preguntas que se les hacían. Lenin estaba muy preocupado, esperando a ver en qué paraba aquel conflicto. Conocía a Stalin mejor que yo y sospechaba, evidentemente, que detrás de aquella insubordinación estaba su mano tirando de los hilos. La situación iba haciéndose insostenible y decidí ponerle fin. Tan pronto como se produjo un nuevo choque del mando con la facción pedí la destitución de Stalin. Esta orden se cursó por medio de Sverdlof, que salió en persona para Tsaritsin en un tren especial, con instrucciones para que recogiese a Stalin y se lo trajese con él. Lenin procuraba, y hacía bien, amortiguar en todo lo posible el conflicto. Yo no me había torturado nunca gran cosa pensando en Stalin. En el año 17 había cruzado por delante de mí como una sombra huidiza. Arrastrado por la pasión de la lucha, ni siquiera me di cuenta de que existía. Lo que me preocupaba era el ejército de Tsaritsin. Necesitaba en el frente Sur un flanco izquierdo en el que se pudiese confiar, y salí para

Tsaritsin dispuesto a conseguir por todos los medios lo que buscaba. En el camino, me encontré con Sverdlof. Este, muy cautelosamente, se informó acerca de mis intenciones, y cuando las supo me invitó a que hablase con Stalin, que iba allí precisamente, en su vagón, de regreso.

-¿Va usted, realmente, a echarlos a todos? me preguntó Stalin, con un tono de voz rebuscadamente humilde-.

Son buenos muchachos...

-Sí -le contesté-, pero esos "buenos muchachos" acabarán por estrangular la revolución, que no puede esperar a que les salga la muela del juicio. Todo lo que yo pretendo es que Tsaritsin se incorpore a la República de los Soviets.

Unas horas después tenía delante de mí a Woroshilof. En el cuartel general de Tsaritsin reinaba gran excitación. Se había corrido el rumor de que iba a llegar yo provisto de una gran escolta y de que llevaba conmigo dos docenas de generales zaristas, para sustituir con ellos a los cabecillas de la facción. A estos cabecillas que, dicho sea de paso, me presentaron rebautizados de generales, unos de regimiento, otros de brigada y otros de división. Pregunté a Woroshilof en qué actitud estaba respecto a las órdenes procedentes del frente y del mando supremo. Fué sincero, y me dijo que Tsaritsin no se creía obligado a ejecutar más órdenes que aquellas que estimaba justas. Esto, era ya demasiado. Le hice saber que si no se obligaba, de un modo taxativo y sin condiciones, a ejecutar las órdenes y acciones de guerra que se le encomendasen, le mandaría inmediatamente a Moscú con una escolta para que un consejo de guerra juzgase su conducta. No necesité destituir a nadie, pues todo el mundo me aseguró formalmente, que se sometería. La mayoría de los comunistas incorporados al ejército de Tsaritsin me secundaron, pero no por miedo, sino por convicción. Revisté todos los destacamentos de tropa y procuré estar afectuoso con los de la facción, entre los que

había muchos excelentes soldados, necesitados únicamente de quien los supiese mandar. Tales fueron los resultados con los que volví a Moscú. En toda la tramitación de este asunto no me dejé llevar por un asomo de parcialidad ni de animadversión personal contra nadie. Créome autorizado para decir que en mi actuación política las consideraciones personales no han desempeñado nunca ningún papel. Pero en aquella lucha gigantesca que estábamos sosteniendo era demasiado lo que teníamos que ganar o perder, para que me anduviese con contemplaciones. Y muchas veces, casi a cada paso, sin darme cuenta, tenía que pisar a éste o aquél en los ojos de gallo de sus prejuicios personales, de sus amistades o de su amor propio. Stalin iba detrás, reuniendo cuidadosamente todos los ojos de gallo doloridos, pues disponía del tiempo y del interés necesarios para tal empresa. Desde aquellas jornadas, los caudillos de Tsaritsin fueron otros tantos instrumentos en manos de él. Tan pronto como Lenin se puso enfermo, Stalin consiguió, por mediación de sus compinches, que Tsaritsin cambiase de nombre, pasando a llamarse Stalingrado. La masa de la población no tiene ni la más remota idea de lo que el nuevo nombre significa. Y si hoy Woroshilof forma parte del "Buró político", será seguramente-no veo otra razón que lo explique-porque, en el año 18, le obligué a someterse al Poder central, so pena de mandarle a Moscú escoltado.

El día 4 de octubre de 1918 comuniqué a Sverdlof y a Lenin lo siguiente, por el hilo directo, desde Tambof:

"Insisto categóricamente en la necesidad de destituir a Stalin. El frente de Tsaritsin sigue inseguro, a pesar de su superioridad de fuerzas. A él (a Woroshilof) le dejo de General en jefe del décimo ejército (era el de Tsaritsin) bajo la condición de que se someta a las órdenes del alto mando del frente Sur. Hasta hoy, los de Tsaritsin no han enviado a Koslof un solo comunicado respecto a sus

operaciones. Les he dado orden de que comuniquen dos veces al día los movimientos de sus tropas y los resultados del servicio de espionaje. Si mañana no tengo noticias, entregaré a Woroshilof a un consejo de guerra y lo haré saber así en la orden del día que dé a las tropas. Tenemos que aprovechar para el ataque el poco tiempo que queda hasta los temporales de lluvias de otoño que cierran todos los caminos, lo mismo a caballo que a pie. Para negociaciones diplomáticas no disponemos ahora de vagar.” Stalin fué destituido. Lenin sabía sobradamente que yo no me dejaba guiar más que por consideraciones objetivas. Claro está que, aun comprendiéndolo así, se preocupaba también de aminorar en lo posible el conflicto y amortiguar las desavenencias.

El día 23 de octubre, me dirigía a Balashof las líneas siguientes:

”Hoy ha llegado Stalin con la noticia de tres grandes victorias, conseguidas por nuestras tropas cerca de Tsaritsin (aquellas “victorias” no tenían, en realidad, más que una importancia meramente episódica, L. T.). He convencido a Woroshilof y a Minin, a quienes tiene por colaboradores muy valiosos e insustituibles, de que no se vayan, sino que se sometan a las órdenes del mando central; el único motivo que tienen de descontento es, según lo que él me ha dicho, el que no se les mandan, o lo mucho que tardan en llegar, los cartuchos y granadas, lo cual puede ser la ruina de aquel ejército caucásico, compuesto por doscientos mil hombres y en excelente disposición. (Este ejército faccioso se desmoronó al primer ataque y resultó ser completamente inepto para la lucha. L. T.).” Stalin desearía poder trabajar en el frente Sur... pues confía en que sobre el trabajo podrá demostrar la exactitud de sus opiniones... Al comunicar a usted todas estas declaraciones de Stalin, le ruego que medite

acerca de ellas y me conteste, primero, si está dispuesto a tener una entrevista personal con él, para lo cual se encargaría de buscarle; y segundo, si usted cree posible eliminar, bajo determinadas condiciones concretas, los antiguos rozamientos y organizar la labor en común, cosa que él & sea vivamente. Por lo que a mí respecta, entiendo que es necesario encontrar aplicación a todos los elementos y llegar a una colaboración con Stalin. Lenin.”

Me mostré dispuesto en un todo a aceptar esta fórmula, y Stalin fué designado para ocupar un puesto en el Consejo revolucionario de Guerra del frente Sur. Pero la transacción no dió ningún resultado. En Tsaritsin las cosas seguían estancadas, como antes. El día 14 de diciembre telegrafíé a Lenin desde Kursk:

“Es imposible seguir manteniendo a Woroshilof en su puesto, cuando por él se han malogrado todos los intentos para llegar a una avenencia. Urge enviar a Tsaritsin un nuevo Consejo revolucionario de Guerra con un nuevo general en jefe. Woroshilof ha sido enviado a Ucrania.” Esta proposición fué aceptada sin resistencia. Mas tampoco en Ucrania marchaban las cosas mejor. La anarquía allí reinante dificultaba ya no poco, de suyo, las operaciones militares ordenadas. La oposición desarrollada por Woroshilof, a cuya espalda maniobraba como siempre Stalin, imposibilitaba toda labor.

El día 10 de enero, hube de comunicar desde la estación de Griasi con Sverdlof, presidente por entonces del Comité ejecutivo central, para decirle: “Declaro categóricamente que el grupo de Tsaritsin, causante de la ruina total de aquel ejército, no puede seguir siendo tolerado en Ucrania... El grupo de Stalin, Woroshilof a. Co. equivale a la aniquilación de todos nuestros esfuerzos. Trotsky.”

Lenin y Sverdlof, que seguían a distancia los manejos de los de Tsaritsin, esforzándose todavía por llegar a una

solución amistosa. Desgraciadamente, no conservo entre mis papeles su telegrama. Con fecha de II de enero, contesté a Lenin: "Es necesario, indudablemente, llegar a una transacción, pero siempre que no sea simulada. La verdad es que todos los de Tsaritsin han ido a concentrarse a Kharkof... Considero el trato de favor que Stalin da a estas gentes y tendencias como un tumor muy peligroso, peor que cualquier traición de los especialistas militares... Trotsky."

"Una transacción, pero siempre que no sea simulada." Lenin había de repetirme esta frase casi a la letra, y referida al propio Stalin, a la vuelta de cuatro años. Estaba a punto de celebrarse el 12.º congreso del partido. Lenin preparaba un ataque que había de aniquilar al grupo stalinista. Inició la acometida en el terreno de la cuestión nacional. Como yo sugiriera una transacción, Lenin me dijo:

-Ya verá usted cómo Stalin simula aceptar la transacción, para luego faltar a ella.

En marzo de 1919, en una carta dirigida al Comité central, hube de replicar en los términos siguientes a Zinovief, que andaba flirteando equívocamente con la oposición militar: "A mí no me interesa analizar mediante investigaciones de psicología individual a qué grupo de la oposición militar pertenece Woroshilof; me interesa tan sólo hacer constar que lo único de que puedo acusarme para con él es de haber perdido ya demasiado tiempo, dos o tres meses, en negociaciones, amonestaciones y todo género de combinaciones personales, para llegar a un resultado, cuando el interés de la causa exigía una resolución rápida y firme. Pues de lo que se trataba, en rigor, respecto al décimo ejército, no era tanto de convencer a Woroshilof como de conseguir rápidamente un resultado militar."

El día 30 de mayo le piden a Lenin desde Kharkof, apremiantemente, que se forme un grupo especial dentro

de aquel ejército, bajo el mando de Woroshilof. Lenin me transmite la petición por el hilo directo a la estación de Kantemirovka. Con fecha de 1.º de junio, le contesto: "La propuesta de algunos ucranianos de poner el 2.º, el 13.º y el 8.º ejército bajo el mando de Woroshilof, es completamente inaceptable. Para operar contra Denikin, no es una unidad concentrada en la cuenca del Dónez la que nos hace falta, sino un conjunto... La idea de una dictadura guerrera y de aprovisionamiento ejercida por Woroshilof en Ucrania, es el fruto de las tendencias autonomistas de la cuenca del Dónez, enderezadas contra Kíef (es decir, contra el Gobierno ucraniano) y contra el frente Sur... A mí no me cabe duda de que la realización de este plan contribuiría a aumentar el caos y asestaría un golpe de muerte a la dirección de las operaciones. Ruego que se exija a Woroshilof y a Meshlaouk que cumplan en todas sus partes con el cometido que se les ha designado... Trotsky."

El 1.º de junio, Lenin telegrafaba a Woroshilof: "Es necesario suspender a toda costa los mítines y encauzar todas las energías a los objetivos de la guerra; conviene que se abstengan ustedes de todo género de proyectos y especulaciones sobre formación de grupos autónomos y de toda tentativa para reconstruir de una manera encubierta el frente ucraniano... Lenin." Lenin, que estaba convencido ya, por experiencia, de lo difícil que era meter en cintura a todos aquellos que laboraban por la indisciplina y el separatismo, convocó aquel mismo día una sesión del "Buró Político" e hizo que recayese el siguiente acuerdo, comunicado inmediatamente a Woroshilof y demás personas interesadas: "Reunido el "Buró Político" del Comité central con fecha 1.º de junio, acuerda, coincidiendo en un todo con Trotsky, rechazar resueltamente el plan que proponen los ucranianos respecto a la formación de una unidad autónoma en la cuenca del

Donez. Exigimos que Woroshilof y Meshlaouk cumplan con sus deberes inmediatos... En otro caso, Trotsky les mandará a llamar a Isium, donde adoptará las medidas que estime oportunas. Por encargo del Buró del Comité central, Lenin." Al día siguiente, el Comité central hubo de deliberar acerca de la hazaña realizada por el General en jefe Woroshilof, que habiéndose adueñado por la fuerza de la mayor parte del material de guerra tomado al enemigo, lo puso, por sí y ante sí, a disposición de su propio ejército. He aquí el acuerdo tomado por el Comité central: "El camarada Rakovsky queda encargado de informar telegráficamente de ello al camarada Trotsky, que se encuentra en Isium, rogándole que adopte las más enérgicas medidas para que ese material sea entregado sin demora al -Consejo revolucionario de Guerra de la República." Aquel mismo día, Lenin comunicó conmigo por el hilo directo para decirme: "Dibenko y Woroshilof hacen desaparecer el material de guerra. Completo caos. A la cuenca del Donez no se le presta ningún socorro serio. Lenin." Es decir, que en Ucrania se venía a repetir la misma historia de Tsaritsin. Nada tiene de extraño que mi actuación militar me valiese muchos enemigos. Yo no me andaba con contemplaciones, empujaba con el codo y quitaba de en medio a todos los que estorbaban para el avance militar y, acuciado por las prisas, pisaba en los callos a los mirones, sin que me quedase tiempo para pedirles perdón. Hay gente que no olvida estas cosas. Los descontentos y los humillados se iban a llorar sus cuitas a Stalin o a Zinovief, que también se sentían ofendidos por mí. Cuando sobrevenía cualquier revés en el frente, Lenin veíase acosado por los descontentos. Stalin era, ya entonces, el encargado de dirigir estas maquinaciones detrás del telón. Llovían quejas sobre la torpe política seguida en los asuntos de guerra, sobre la protección dispensada por mí a los especialistas, sobre el

régimen de crueldades a que sometía a los comunistas, etc., etc. Aquellos generales postergados y aquellos mariscales rojos que no habían llegado a lograrse, enviabais informe tras informe acerca de lo ruinosos que eran los planes estratégicos del alto mando, acerca de la política de sabotaje seguida por éste y muchas cosas más por el estilo.

Lenin estaba demasiado absorbido por los problemas de dirección, para poder hacer viajes a los frentes y ahondar en la labor diaria del departamento de Guerra. Yo me pasaba en el frente la mayor parte del tiempo, y eso facilitaba la tarea a los intrigantes y soplones. Era natural que sus clamores insistentes despertasen de vez en cuando cierto desasosiego en Lenin. Siempre que venía a Moscú, encontraba diversas dudas y preguntas remansadas en él. Pero nos bastaba media hora de conversación, para restablecer la inteligencia mutua y la absoluta solidaridad. En los días de nuestros fracasos en el frente oriental, cuando Kolchak se avecinaba al Volga, Lenin, durante la sesión del Consejo de Comisarios del pueblo, a la que yo había ido directamente desde el tren, me pasó esta esquela: "¿No le parece a usted, acaso, que debiéramos prescindir de todos los especialistas, sin excepción, y poner a Laskhevich de General en jefe al frente de todos los ejércitos?" Laskhevich era un viejo bolchevique, que en la guerra "alemana" había alcanzado el grado de suboficial. Le contesté en el mismo pedazo de papel: "¡Dejémonos de tonterías!" Lenin, al leer aquello, me miró con sus ojos astutos, de abajo arriba, con un gesto especial y muy expresivo, como si quisiera decirme: ¡Qué duramente me trata usted! En realidad, Lenin gustaba de estas contestaciones bruscas que no dejan lugar a duda. Al terminar la sesión, nos reunimos. Lenin me pidió noticias del frente.

-Me preguntaba usted si no convendría que separásemos a todos los antiguos oficiales. ¿Sabe usted cuántos sirven al presente en nuestro ejército?

- No, no lo sé.
- ¿Cuántos, aproximadamente, calcula usted?
- No tengo idea.
- Pues no bajarán de treinta mil.

Por cada traidor habrá cien personas seguras y por cada tráfuga dos o tres caídos en el campo de batalla. ¿Por quién quiere usted que los sustituyamos? A los pocos días, Lenin pronunciaba un discurso acerca de los problemas que planteaba la reconstrucción socialista del Estado, en el que dijo, entre otras cosas, lo siguiente: "Cuando hace poco tiempo el camarada Trotsky hubo de decirme, concisamente, que el número de oficiales que servían en el departamento de Guerra ascendía a varias docenas de millares, comprendí, de un modo concreto, dónde está el secreto de poner al servicio de nuestra causa al enemigo... y cómo es necesario construir el comunismo utilizando los propios ladrillos que el capitalismo tenía preparados contra nosotros."

En el Congreso del partido, que se celebró por aquellos mismos días, aproximadamente, Lenin-ausente yo en el frente de batalla-hizo una calurosa defensa de mi política de guerra contra las críticas de la oposición. Esa es la razón de que hasta hoy no se hayan hecho públicas las actas de la sesión militar del octavo Congreso del partido.

Un día, se me presentó en el frente Sur Menchinsky, a quien conocía da antiguo. En la época de la reacción, pertenecía al grupo de la ultraizquierda o los "adelantistas", como los llamaban por la revista Adelante (Wperiod) que publicaban. De este grupo, formaban parte Bogdanof, Lunatcharsky y otros. Menchinsky, propendía más bien hacia el sindicalismo francés. Los adelantistas habían fundado en Bolonia, hacia el año 1910, una escuela marxista para diez o quince obreros salidos clandestinamente de Rusia. En esta escuela expliqué yo, durante unas dos semanas, un curso de prensa y dirigí varias discusiones acerca de

problemas , de táctica de partido. Fué allí donde conocí a Menchinsky que acababa de llegar de París. La impresión que me produjo queda fielmente reflejada si digo que no me produjo impresión ninguna. Aquel hombre me pareció la sombra de otro hombre no realizado o el boceto de un retrato que no se llegara a pintar. Se dan casos de estos. Sólo alguna que otra vez la sonrisa aduladora y el juego de ojos atestiguaban que aquel hombre estaba devorado por el deseo de salir de su propia insignificancia. No sé cómo se comportaría durante la revolución, ni si se comportó de algún modo. Cuando los revolucionarios se adueñaron del Poder, le mandaron a toda prisa al Ministerio de Hacienda, donde no demostró actividad alguna, o si la demostró, fué para revelar con ella su incapacidad. Más tarde, le llevó a su lado Dserchinsky. Dserchinsky era un hombre de voluntad, de pasiones y de una gran energía moral, cuya figura cubría la Cheka. Menchinsky, sentado en un tranquilo rincón con sus papeles, pasaba desapercibido para todo el mundo. Hasta que Dserchinsky riñó con su sustituto Unchlicht-la desavenencia ocurrió ya en la última época-y, no encontrando a mano persona más apropiada, propuso que se nombrase a Menchinsky para ocupar su puesto. Todo el mundo se alzó de hombros, al oír el nombre. -¿A quién, si no?- dijo Dserchinsky, justificándose-. ¡No hay otro! Stalin, que gusta de proteger siempre a personas que sólo puedan vivir políticamente de la misericordia de la Administración, aprobó la candidatura de Menchinsky. Este fué, desde entonces, el mandadero fiel de Stalin en la GPU., y al morir su jefe, no sólo ascendió a la presidencia de la organización de policía, si no que pasó a formar parte del Comité central. Por donde se ve que, proyectada sobre la pantalla burocrática, la sombra de un hombre no realizado puede pasar a veces por un hombre de verdad.

Hace diez años, Menchinsky se esforzaba todavía por acompañar sus movimientos a los míos. Se me presentó

en el tren a informarme de la marcha de los asuntos en ciertos sectores del frente. Cuando hubo dado fin a la parte oficial de su visita, se quedó vacilante, pisando ora, sobre un pie, ora sobre el otro, asomando esa sonrisa cortesana que provoca a la par preocupación y duda. Al cabo, rompió a hablar para preguntarme si sabía que Stalin estaba trabando contra mí una vasta intriga.

-¿Qué?- le interrumpí sin entender, pues tales ideas o conjeturas, estaban entonces muy lejos de mi pensamiento.

-Sí, pretende persuadir a Lenin y a otros de que usted está agrupando en tomo suyo a una serie de gente para utilizarla de un modo especial contra Lenin.

-¡Usted no está bueno de la cabeza, Menchinsky! Le ruego que se vaya usted a dormir, a ver si aleja esas quimeras, pues no quiero seguir hablando de esto.

Y el hombre se retiró con la cabeza gacha y tosiqueando. Presumo que aquel mismo día se pondría a buscar otro eje alrededor del cual pudiera girar más a gusto.

Pero a las pocas horas de estar trabajando, sentí que me invadía cierto desasosiego. Aquellas palabras insinuantes y oscuras habían dejado en mí un rastro de inquietud, como si comiendo hubiera tragado un cristal. Empecé a recordar ciertas cosas, a confrontarlas y analizarlas. Stalin empezaba a cobrar a mis ojos un aspecto nuevo. Recuerdo que, pasados algunos años, había de decirme Krestinsky, hablando de él: "Es un hombre malo, de ojos amarillos."

Esta amarillez moral de Stalin se reveló por vez primera a mi conciencia después de recibir la visita de Menchinsky. Poco después, fuí a Moscú y, siguiendo mi costumbre, visité a Lenin antes que a nadie. Hablamos del frente. A Lenin le gustaba, extraordinariamente que le refiriesen detalles de la vida diaria. Unos cuantos hechos, unos cuantos rasgos concretos, le llevaban de la mano derechamente al meollo del asunto. No podía tolerar que se pasase por encima la vida viviente. Saltando por alto

algunos puntos, me hacía preguntas; yo le contestaba y me maravillaba de ver lo bien que ahondaba en las cosas. De vez en cuando, nos echábamos a reír los dos, pues Lenin casi siempre estaba de buen humor y yo no me tengo tampoco por hombre adusto. Para terminar, le conté la visita que me había hecho Menchinsky en el frente Sur.

-¿Es que puede contenerse en esto ni el más leve granito de verdad?

En seguida vi que Lenin se inmutaba y que la sangre le afluía a la cara.

-Esos son necedades-me contestó, pero ya con tono inseguro.

-Lo único que a mí me interesa saber-le dije-es si usted pudo abrigar ni por un solo momento una idea tan monstruosa como esa de que estoy haciendo agitación contra usted.

-¡Necedades!-contestó Lenin, esta vez con un tono de firmeza que inmediatamente me tranquilizó. Aquel día, nos separamos con gran cordialidad, como si una nubecilla sin importancia se hubiera disipado sobre nuestras cabezas. Pero yo comprendí que las palabras de Menchinsky no carecían de fundamento. Si Lenin negaba de una manera insegura era, evidentemente, porque quería evitar conflictos, disputas y duelos personales. A mí, esto me parecía también muy natural. Pero era indudable que Stalin estaba sembrando una mala simiente. Hasta mucho más tarde no supe que esa siembra era su ocupación sistemática y casi única. Este hombre no ha realizado jamás un trabajo serio. "La principal cualidad que distingue a Stalin-me dijo un día Bujarin-, es la pereza; la segunda, una envidia sin límites contra todos los que saben o pueden más que él. Hasta contra Lenin ha hecho labor de zapa..."

DIVERGENCIAS DE CRITERIO EN PUNTO A ESTRATEGIA GUERRA

No se trata de relatar en estas páginas la historia del ejército rojo, ni la de sus acciones de guerra. Estos dos temas, que ya se hallan inseparablemente unidos a la historia de la revolución y que se salen de los límites trazados a una autobiografía, serán materia de otro libro. Pero no puedo pasar por alto aquí las divergencias de criterio que surgieron en punto a la política estratégica, en el transcurso de la guerra civil. De la marcha de las operaciones guerreras dependía la suerte de la revolución. El Comité central del partido no tenía más remedio que interesarse, cada vez más de lleno, por los asuntos de la guerra, que le planteaban cuestiones de carácter estratégico. Los puestos más importantes del mando estaban ocupados por especialistas militares formados en el antiguo régimen, que carecían de la comprensión necesaria para los aspectos sociales y políticos de la cuestión. A su vez, los políticos revolucionarios más expertos, que eran los que integraban el Comité central del partido, no poseían conocimientos militares. Por consiguiente, los planes estratégicos de gran escala eran, generalmente, fruto de una colaboración entre los dos grupos, y esto daba origen, como en casos tales suele acontecer, a disparidades de criterio y a disputas. En cuatro casos principales surgieron diferencias de monta acerca de los asuntos estratégicos de que había de ocuparse el Comité central; es decir, que los principales conflictos fueron tantos como frentes importantes existían. Me limitaré a informar brevemente de estos conflictos para que el lector se imponga de lo más substancial en punto a los problemas que planteaba la dirección de la guerra, y para salir al paso, incidentalmente, a las invenciones que más tarde se propalaron a este propósito contra mí. El primer conflicto grave que había de plantearse en el

seno del Comité central surgió en el verano de 1919, provocado por la situación del frente oriental. General en jefe de este frente seguía siendo Vazetis, de quien hablé en el capítulo dedicado a Sviask. Yo esforzábame por afirmar a Vazetis en la confianza en sí mismo, en sus derechos y en su autoridad, confianza sin la cual no se puede ejercer ningún alto mando. Vazetis era de opinión que, después de conseguidos los primeros triunfos considerables sobre Koltchak, no debíamos avanzar demasiado hacia Oriente, más allá de los Urales. Su plan era que el frente oriental se mantuviese, durante el invierno, pegado a las montañas. Esto permitiría retirar de él unas cuantas divisiones y enviarlas al Sur, donde Denikin estaba siendo un peligro cada vez más grave. Yo hice mío este plan. Pero nuestros proyectos encontraron una obstinada resistencia por parte del encargado del mando del frente oriental, Kamenev, antiguo Comandante del cuartel general, y de los miembros del Consejo de Guerra Smilgas y Laskhevich, los dos viejos bolcheviques. Estos entendían que Koltchak estaba tan quebrantado, que para seguir en su persecución no hacía falta disponer de muchas fuerzas, que lo principal era no dejarle respiro, pues entonces podríamos darle tiempo a rehacerse, y nos veríamos obligados acaso a reanudar las operaciones del frente oriental en la primavera. Como se ve, todo el problema estaba en saber apreciar certeramente la situación del ejército de Koltchak y del territorio que quedaba a su retaguardia. Yo entendía, ya por entonces, que el frente Sur era el más importante y el que más peligraba. Los hechos habían de confirmar plenamente esta opinión. En cuanto a la apreciación del ejército de Koltchak, tenía razón el mando del frente oriental. El Comité central resolvió contra el alto mando y, por consiguiente, contra mí, que apoyaba el plan de Vazetis, dejándose guiar para ello de la consideración de que aquella ecuación estratégica encerraba varias incógnitas, entre las cuales

se contaba, como factor muy importante, la autoridad, demasiado nueva todavía, del encargado del alto mando. La resolución del Comité central resultó ser acertada. El frente oriental cedió al Sur una parte de sus fuerzas, sin dejar de avanzar por ello victoriosamente sobre Siberia, pisando los talones a Koltchak. Este conflicto determinó un cambio en el mando. Vazetis fué sustituido por Kamenev.

De suyo, esta diferencia tenía un carácter puramente objetivo, que no podía trascender ni en lo más mínimo a mis relaciones con Lenin. Pero la intriga se las arreglaba para ir tejiendo sus redes sobre los nudos de estas divergencias puramente episódicas de criterio. El día 4 de junio de 1919, Stalin intentó asustar a Lenin, desde el Sur, haciéndole ver lo ruinoso que era el modo cómo se llevaba la guerra.

“La cuestión-escribía-está en saber si el Comité central se atreverá a sacar las necesarias consecuencias. ¿Tendrá el Comité central el carácter y la perseverancia necesarios? El sentido de estas palabras es harto claro. Su tono demuestra que Stalin ya había formulado esta cuestión repetidas veces ante Lenin, recibiendo siempre la repulsa de éste. Por aquel entonces, yo no sabía aún nada concreto acerca de ello. Pero sospechaba una intriga viscosa detrás. Y como no tenía tiempo ni humor para desenredarla, opté por cortar el nudo y presenté mi dimisión ante el Comité central. Este me contestó, con fecha 5 de julio, notificándome el acuerdo siguiente:

“El Departamento de organización y el Buro político del Comité central, después de analizar la declaración del camarada Trotsky y de deliberar detenidamente acerca de ella, llegan a la conclusión unánime de que les es absolutamente imposible aceptar la dimisión del camarada Trotsky, dando tramitación a su solicitud. El Departamento de organización y el Buró político prometen hacer todo cuanto esté de su parte para que la labor que el camarada Trotsky se ha impuesto voluntariamente en el frente Sur, la

labor más difícil, más arriesgada y la más importante por el momento, se desarrolle del modo más cómodo para él y con los resultados más fecundos para la República. En su calidad de Comisario del pueblo en la cartera de Guerra y de Presidente del Consejo revolucionario de Guerra, así como en sus funciones de miembro del Consejo revolucionario de Guerra del frente Sur, el camarada Trotsky tiene perfecta libertad para actuar de acuerdo con el mando del frente que él mismo ha elegido y que este Comité central ha confirmado. El departamento de organización y el Buró político del Comité central dejan en un todo al arbitrio del camarada Trotsky el introducir, por los medios que crea necesarios, los cambios y rectificaciones oportunos en los asuntos de la guerra, y procurarán, caso de que así se desee, acelerar en lo posible la convocatoria del Congreso del partido. Lenin, Kamenev, Krestinsky, Kalinin, Serebriakof, Stalin, Stasova.”

Como se ve, este acuerdo lleva también la firma de Stalin. El hombre que intrigaba entre bastidores y acusaba a Lenin de falta de valentía y de perseverancia, no sabía, por lo visto, dar la cara ante el Comité central. El escenario principal en que se desarrollaba la guerra civil era, como queda dicho, el frente Sur. Las fuerzas del enemigo estaban formadas por dos contingentes autónomos: los cosacos, principalmente los del Kubán, por una parte, y, por otra, el ejército voluntario de los blancos, que se concentraba aquí con elementos reclutados en el país entero. Los cosacos se esforzaban por defender sus fronteras contra los avances de los obreros y los campesinos. El ejército de voluntarios ponía su objetivo en la toma de Moscú. Estas dos líneas tácticas sólo marcharon unidas mientras los voluntarios formaron un frente común con los del Kubán en el Cáucaso Norte. El sacar a los cosacos de su territorio era, para Denikin, empresa difícil, por no decir que irrealizable. Nuestro alto mando atacó el problema del

frente Sur como si se tratase de un problema abstracto de estrategia, sin tener en cuenta para nada los factores sociales del asunto. El Cuban era la base principal sobre que operaban los voluntarios. Teniendo esto en cuenta, el alto mando decidió que, arrancando desde el Volga, se diese el golpe decisivo sobre este punto de apoyo de las tropas enemigas. Si Denikin se atrevía a avanzar con la cabeza de su ejército sobre Moscú, nos caeríamos sobre su retaguardia y aniquilaríamos la base de operaciones del Cuban. Con esto, quedaría flotando en el vacío y no tendríamos más que alargar la mano y echarle el guante. Tal era, en términos generales, el esquema estratégico trazado. Y contra este esquema no hubiera habido nada que objetar, a no tratarse de una guerra civil. Al llevarlo a la práctica sobre las realidades del frente Sur, resultó ser un plan puramente académico, cuya ejecución favoreció notablemente al enemigo. Como Denikin no conseguía hacer que los cosacos se pusiesen en camino para emprender un avance sobre el Norte, al atacar por la retaguardia los lugares en que anidaban, lo que hicimos fué coadyuvar a los planes de este General. Ahora, ya los cosacos no podían defenderse exclusivamente en su propio territorio. Habíamos conseguido empalmar su suerte a la del ejército voluntario.

A pesar de que las operaciones se habían preparado con el mayor celo, reuniéndose para ello fuerzas considerables y abundantes medios materiales, nada conseguimos. Los cosacos formaban una fuerte muralla que protegía la retaguardia de Denikin. Eran gentes que conocían el terreno palmo a palmo y se aferraban a él con las uñas y los dientes. Nuestro ataque consiguió hacer que se levantase en pie de guerra toda la población cosaca. Con esto perdimos tiempo y fuerzas y echamos al regazo del ejército blanco a todos los cosacos capaces de empuñar las armas. Entre tanto que esto ocurría, Denikin invadía

Ukrania, cubría las bajas de sus filas, avanzaba hacia el Norte, se adueñaba de Kursk y de Orel y amenazaba con tomar a Tula. La pérdida de esta ciudad hubiera significado para nosotros una catástrofe, pues equivalía a la pérdida de las más importantes fábricas de armas y de municiones.

El plan propuesto por mí desde el primer momento era el inverso. Su objetivo consistía en dar un primer golpe que aislase a las tropas voluntarias de los cosacos y luego, dejando a éstos solos, concentrar nuestras fuerzas principales contra el ejército blanco. En este plan, la dirección del ataque no partía del Volga sobre el Cuban, sino de Woronesh sobre Kharkof y la cuenca del Denez. La población campesina y obrera de esta región, que es la que separa el Cáucaso Norte de Ucrania, estaba toda ella al lado del ejército rojo. Moviéndose en esta dirección, nuestro ejército podía avanzar como un cuchillo cortando manteca. Los cosacos permanecerían en su sitio, atentos a defender sus fronteras contra el invasor. No teníamos para qué tocarles. El problema de los cosacos era un problema aparte, que tenía más de político que de militar. Y, sobre todo, era de elemental estrategia desglosar esta cuestión de la encaminada a exterminar el ejército de voluntarios de Denikin. Mi plan hubo de ser aceptado al fin, pero cuando las tropas del enemigo estaban ya acercándose a Tula, cuya rendición hubiera sido mucho más peligrosa que la pérdida de Moscú. Habíamos perdido unos cuantos meses, sacrificado muchas víctimas inútiles y vivido unas semanas bastante angustiosas. Advertiré de pasada que aquellas divergencias estratégicas de criterio acerca del frente Sur estaban directamente relacionadas con el problema de una certera apreciación o menosprecio de la clase campesina. Todo mi plan estaba basado en las mutuas relaciones entre los obreros y campesinos por una parte y, por otra, los cosacos, y en este sentido y con esta fundamentación lo hube de

desarrollar frente al plan puramente abstracto y académico del alto mando, que había encontrado apoyo en la mayoría del Comité central. Si yo hubiera aplicado a esto ni una milésima parte de las energías que se malgastaron en demostrar mi posición de "desdén" ante la clase campesina, hubiera podido deducir de aquel conflicto una acusación igual, es decir, igualmente necia, no sólo contra Zinovief, Stalin y otros, sino contra el propio Lenin.

El tercer conflicto estratégico se planteó a propósito de la campaña de Judenitch contra Petrogrado. De esto ya hemos hablado en otro capítulo y no hay para qué repetirse. Sólo me importa recordar que Lenin, entonces, impresionado por la situación extremadamente difícil del frente Sur, donde estaba el peligro principal, y bajo el efecto de las noticias que le mandaban de Petrogrado acerca del armamento y recursos imponentes de que disponía el ejército de Judenitch, llegó a la conclusión de que era necesario acortar el frente, abandonando Petrogrado en manos del enemigo. Fué, seguramente, la única vez en que Stalin y Zinovief tomaron partido contra él a mi favor. Pasados algunos días. Lenin abandonó por sí mismo el plan anteriormente concebido y que era, a todas luces, falso.

El último conflicto, y el más importante de todos, indudablemente, fué el que provocó en el verano de 1920 la suerte del frente polaco.

Bonar Law, a la sazón presidente del Consejo de Ministros inglés, hubo de citar en la Cámara de los Comunes mi carta dirigida a los comunistas franceses como prueba de que, en el otoño de 1920, los Soviets habían abrigado la intención de lanzarse sobre Polonia y destruirla. Una afirmación del mismo jaez aparece en el libro del antiguo Ministro de la guerra polaca, Sikorski; pero aquí ya, con referencia al discurso pronunciado por mí ante el Congreso Internacional en enero de 1920. Todo esto no es más que un puro dislate, de los pies a la cabeza. Claro está que yo

no tenía motivo alguno para manifestar mis simpatías por el polaco Pilsudski, por ese General polaco que representa la opresión y el avasallamiento, cubiertos bajo el manto de frases patrióticas y de grandes gestos heroicos. No hacía falta esforzarse mucho para coleccionar una serie de declaraciones en que yo aparecía diciendo que, caso de que Pilsudski nos obligase a declarar la guerra a Polonia, procuraríamos no quedarnos a mitad de camino. La situación imponía la necesidad de formular declaraciones de este tenor. Pero, sacar de aquí la consecuencia de que nosotros deseábamos la guerra contra Polonia o la estábamos preparando, es faltar abiertamente a los hechos y al sano sentido común. Nada más lejos de la verdad. Todos nuestros esfuerzos se encaminaban a evitar esta guerra. Para conseguirlo, no hubo un solo resorte que no tocásemos. Sikorski reconoce que llevábamos con extraordinaria "habilidad" la propaganda pacifista. No entiende, o no quiere entender, que el secreto de ésta habilidad no era ningún secreto: era sencillamente que estábamos dispuestos a mantener la paz por todos los medios, aunque fuese a costa de grandes concesiones. Y acaso fuese yo el primero en esforzarme por evitar aquella guerra, pues había previsto con bastante lucidez lo cara que podía costarnos, después de tres años de incesante guerra civil. Fué el Gobierno polaco-y esto se desprende también claramente del libro de Sikorski-el que hizo estallar la guerra, a sabiendas y dolosamente, a pesar de nuestro empeño infatigable por evitarla; empeño que convertía a nuestra política exterior en una mezcla de paciencia y de perseverancia pedagógica. Estábamos sinceramente interesados en sostener la paz. Fué Pilsudski el que nos impuso la guerra. Y si pudimos lanzarnos a ella fué porque las masas de nuestro pueblo habían venido siguiendo, día tras día, aquel duelo diplomático y tenían motivos más que suficientes para estar inquebrantablemente convencidas

de que se nos obligaba a guerrear contra nuestra voluntad; así fué, en efecto.

El País hizo otro esfuerzo más, verdaderamente heroico. La toma de Kief por los polacos, que carecía de todo fundamento militar, nos prestó un gran servicio, pues consiguió que el país se conmoviese ante aquella agresión. Volví a recorrer los ejércitos y las ciudades movilizand o hombres y material. Recobramos la plaza de Kief, y comenzó toda una serie de triunfos para nuestras armas. Los polacos retrocedían con una rapidez que yo no pude sospechar, pues era imposible prever el grado de ligereza sobre el que estaba cimentada aquella campaña de Pilsudski. Mas también en nuestro campo, pasadas las primeras victorias de alguna consideración, se hubieron de exagerar lamentablemente las posibilidades que se nos ofrecían. Empezó a apuntar, y acabó por consolidarse, la tendencia de convertir aquella guerra, que habíamos aceptado como una guerra defensiva, en una campaña ofensiva de carácter revolucionario. Claro está que, en principio, yo no tenía nada que oponer contra estos planes. La cuestión estaba en saber si disponíamos de fuerzas bastantes para realizarlos. El espíritu de los obreros y los campesinos polacos era una incógnita. Algunos de nuestros camaradas de Polonia, como J. Marchlevski, antiguo colaborador de Rosa Luxemburgo, ya fallecido, apreciaba la situación muy fríamente. Las opiniones de este camarada eran para mí un importante elemento de juicio, que contribuía a acrecentar mi aspiración de salir cuanto antes de aquella guerra. Pero mi voz no era la única. Había quien confiaba calurosamente en que los obreros polacos hiciesen estallar la revolución. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Lenin concibió el plan firme de llevar el asunto hasta el fin, es decir, de entrar en Varsovia, para, desde allí, alentar a las masas obreras del país, derribar el Gobierno Pilsudski y adueñarnos del Poder. La decisión

del Gobierno, que estaba todavía pendiente de examen y liberación, prendió, sin dificultad, en la imaginación del alto mando y en los jefes del frente oriental. Al presentarme yo en Moscú, llegada mi hora, me encontré con que en el centro estaba ya firmemente arraigada la tendencia de llevar la guerra "hasta el fin". Me opuse resueltamente a este plan. Los polacos solicitaban ya la paz. Yo era de parecer que nuestros triunfos habían llegado a su apogeo y que si seguíamos avanzando sin hacer un cálculo sereno de nuestras fuerzas, podíamos exponernos a una grave derrota. Era evidente que, después del esfuerzo gigantesco que suponía el haber cubierto 650 kilómetros en cinco semanas, el 4.º ejército no podía seguir avanzando más que por la fuerza de la inercia. Todo dependía de los nervios, y los nervios son cuerdas muy frágiles. Un ataque un poco recio bastaría para conmover nuestro frente y convertir aquel avance maravilloso, inaudito y sin ejemplo-hasta el propio Foch hubo de reconocerlo así-, en una retirada catastrófica. Movido por todas estas consideraciones, propuse que se concertase inmediatamente, rápidamente, la paz, antes de que nuestras tropas estuviesen totalmente agotadas. No encontré más apoyo, si mal no recuerdo, que el de Rikof. A los demás, los había convencido Lenin en mi ausencia. Se tomó, pues, el acuerdo de atacar.

¡Cuánto habían cambiado los papeles, desde aquellos tiempos de Brest-Litovsk! Entonces era yo el que proponía que no nos apresurásemos a concertar la paz, aun a riesgo de perder parte de nuestros territorios, para dar tiempo al proletariado alemán a enfocar la situación y terciar en ella, si lo creía conveniente. Ahora era Lenin el que proponía que nuestros ejércitos siguiesen avanzando, para, de este modo, permitir al proletariado polaco que se diese idea de la situación y se alzase en armas. La guerra contra Polonia no hizo más que confirmar, en otro sentido, lo que ya había demostrado la campaña de Brest-Litovsk: que los

sucesos de la guerra y los movimientos revolucionarios de las masas hay que medirlos con escalas distintas. Lo que para un ejército, en operaciones son días y semanas, para una masa en movimiento son meses y años. Cualquier error que pueda deslizarse, si no se sabe calcular debidamente la diferencia entre estos dos ritmos, puede hacer que los engranajes de la guerra rompan los engranajes de la revolución, en vez de ponerlos en movimiento. Era lo que nos había sucedido en la breve campaña de Brest-Litovsk y lo que volvió a acontecernos ahora en la guerra contra Polonia. Pasando de largo por delante de las victorias conseguidas, fuimos a dar de bruces contra una terrible derrota.

Hay que advertir que una de las causas que contribuyeron a dar un volumen tan espantoso a la catástrofe fué la conducta del mando del grupo Sur del ejército de los Soviets, que maniobraba en la dirección de Lemberg. La figura política más destacada en el Soviet revolucionario de Guerra de este grupo era Stalin. Stalin quería a toda costa que sus tropas entrasen en Lemberg al mismo tiempo que las de Smilga y Tujatchevski en Varsovia. Hay gente para todas las ambiciones. Cuando empezó a advertirse el peligro que corría el ejército de Tujachevski, el alto mando del frente Sur cursó órdenes de que variase rápidamente de dirección para atacar el flanco de las tropas polacas concentradas cerca de Varsovia; pero el mando del frente Sudoeste, alentado por Stalin, siguió enderezando el avance sobre Occidente; ¿pues qué, no era más importante entrar en Lemberg que ayudar a "otros" a tomar Varsovia? Hubieron de repetirse, insistentemente, las órdenes y las amenazas, hasta conseguir que el mando del Sudoeste cambiase la dirección. Aquellos días de retraso habían de traer consecuencias fatales para nuestro ejército. Nuestras tropas se replegaron cuatrocientos kilómetros o más sobre la retaguardia. Nadie quería resignarse a creerlo,

después de las brillantes victorias de los días anteriores. De vuelta del frente de Wrangel, me encontré en Moscú con un gran ambiente a favor de una segunda guerra contra Polonia. Rikof se había pasado ahora al bando de enfrente. "Ya que hemos empezado-me dijo-no hay más remedio que acabar." El mando del frente occidental animaba, diciendo que había reservas bastantes, que la artillería había sido renovada, y así sucesivamente. El deseo era el padre de la idea. -¿Qué es lo que puede ofrecernos-repliqué yo-el frente occidental? Cuadros moralmente deshechos, en los que se ha vertido una nueva masa humana de refresco. Con un ejército como ese no se puede librar una guerra. Tropas así son buenas, si acaso, para batirse a la defensiva, retrocediendo y procurando levantar otro ejército sobre la retaguardia, pero es absurdo pensar que un ejército semejante vaya a erguirse de pronto para arrancar una victoria en un camino que está regado con sus propios escombros. Advertí que la repetición del error nos costaría pérdidas diez veces mayores y que yo no me sometería al acuerdo que parecía que iba a tornarse, sino que apelaría al partido. Lenin seguía sosteniendo, en términos formales, la prosecución de la campaña, pero ya no en un tono tan enérgico como la primera vez. Mi convencimiento inquebrantable de que era necesario concertar la paz, por costosa que nos resultara, parecía haberle producido cierta impresión. Como compás de espera, propuso que se aguardase, antes de tomar una decisión, a que yo visitase el frente occidental y viese por mis propios ojos cuál era el estado en que se encontraban las tropas después de la retirada. Esto quería decir -y yo lo sabía- que, en el fondo, Lenin se adhería a mi opinión.

Las autoridades supremas del frente se inclinaban a favor de una segunda guerra. Pero el espíritu allí reinante no era mucho de fiar; no era, en realidad, más que un reflejo de opiniones de Moscú. Cuanto más descendía en la escala militar, del ejército a la división, de la

división a los regimientos y de éstos a las compañías, más clara se revelaba la imposibilidad de emprender una guerra ofensiva. Comunicué a Lenin el fruto de mis observaciones, en una carta autógrafa de que no guardé copia, y seguí viaje. Los dos o tres días que Pasé en el frente me bastaron para contrastar el convencimiento con que me había puesto en camino. Volví a Moscú, y el "Buró político", después de oírme, tomó el acuerdo casi unánime de que se concertase sin tardanza la paz.

El error de cálculos estratégicos que se cometió en la guerra de Polonia tuvo consecuencias históricas de mucha monta. Sin saber cómo, Pilsudski, el polaco, salió de la guerra con el prestigio reforzado. Nuestro revés asestó un golpe cruel al desarrollo de la revolución polaca. Las fronteras señaladas por el tratado de Riga pusieron tierra por medio entre Rusia y Alemania, lo cual había de tener consecuencias de alcance extraordinario para la vida de los dos países... Lenin sabía mejor que nadie, por supuesto, toda la importancia que tenía el error "varsoviano" y no quiso volver más la vista sobre él, ni de palabra ni mentalmente. Hoy, los epígonos pintan a Lenin, en sus obras, como los pintores de iconos de Susdal acostumbran, a representar a los santos y a Cristo: donde quieren trazar una imagen ideal, resulta una caricatura. Por mucho que los pintores de santos se esfuerzan en remontarse sobre su propia mediocridad, acaban vertiendo sobre la tablilla-pues no pueden por menos-el espíritu de que disponen, y lo que nos ofrecen, al fin y al cabo, es su propio retrato, un tanto embellecido. Y como la autoridad de los epígonos descansa, pura y exclusivamente, en el anatema fulminado contra los que pongan en duda su infalibilidad, resulta que el Lenin con que nos encontramos en sus obras no es aquel estratega revolucionario que sabía orientarse de un modo genial a la vista de cada situación, sino una especie de aparato automático que, apretándole un botón, echaba

soluciones infalibles para todos los problemas. Fui el primero que aplicó a Lenin la palabra genio, cuando los demás no se atrevían todavía a pronunciarla. Sí, Lenin era un genio, un perfecto genio humano, lo cual no quiere decir que fuese una máquina calculadora que funcionase de un modo infalible. Lo que ocurría era que los errores que él cometía eran muchos menos de los que cualquier otro hubiera cometido, puesto en su lugar. Pero también Lenin se equivocaba a veces, y sus errores, cuando los tenía, eran errores grandes, gigantescos, como todo en él.

TRANSICION A LA NUEVA POLITICA ECONOMICA Y MIS RELACIONES CON LENIN

Vamos acercándonos a la última etapa de mi colaboración con Lenin. Este período tiene, además, el interés de que en él se encierran ya los elementos de donde ha de salir, más tarde, el triunfo de los epígonos.

Después de morir Lenin, creóse una complicada y ramificadísima institución histórico-literaria encaminada a falsear la historia de nuestras relaciones. El método principal de que se vale consiste en destacar del pasado pura y exclusivamente aquellos momentos en que existiera alguna diferencia entre nosotros, para luego, valiéndose de manifestaciones polémicas aisladas, o de puras invenciones, que es lo más frecuente, componer la imagen de una pugna ininterrumpida entre dos "principios". Comparada con estas investigaciones históricas de los epígonos, la historia de la Iglesia escrita por los apologistas medievales es un modelo de ciencia y objetividad. Hasta cierto punto, yo mismo les facilitaba la tarea, hablando sin recato de las divergencias que me separaban de Lenin, en el momento de producirse, y llegando incluso a apelar al partido, en los casos en que era necesario. No lo hacían así los actuales epígonos; éstos, cuyas diferencias de criterio con Lenin eran hartó más frecuentes que las mías, se embotaban, llegado el caso, en el silencio, si no hacían como Stalin, que adoptaba un mohín de ofendido y se iba a esconder, durante varios días, en un pueblecillo cercano a Moscú. En la inmensa mayoría de los casos, las conclusiones a que llegábamos Lenin y yo, cada cual por su parte, coincidían en lo substancial. Generalmente, no necesitábamos más que de medias palabras para entendernos el uno al otro. Si yo temía que un acuerdo que iba a tomarse en el "Buró político" o en el Consejo de Comisarios del pueblo no era

acertado, le pasaba a Lenin una esquelilla. Lenin me la devolvía con la siguiente acotación. "De acuerdo. Haga usted una proposición." A veces, era él quien me mandaba a preguntar si estaba conforme con lo que proponía, diciéndome que, en caso afirmativo, tomase la palabra para apoyarlo. Lo frecuente era que cambiase impresiones conmigo por teléfono acerca de la marcha de un asunto, y si éste era apremiante, me rogaba, con gran insistencia, que no dejase de acudir "en modo alguno" a la sesión. Cuando nos levantábamos los dos a defender un mismo punto de vista-que era casi siempre, en cuestiones de principio-aquellos a quienes la solución no satisfacía, y entre ellos contábanse no pocas veces los jefes de hoy, sellaban en seguida sus labios. Y acontecía, con harta frecuencia, que Stalin, Zinovief o Kamenef, después de haberse mostrado en desacuerdo radical conmigo, se batiesen en retirada silenciosamente apenas veían que Lenin se hacía solidario de mi posición. Cualquiera que sea el juicio que se tenga respecto a esta cortesía con que los "discípulos" renunciaban a mantener sus ideas propias, para someterse sumisamente a las de Lenin, es evidente que la tal sumisión no garantizaba, ni mucho menos, que ellos, por sí solos, supiesen llegar, sin Lenin, a conclusiones leninianas. En la realidad, nuestras diferencias no tuvieron nunca el relieve que cobran en este libro. Aquellas diferencias constituían siempre excepción, por lo cual resultaban mucho más llamativas. Además, al morir Lenin, estas disparidades, agrandada telescópicamente, llegaron a adquirir el carácter de factores políticos independientes y que nada tenían que ver con las relaciones que mantuviéramos Lenin y yo.

En el capítulo correspondiente tuve ocasión de exponer en detalle mis diferencias con Lenin a propósito de la paz de Brest-Litovsk. Aquí he de detenerme un poco en otra disparidad de criterio surgida entre nosotros a fines del año 20 y comienzos del 21, en vísperas de decretarse la

transición a la nueva política económica, y que mantuvo separados nuestros campos por espacio de unos dos meses. Es indudable que la llamada "discusión" acerca de los sindicatos empañó por algún tiempo nuestras relaciones. Éramos, los dos, demasiado revolucionarios y políticos para poder ni querer separar en absoluto lo político de lo personal. Estas discusiones ofrecieron a Stalin y Zinovief la posibilidad legal, por decirlo así, de sacar a la plaza pública la campaña que venían atizando entre bastidores. Utilizando todos los recursos disponibles esforzándose por sacarle el mayor provecho posible a aquella coyuntura. Aquello fué una especie de ensayo para la cruzada que, llegado el momento, habían de lanzarse a predicar contra el "trotskismo". Este efecto, reflejo de nuestro conflicto, era precisamente el que más inquietaba a Lenin, que puso cuanto estaba de su parte por evitarlo.

El contenido político de aquella discusión aparece hoy hasta tal punto envuelto en basura, que no envidio al historiador de mañana que tenga que ahondar en él para llegar al fondo. Retroactivamente, y ya después de morir Lenin, los epígonos descubrieron en mi posición de entonces un "menosprecio de la clase campesina" y hasta una cierta hostilidad contra la "NEP"². Estas afirmaciones habían de servir, en rigor, de base para toda la campaña posterior. En realidad, la discusión, al iniciarse, presentó el carácter cabalmente inverso. Para demostrarlo, no tengo más remedio que remontarme un poco a hechos pasados.

En el otoño de 1919 el número de locomotoras fuera de servicio ascendía al 60 por 100, y todo el mundo daba por supuesto que el porcentaje sería de 75 en la primavera del 20. En estas condiciones, no, había posibilidad de mantener un tráfico ferroviario, pues con un 25 por 100 de locomotoras en condiciones medianas sólo se podía

2- Abreviatura rusa de "Nowaia ekonomitcheskaia politika" o sea "Nueva política económica".

atender a las necesidades de los propios ferrocarriles, que se alimentaban con combustible de madera, enormemente voluminoso. El ingeniero Lomonosof, que fué el que rigió de hecho durante estos meses el departamento de transportes, hubo de exponer al Gobierno, sobre un gráfico, aquella epidemia de locomotoras. Y señalando el punto matemático, en el transcurso del año 1920, dijo:

-Al llegar aquí, sobrevendrá la muerte.

-¿Y qué cree usted que debe hacerse?-le preguntó Lenin.

-Yo no creo en los milagros-contestóle el ingeniero-, ni los mismos bolcheviques los pueden hacer.

Nos miramos. El estado de ánimo que allí reinaba era de una gran depresión, pues ninguno de nosotros entendía de transportes, ni conocía la técnica a que respondían aquellos cálculos tan pesimistas.

-Sin embargo, vamos a ver si hacemos un milagro-dijo Lenin secamente y rechinando los dientes.

Durante los meses siguientes, la situación no hizo más que empeorar. Aunque había causas más que sobradas para esto, es muy probable que ciertos ingenieros se esforzasen todo lo posible para ver de adaptar la situación real de nuestros transportes al gráfico de Lomonosof. Hube de pasar los meses de invierno de 1919 al 20 en los Urales, dirigiendo los trabajos económicos. Estando allí, Lenin me pidió por telégrafo que mi hiciese cargo de la dirección de los transportes y viese la manera de levantarlos, mediante medidas extraordinarias. El telegrama me sorprendió en ruta, y lo contesté afirmativamente.

Volví de los Urales equipado con importantes provisiones de experiencia económica, que conducían todas a una conclusión: la de que había que ir pensando en abandonar el comunismo de guerra. Aquellos trabajos prácticos me revelaron con toda claridad que los métodos del comunismo de guerra, tal como nos fueran impuestos por la situación

del país durante la guerra civil, estaban agotados, y que para levantar la Economía de nuestro pueblo no había más remedio, costase lo que costase, que volver a introducir el elemento del interés personal, restableciendo hasta cierto punto el mercado interior. Inspirándome en esta necesidad, presenté al Comité central un proyecto de supresión del régimen de tasas, que había de ser sustituido por un sistema de impuestos sobre los cereales, introduciendo, en relación con esto, el intercambio de mercancías. "...La política que se viene siguiendo en materia de requisiciones niveladoras con arreglo a la norma de lo necesario para subsistir, en punto a las fianzas mutuas en las entregas forzosas y a la distribución también niveladora de los productos industriales, lleva a la ruina a la agricultura y a la descomposición del proletariado industrial, amenazando con arruinar totalmente la vida económica del país." Tales fueron los términos de la declaración escrita que cursé, en febrero del año 20, al Comité central. "Las existencias de víveres-prosigue esta declaración-amenazan con extinguirse sin que el sistema de requisiciones pueda salir al paso de este peligro. Para combatir estas tendencias de decadencia económica, se ofrecen los siguientes métodos: 1.º Sustituir el régimen de requisición del sobrante por un impuesto porcentual fijo (una especie de impuesto progresivo sobre los frutos naturales), procurando que las grandes extensiones de cultivo y su explotación intensiva resulten, aun con ello, ventajosas. 2.º Implantación de un criterio proporcional entre el suministro de productos industriales a los campesinos y la cantidad de frutos entregada por ellos, haciendo el cómputo no sólo por concejos y aldeas, sino también por haciendas aisladas."

Como se ve, mis propuestas no podían ser más prudentes. Pero téngase en cuenta que las primeras bases

aceptadas a la vuelta de un año, al instaurarse la nueva política económica, no iban tampoco más allá.

A principios del año 20, Lenin se declaró resueltamente contrario a mis propuestas, que fueron desechadas en el Comité central por once votos contra cuatro. Los hechos se encargaron de demostrar que la decisión del Comité no estuvo acertada. Yo no quise llevar el asunto en alzada ante el congreso del partido, porque sabía que éste era decidido partidario del comunismo de guerra. La vida económica del país estuvo forcejeando otro año más con la muerte en un callejón sin salida. Esto fue lo que originó mis diferencias de apreciación con Lenin. Desechada la transición al régimen del mercado libre, pedí, que se aplicasen ordenada y sistemáticamente los "métodos de guerra", para ver de alcanzar algún resultado real en nuestra economía. Dentro de los cuadros de un sistema de comunismo de guerra que mantenía nacionalizados, a lo menos en principio, todos los recursos del país, para distribuirlos con arreglo a las necesidades del Estado, a mí me parecía que no quedaba margen para que actuasen autónomamente los sindicatos. Si la industria descansaba sobre el suministro a los obreros por el Estado de todo lo que necesitaban, era lógico que los sindicatos se sometiesen también a aquella red del Estado en que estaban prendidas la industria y la distribución. Tal era la substancia del problema planteado en punto a la nacionalización de los sindicatos, que a mí me parecía desprenderse lógicamente, y en este sentido defendía yo la medida, del régimen de comunismo imperante.

Ateniéndome a las bases del comunismo de guerra aprobadas por el 9.º congreso del partido, me puse a trabajar en la reorganización de los transportes. El Sindicato ferroviario hallábase íntimamente ligado a la organización administrativa del departamento. Los métodos de disciplina estrictamente militar hicieron extensivos a todo el régimen de los transportes. Asocié la administración de

los transportes a la administración militar, que era la más fuerte y disciplinada de la época. Esto tenía importantes ventajas, tanto más cuanto que la guerra contra Polonia hacía que los transportes militares tuviesen mediatizados en gran parte los ferrocarriles. Al salir del departamento de guerra, que tanto contribuía a que los ferrocarriles estuviesen desorganizados, me trasladaba todos los días al Comisariado de transportes, donde hacía los mayores esfuerzos por librarlos de una catástrofe definitiva y sacarlos, en lo posible, a flote.

El año que hube de trabajar al frente de los transportes fué para mí, personalmente, una gran escuela. En este departamento venían a encontrar expresión concentrada todos los problemas de principio planteados por la organización socialista de la Economía. Una cantidad fabulosa de locomotoras y de material de los más diversos modelos tenía obstruidas las vías y los talleres. La nueva reglamentación del régimen de transportes, que había corrido hasta la revolución, en parte a cargo del Estado y en parte de empresas particulares, fué preparada minuciosamente. Las locomotoras se agruparon por series, se procedió a repararlas con arreglo a un plan sistemático, y a los talleres se asignaron funciones fijas y precisas, ajustadas a su capacidad de rendimiento. Calculábamos que tardaríamos cuatro años y medio en restaurar los transportes, volviéndolos al estado anterior a la guerra. Era indiscutible que las medidas por nosotros adoptadas daban su fruto. En la primavera y verano de 1920, los transportes empezaron a recobrar el movimiento. Lenin no perdía oportunidad de señalar al país el renacimiento de nuestros ferrocarriles. Y si la guerra, que nos había declarado Pilsudski principalmente confiado en el desastre de nuestros transportes, no dio a Polonia el resultado apetecido, fue precisamente porque la curva de los ferrocarriles empezaba ya a moverse resueltamente en

un sentido ascensional. Para alcanzar estos resultados, hubimos de acudir a providencias extraordinarias, que nos parecieron inevitables y justificadas, no sólo por la difícil situación en que se encontraban los transportes, sino por el régimen de comunismo de guerra en que vivíamos. Pero poco a poco, la masa obrera, que había pasado ya por tres años de guerra civil, iba resistiéndose, cada vez más abiertamente, a someterse a los métodos del mando militar. Lenin, con su instinto político infalible, presintió que se acercaba el momento crítico. Y mientras que yo, partiendo de consideraciones puramente económicas y operando sobre la base del comunismo de guerra, me esforzaba por sacar a los sindicatos el mayor rendimiento posible, Lenin, inspirándose en razones políticas, tendía ya a ir atenuando la presión militar. En vísperas del 10.º Congreso del partido, nuestros rumbos eran todavía antagónicos. En el seno del partido estalló la discusión. Pero esta giraba ya en torno a un tema muy distinto. Lo que el partido discutía era el ritmo a que debía irse para nacionalizar los sindicatos; pero lo que demandaba imperiosamente la realidad era el pan de cada día, el combustible y las materias primas para la industria. Y mientras el partido se debatía febrilmente en torno a los "métodos del comunismo", iba acercándose a pasos agigantados la catástrofe de la Economía de nuestro país. En esta discusión vinieron a terciar, como suprema admonición, las sublevaciones de Cronstadt y de la provincia de Tambof. Lenin, apremiado por las circunstancias, formuló las primeras tesis, harto prudentes, que habían de presidir la transición a la nueva política económica. Yo me adherí a ellas sin vacilar. En realidad, aquellas tesis no eran más que la reiteración de las que yo formulara hacía un año. Ahora, ya no tenía razón alguna de ser la disputa promovida en torno de las organizaciones sindicales. En el congreso, Lenin no intervino para nada en esta discusión, y dejó que Zinovief se divirtiera un poco con la vaina del

cartucho ya disparado. En aquellos debates, predije que la proposición referente a los sindicatos aprobada por la mayoría no llegaría ni siquiera al próximo Congreso, pues la nueva orientación económica demandaba una radical revisión de la estrategia sindical. Y en efecto, no habían pasado muchos meses cuando Lenin se puso a fijar las nuevas tesis acerca del papel y funciones de los sindicatos dentro del marco de la "NEP". Yo me adherí en un todo a su proposición. La solidaridad entre nosotros estaba restablecida. Sin embargo, Lenin temía que aquella discusión, que hubo de durar dos meses, dejase un rastro en el partido, y que a su sombra se formasen grupos y banderías que podrían envenenar las cosas y dificultar los trabajos. En lo que a mí tocaba, ya durante el Congreso había abandonado todas las deliberaciones con los que compartían mí mismo parecer en punto a los sindicatos. Unas semanas más tarde, Lenin pudo convencerse de que yo estaba igualmente preocupado que él por liquidar los grupos transitorios que en aquella discusión se habían formado y que no había por qué mantener, pues no se apoyaban en ninguna base de principio. Lenin respiró tranquilo. Y aprovechando no sé qué cínica acusación que en contra mía había lanzado Molotof, a quien, acababan de elegir para un puesto en el Comité central, le paró los pies por aquel exceso necio de celo, y agregó que "la lealtad del camarada Trotsky en las cuestiones interiores del partido estaba por encima de toda duda". Esta afirmación la repitió varias veces. Yo sabía que aquellas palabras de reconvencción no iban dirigidas solamente contra el que las había provocado incidentalmente, sino también contra otras personas. Stalin y Zinovief habían pretendido, aprovechándose de la coyuntura, atizar aquella discusión y mantenerla artificialmente.

Stalin acababa de ser elegido Secretario general en el 10.º congreso, por iniciativa de Zinovief y contra el parecer

de Lenin. El congreso lo eligió en la creencia de que estaba ante una candidatura presentada por el Comité central en conjunto. Por lo demás, nadie daba gran importancia a la elección. Era evidente que, bajo las órdenes de Lenin, el cargo de Secretario general, creado en aquel Congreso, no podía tener más que un carácter técnico sin el menor relieve político. Y, sin embargo, Lenin no las tenía todas consigo. "Este cocinero-decía de Stalin-no va a guisar más que platos picantes." He aquí por qué quería subrayar tan obstinadamente en una de las primeras sesiones del Comité central a raíz del Congreso, la "lealtad de Trotsky", para salir así al paso a la intriga que se estaba minando.

Aquellas palabras de Lenin no tenían un valor puramente incidental. Durante la guerra civil, hubo de testimoniarme en una ocasión-y no con palabras, sino con hechos-la confianza moral que tenía en mí, en términos tales, que no podían esperarse ni exigirse de nadie más rotundas. Fué con ocasión de la campaña de hostilidad militar que venía atizando contra mí Stalin solapadamente. En aquellos tiempos de guerra, se concentraban en mis manos poderes que prácticamente tenían carácter de ilimitados. En mi tren se reunía constantemente el Consejo de guerra; los frentes y el territorio colocado a sus espaldas estaban a mis órdenes, y hubo momentos en que todo el territorio de la República que no estaba ocupado por los blancos, tenía carácter de territorio militar o de zona fortificada. Todos los que caían entre las ruedas del carro de la guerra tenían parientes y amigos que hacían cuanto podían por salvar del trance a sus deudos. Por todos los canales llegaban flotando a Moscú peticiones, quejas, protestas, que iban casi siempre a parar a la presidencia del Comité ejecutivo central. Los primeros episodios de este género surgieron en relación con los sucesos de Sviask. Ya dejo dicho más arriba que hube de hacer comparecer ante el Consejo de guerra al Coronel del 4.º regimiento letón, por haber

amenazado con retirar a sus fuerzas de la posición que ocupaban. El Consejo le condenó a cinco años de cárcel. Pasados algunos meses, empezaron a llover peticiones para que se le pusiese en libertad. La principal presión se ejercía sobre Sverdlof. Este llevó las peticiones al Buró Político. Yo expuse brevemente las circunstancias de guerra en que el Coronel del regimiento me había amenazado con "consecuencias peligrosas para la revolución". Mientras yo hablaba, la cara de Lenin iba poniéndose blanca. Y apenas hubo terminado, cuando, con aquel tono cálido de voz que denotaba en él la máxima emoción, exclamó: "¡Que siga, que siga en la cárcel!" Sverdlof se quedó mirando para Lenin, me miró a mí y dijo: "Pienso lo mismo." El segundo episodio, mucho más importante, está relacionado con el fusilamiento del Coronel y el Comisario que habían retirado por sí y ante sí al regimiento de su posición, adueñándose por las armas del barco fondeado en el río para que los llevase a Nishni. Este regimiento había sido reclutado en Smolesnk, donde los trabajos militares corrían a cargo de adversarios de mi política de guerra, que más tarde habían de convertirse en defensores calurosos de ella. Pero en aquellos momentos alzaron grande clamor. A instancia mía se nombró una sección dentro del Comité central, que, después de examinar la conducta de las autoridades militares, reconoció unánimemente que su conducta había sido acertada; es decir, impuesta de un modo inflexible por la situación del momento. Mas no por esto cesaron los rumores equívocos que corrían. Por momentos, parecíame que la fuente de estos rumores no caía muy lejos del Buró político. Pero yo tenía más que hacer que ocuparme en investigar los orígenes de estas especies y en andar desembrollando aquellas intrigas. Sólo una vez me permití decir en una sesión del Buró político que a no ser por aquellas medidas draconianas tomadas por mí en Sviask, no estaríamos reunidos allí en

aquel momento. "¡Exacto!", exclamó Lenin, y con aquella rapidez del rayo que le caracterizaba, se puso a escribir unos renglones con tinta roja en la parte inferior de un pliego en blanco, encabezado con el sello del Consejo de Comisarios del Pueblo. Como Lenin llevaba la presidencia de la sesión, ésta hubo de interrumpirse por unos momentos. Como a los dos minutos, me entregó el pliego, en el que aparecían estampadas las siguientes líneas:

U. R. S. S.
EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE
LOS COMISARIOS DEL PUEBLO
MOSCÚ, KREMLIN

Julio, 1919

¡Camaradas!

Conozco el carácter severo de las medidas adoptadas por el camarada Trotsky, y estoy tan convencido, tan profunda y perfectamente convencido del acierto, conveniencia y necesidad de la provilencia aquí dictada por él en interés de la causa, que la suscribo en un todo.

W. ULIANOF-LENIN

-No tengo inconveniente en darle a usted todas las ratificaciones, firmadas en blanco coma ésta, que desee-me dijo Lenin. Es decir, que en aquel ambiente difícilísimo de la guerra civil, en que se imponía la necesidad de estar decretando constantemente órdenes sumarias e irrevocables, Lenin se prestaba a ratificar en blanco, de antemano, todas cuantas órdenes pudiera dictar yo en lo futuro. Y téngase en cuenta que se trataba de órdenes de las cuales dependía muchas veces la vida o la muerte de personas. ¿Cabe concebir confianza mayor de un hombre

para otro? Lenin no podía ni siquiera forjarse la idea de extender un documento tan extraordinario más que por una razón: porque conocía o sospechaba mejor que yo las fuentes de todas aquellas intrigas y quería desarmar con un golpe definitivo a los intrigantes. Pero, para dar ese paso, tenía que estar muy penetrado, irrefutablemente convencido, de que yo no era capaz de cometer ningún acto desleal ni de prostituir con abusos personales mis poderes. Y a este convencimiento era al que daba tajante expresión con aquellas breves líneas. Será en vano que los epígonos busquen en sus archivos un documento semejante. Lo único que Stalin podría encontrar en el suyo, si buscara, sería el "testamento" de Lenin, que tan cuidadosamente oculta a los ojos del partido, y con su cuenta y razón, pues no en vano se traza en él su silueta como la de un hombre desleal, capaz de usar abusivamente de su poder. Para formarse una clara y perfecta idea de cuáles eran las relaciones de Lenin conmigo y cuál su actividad respecto a Stalin, basta comparar estos dos documentos: el crédito ilimitado de confianza moral que a mí me abre y la filiación moral que traza del jefe de hoy.

FIN DEL TOMO IV